

Germán Espinosa
LOS OJOS DEL
BASILISCO

Novela





Germán Espinosa nació' en Cartagena (Colombia), en 1938. En su juventud, fue cronista y articulista de fondo. Como diplomático, vivió en Europa y en África. Inquieto viajero, obras suyas han sido traducidas al alemán, al italiano, al francés, al inglés, al chino y al coreano. Ha dictado asimismo conferencias en Hispanoamérica y Europa y, por algún tiempo, ejerció la cátedra de literatura. Obras suyas son también: *Letanías del crepúsculo* (1954), *La noche de la Trapa* (1965), *El Basíleus* (1966), *Los cortejos del diablo* (1970), *Anatomía de un traidor* (1973), *Claridad subterránea* (1974), *Reinvención del amor* (1974), *Los doce infiernos* (1976), *El magnicidio* (1979), *Tres siglos y medio de poesía colombiana* (1980), *La tejedora de coronas* (1982), *El signo del pez* (1987), *Noticias de un convento frente al mar* (1988), *Guillermo Valencia* (1989), *Luis Carlos López* (1989), *La liebre en la luna* (1990), *Sinfonía desde el Nuevo Mundo* (1990), *Libro de conjuros* (1991), *La tragedia de Belinda Elsner* (1991), *La*

aventura del lenguaje (1992).

BODEGON DE LOS LIBROS

LIBRERIA

CARRERA 11 No. 94-42

TELEFONO: 257 75 01

BOGOTA

GERMÁN ESPINOSA

LOS OJOS DEL BASILISCO



Primera edición: 1992

© Germán Espinosa, 1992 © ALTAMIR, 1992

ISBN: 958-9232-20-5

Altamar Ediciones Ltda.

Carrera 6 N° 67-34

Bogotá, Colombia

Grafismo general:

Diego Tenorio

Artes y películas:

Grupo Editorial 87 Ltda.

Printed in Colombia

Impreso en Colombia

A mis detractores, cuyo número crece promisoriamente.

También a esos seres con alma de tumba que poseen la fuerza del veto y la de ordenar el silencio y el olvido. Me enternecen sus asiduos fracasos.

Frères humains qui après nous vivez, N'ayez les coeurs
contre nous enduréis, Car, se pitié de nous pauvres avez, Dieu
en aura plus tôt de vous mercis. Vous nous voyez ci attachés
cinq, six: Quant de la chair, que trop avons nourrie, Elle est
piéga dévorée et pourrie, Et nous, les os, devenons cendre et
poudre. De notre mal personne ne s'en ríe;

Mais priez Dieu que tous nous veuille absoudre!

FRANÇOIS VILLON

Nur der Irrtum ist das Leben, Und das Wissen ist der
Tod.

FR. VON SCHILLER

PREAMBULO

En épocas diversas, hombres similares dicen o cuentan cosas similares. Cicerón, en el siglo I a. de C., encarece: “De todos es errar; sólo del necio, perseverar en el error” *{Filípicas, XII, 2}*. San Agustín, entre los siglos IV y V, discierne: “Humano es errar; perseverar voluntariamente en el error es diabólico” *{Sermones, N° 164, sec. 14}*. Fernando de Rojas, en el siglo XVI, dilucida: “De los hombres es errar, y bestial es porfiar” *{Celestina, acto I}*. Yo agregó, tan sólo, que será siempre más saludable un piadoso error que nos sostiene, que una implacable sabiduría que nos destruye.

Por tales razones, me abstengo en el presente relato de tomar partido por ninguno de sus encontrados personajes. Líbreme el cielo de escribir una novela ideológica. Las novelas se escriben para divertir o no se escriben. No resultaría superfino, sin embargo, repetir aquí que un error es tanto más peligroso cuanto mayor cantidad de verdad contenga. Me cuidaré, en cambio, de enviar al lector sugerencia distinta de aquélla de Cromwell a la Asamblea General de la Iglesia: “Te ruego, por las entrañas de Cristo, contemplar la posibilidad de que estés equivocado”.

Cualquier semejanza entre ciertos hechos y personajes de este libro y hechos y personajes de lo que alguna vez fue vida real, no será mero azar ni coincidencia. La imaginación, en buen ejercicio de sus derechos, ha deseado, por supuesto, pincelarlos y, sólo hasta cierto punto, interpretarlos. A la postre, las historias son siempre las mismas; sólo cambia el narrador.

G.E.

Siluetada contra la primera luz del alba, la veleta del campanario derivaba levemente al soplo del viento de la madrugada. El robusto edificio del convento de San Agustín, todo de piedra y ladrillo, podía dar (desde ciertos ángulos, con su iglesia adyacente) la impresión de una fortaleza: era como la gran fachada del barrio meridional de Santa Bárbara. Comunicaba el portón con una plazoleta rectangular, cruzada por el sigilo o por la vergüenza de un riachuelo de aguas envilecidas y pestilentes. Ni un alma se veía a esa hora por la ciudad neblinosa, fantasmal, que parecía tiritar en un desamparo del cual no eran inocentes, por cierto, aquellos aciagos años del primer régimen de Evangelista Niebles.

En el interior del edificio, la celda del prior Facundo Arambarri tenía puerta hacia un frío pasadizo de piedra. En la entreluz había un hombre con una linterna, y un acólito de hábito agustino que llamaba:

—Padre Facundo...

El prior despertó completamente vestido con sus ropajes de la Orden, sin frazadas, sobre un destartado camastro. Era un viejo de barba entrecana y sucia, y de rostro vencido por la desidia; sus brazos en cruz sobre el pecho sostenían todavía, en portentoso equilibrio, la botella de vino de consagrar que bebía al dormirse.

Su despertar fue sobresaltado.

—Ya voy —gruñó—. ¿Qué pasa?

Al incorporarse, vertió sobre el hábito unas gotas de vino, accidente que le impulsó a asir con mayor fuerza la botella y beber un sorbo antes de depositarla por último

—junto a un pedazo de pan mordisqueado— en el velador. La celda, con frascos vacíos desperdigados por el piso, proclamaba el imperio de la incuria. Un gran crucifijo de plata, en la pared, podía compadecerse, sí, con el reclinatorio forrado de felpa; no con el arcón ni con el enorme armario desvencijados, que debían, sin embargo, albergar insospechables tesoros. En el velador, una jarra de agua con pico y una palangana establecían las escasas costumbres higiénicas del monje. Se oyó afuera al acólito:

—Reclaman el viático para un niño moribundo...

Arambarri se sentó en la cama, mareado todavía por el vino, con la boca apelmazada de un regusto a cobre y una desgana infinita por la vida. Debió reponerse de un acceso bronquial que casi le hizo expulsar los bofes, para anunciar:

—Ya voy.

Con esfuerzo agobiador, se puso finalmente de pie. Sus manos, temblorosas e inciertas en la penumbra del amanecer, alcanzaron la jarra y vertieron agua en la palangana. Luego las hundió en el líquido, se inclinó y refrescó la cabeza atormentada. Tomó una toalla de los pies del camastro y la restregó por la cara, para arrojarla después sin saber dónde. Reparó al azar en el pedazo de pan y le propinó un cansado mordisco. Tornó a sobresaltarse al oír el nuevo llamado del acólito. Habló con la boca llena:

—Dije que ya voy —refunfuñó en forma terminante.

Se dirigió hacia el Cristo de plata y se colocó de hinojos en el reclinatorio. Enlazó las manos en actitud de orar, pero antes de hacerlo miró al sesgo la puerta y concluyó:

—Antes debo rezar la oración matinal.

Atenuado por la neblina madrugona, empezaba a calentar muy débilmente, tras el sueño pesado de los cerros, el sol de marzo de 1849. Se abrió la portezuela de la hoja derecha del portón y salió por fin el prior Arambarri, en las manos el copón con la eucaristía y en las piernas un andar desmañado; le seguían el acólito que agitaba la campanilla del viático y Gregorio Marín, el hombre de la linterna, que ahora había sido apagada.

Anduvieron en silencio por las callejas desoladas, medio afantasmadas por la neblina y por ladridos de perros planetarios. El sonido de la campanilla despertó a Tomasa Baccellieri en su habitación en tinieblas. Era una vieja artrítica y malhumorada, de rostro agrio, demasiado zarandeada por la pobreza y por las enfermedades. Incorporó la cabeza, escuchó, se persignó. Gritó:

—Despierta, Micaela, que pasa el viático.

Micaela se encontraba despierta en su lecho, con la mirada fija en las vigas blanqueadas de donde pendía un candelero con una vela encendida. Era una muchacha de escasos dieciséis años, de impetuoso aspecto campesino y no exenta de cierta belleza montaraz. Sin apartar del techo los ojos, de habitación a habitación, respondió:

—Lo oigo, tía Tomasa.

La voz de la anciana la hizo retirar la mirada de las vigas.

—Levántate y arrodíllate.

La joven, cubierta por un camisón de dormir, apartó las

frazadas y obedeció de mala gana. En la calle, de casas encaladas que se esforzaban por recatar la miseria, un perro escarbaba en un bote de basura. Súbitamente volvió el rostro rencoroso para encarar a un segundo perro que merodeaba. Se ladraron; amagaron con embestirse. El viático emergió en ese instante por la esquina y la presencia del trío que lo conducía amilanó a los gozques. La procesión pasó frente a una puerta donde, arrebuñado, tiritaba y resoplaba un sereno. El hombre se santiguó. Desde su habitación, Tomasa Baccellieri oyó extinguirse a lo lejos la campanilla. Ordenó:

—Ahora, duérmete otra vez.

Como no respondiera la muchacha, habló imperiosamente:

—Avísame cuando te hayas dormido.

A medida que el peso de la lógica lo reincorporaba al ámbito familiar de su alcoba, la alarma fue mitigándose en los ojos, grises y compendiosos, de Saturnino Torrealba. Desde su posición en el lecho, con la cabeza hundida en el almohadón de plumas, podía percibir ahora el bulto tranquilizador de su mujer dormida a su lado y, llegándole desde las habitaciones exteriores a través de la puerta vidriera, el rayo amarillo y rancio de una lámpara. Por supuesto, se había tratado sólo de un sueño, de un sacudón de su conciencia. Dentro de uno, se dijo, hay otro uno que está contra uno, y ese sosias se jacta de ser el oráculo de Dios. La reflexión, aunque sólo a medias lo convenciera, tornó a encabritarlo.

¿Por qué había regresado ese sueño? Unos diez años atrás, había llegado a acostumbrarse a él, a hacer íntima mofa de él, como solía hacerla de todo aquello que intentase

contradecir sus convicciones profundas. La visión optó por no reaparecer. Hoy, en cambio, había surgido más nítida que nunca, cual si quisiera restablecer sus dominios antiguos, empozarse otra vez en lo hondo suyo para así estropearle, en estos días en que su fama fulguraba, el sabor de la felicidad. Se incorporó en el lecho, con esa gana vaga que, muy a pesar suyo, lo asediaba a veces de encontrar a toda cosa explicaciones ocultas.

Era la palabra *conciencia* lo que, tal vez, lo conmovía. En su juventud, no tan lejana como lo quisiera, había logrado apaciguar la suya habituándose a la idea de que la doctrina católica, que bebió tanto en sus padres como en sus maestros de escuela, en sus profesores del liceo y en las cátedras universitarias, podía ser reemplazada por un cristianismo más general. En este último, según su programa apaciguador, podían tener cabida tanto Voltaire, Diderot y Volney como Bentham y Stuart Mili. Lo complacía juzgarse a sí mismo, al fin y al cabo, un individuo por encima de las viejas mojigaterías que España implantó en estas tierras, por encima del confesionalismo que tantos males había acarreado a sus compatriotas. Un individuo, en fin, civilizado, que había desbrozado su mente de toda maleza fanática y la había macerado en postulados empiristas acordes con su tiempo y con “la sola filosofía posible”, según la cual sólo deben considerarse filosóficas las demostraciones de las ciencias particulares.

Y, no obstante, una zona de su mente seguía empeñada, a no dudarlo, en la busca de ocultas explicaciones. En tratar de descifrar, entre otros, el posible significado de los sueños, de esos aludes de imágenes anómalas que perturban el dormir

sosegado y que, de tiempo en tiempo, nos inquietan más que la realidad y que llegan hasta a alquitarar esa realidad y, en ocasiones, a anticiparla. Imágenes tanto más preocupantes en la medida en que perseveran y se duplican; en que no naufragan en últimas con el despertar, sino que demoran en la fantasía y resurgen dos, tres meses o bien diez años más adelante, perfectamente iguales y sincrónicas, tal como una pintura que hubiésemos olvidado y de improviso viésemos otra vez y que renovase en nuestro cerebro todas las inquietudes que antes engendró. Era el caso del sueño de esta madrugada, sepulto una década atrás y ahora exhumado por un capricho, sin duda misterioso, del mecanismo cerebral.

En ese sueño, él en persona ordenaba el ajusticiamiento de una ciudad, que poco después ardía por los cuatro costados. La agonía de sus moradores, engullidos por las llamas, le causaba un malsano placer que, poco a poco, iba tornándose en enervamiento, el cual se trocaba a su vez en carcajada satánica. En este punto, la repugnancia que él mismo se inspiraba, revolcándose en un súbito estercolero mientras oía gemidos de niños y de mujeres, inducía el violento regreso a la realidad, con la alarma magnificada en los ojos. La visión no parecía compadecerse con sus sentimientos, normalmente mesurados y reflexivos, él diría incluso que humanitarios, mas poseía la malévola virtud de hacerle dudar de su genuino natural. Si en ella se conducía de aquella monstruosa guisa, ¿no era inferible que en lo profundo de su ser palpitasen instintos bestiales, esos mismos que creía advertir en tantos compatriotas suyos y que lo afincaban en la idea de que una rígida disciplina social era menester en estas incipientes comarcas pervertidas por la Colonia?

Existía una postulación, que los antiguos habían acariciado y consentido con fruición y consuelo, para la cual los sueños constituían un oráculo divino. En Suetonio había podido comprobar de qué modo sucesos decisivos de la política imperial de Roma fueron precedidos por tumultuosos sueños. En los santuarios de Asclepio, los enfermos impetraban del dios médico un sueño que les trajese una señal reveladora del mal que padecían. Aristóteles y Cicerón escribieron inquietantes libros sobre la materia. Ello para no hablar de Gedeón, que en sueños recibió la orden de erigir el santuario de Ofrah, ni del niño Samuel que en Siloh, mientras soñaba, conoció el atroz destino que aguardaba a la casa de Eli, el sacerdote. Su propia mujer, la desenfadada Agustina, ¿no supo en sueños que daría a luz gemelas? Se volvió hacia ella, que ocupaba el lado derecho de la cama, y verificó su respiración plácida, indicio de que la visitaban sueños gratos o de que, acaso, no soñaba.

Ni el más pertinaz empirismo podría librarlo de esta inquietud. El sueño recurrente deseaba prevenirlo de algo. También, a lo mejor, era sólo residuo del pasado. Treinta años atrás, cuando apenas contaba catorce, Saturnino Torrealba había participado en un festín que por entonces se le antojó justiciero y que luego supo execrable. Un jubiloso impulso inspirado por los triunfos de las huestes libertadoras, determinó al estudiante a enrolarse con los victoriosos. En sus retinas titilaba una especie de premonición de gloria. Para salvaguarda de su vida, ya que era hijo de notables, no se le condujo a los campos de batalla, sino que se le asignó a una de las guarniciones capitalinas. En cumplimiento de su deber tuvo, sin embargo, que formar parte del pelotón que ajustició a cerca

de cuarenta oficiales españoles, por mandato del gobierno patriota. La acción fue objeto de un dilatado debate, entre quienes la consideraban inevitable y quienes la reputaban una masacre. No era este dilema lo que asediaba su sensibilidad; ni siquiera la horrible memoranza de los cráneos rotos y ensangrentados por la descarga. Aunque no lograba apartarlos de su dolorido recuerdo, lo atormentaba más el hecho de haber muerto aquellos soldados del rey entre vítores de una muchedumbre ebria de gozo.

¡Si al menos aquél hubiese sido un día de lágrimas y de luto! Pero no. Cánticos jocundos, vivas a la libertad, alborozo populachero agravaron la agonía de aquellos saludables moribundos y corearon luego el sonido seco de las descargas. Los cadáveres fueron vejados cuando abandonaban la plaza de San Francisco hacinados en carretones de basura. A tal extremo el fanatismo había pervertido los sentimientos, que él mismo recordaba haber participado de ese júbilo atroz; de ese horroroso deliquio que -hoy sólo le dejaba el sedimento amargo de haberse dejado poseer por pasiones culpables. Decidido a no rehilar el sueño, a no dejarlo insistir en las imágenes (que intuía sucedáneas) de la ciudad arrasada, saltó con premura de la cama y, viendo el alba amarilla y blanca, aventajando a la neblina, filtrarse ya por la ventana, se dirigió al cuarto de baño.

Entonces oyó a lo lejos, él también, las campanillas del viático.

Era un cuarto sin ventanas, que comunicaba únicamente con el taller de zapatería. En una estera desflecada, que servía de lecho a toda la familia, yacía el cadáver de un niño de diez años, con señales ya borrosas de varicela. Había unas cuantas vasijas desportilladas tiradas aquí y allá, una bacinilla sin

esmalte y un baúl a punto de derrumbarse.

Francisco Bocanegra, de pie, observaba con rostro duro el cuerpo sin vida de su hijo. Era un zapatero arruinado que cubría sus harapos con una ruana oscura. De rodillas, andrajosa también, con la cara arrasada de lágrimas, María Salomé, su mujer, imploraba:

—Dios mío, recíbelo en tus manos misericordiosas...

Con el puño cerrado, Bocanegra golpeó brutalmente la endeble pared, que rezumaba humedad, en gesto de impotente rabia. En la zapatería, sentados en cajones o en una que otra banqueta de madera, tres hombres y dos mujeres, cabizbajos, con señales de no haber pegado los ojos en toda la noche, fueron sorprendidos por la llegada del viático. Velas prendidas inundaban todavía de un olor a sebo el recinto.

Arambarri dejó que su silueta se proyectara por un instante, a contraluz, en el umbral, como para afirmar ante todo el peso de su investidura. El primero en hablar fue un hombre que, a pesar de su aspecto lúgubre, era el menos astroso de los presentes. Conservaba sobre la cabeza un decrepito sombrero de copa, de felpa gris, y sobre los hombros una raída capa española de cuello de piel de perro. Calzaba unos burdos zapatos herrados y las uñas de sus manos, que movía con cierta lentitud declamatoria, se advertían ribeteadas de negro. La indumentaria le imprimía un aire como de murciélago, o de pájaro agorero, o de empleado de funeraria. En cualquier forma, de hombre que desesperadamente intentase conservar un atisbo de decoro exterior. A un buen observador no hubiese escapado que su solemnidad y su afectación provenían, sin duda, de una timidez agarrotante fundada, quizás, en un implacable orgullo.

—Llega tarde, padre Facundo —dijo—. Murió hace como media hora.

Fue el hombre de la linterna apagada quien respondió, palideciendo:

—Fui lo más rápido que pude. El padre tardó en salir...

Arambarri, despreocupado ahora de su investidura sacerdotal y más interesado probablemente en hacer valer su condición de hermano de una heroína de la patria (la maestra de escuela y mártir Anastasia Arambarri, que pasaba a los patriotas información sobre los movimientos de los realistas en la guerra de Independencia), paseó trémulo la mirada por los artesanos Jesús Calzadilla y Segismundo Otero, así como por Edelmira y Erna, sus mujeres, que lo observaban con reproche y azoramiento. Sus indumentarias no eran más que remiendos descoloridos. Luego observó al hombre del sombrero de copa; detuvo la vista en su afilado rostro de pájaro nocturno, en sus ojos inmensos y amarillos, en su chivera entrecana que le temblaba al hablar. Hubiera querido ahogar las palabras de Gregorio Marín. Dijo en alta voz.

—Le impondré los óleos.

Avanzó hasta la habitación donde yacía el niño. Bocanegra se hallaba ahora en la puerta interior y se apartó para que siguiera.

—Quién lo creyera —musitó entonces Edelmira, como para disipar la inquina hacia el ministro de Dios—. Una simple varicela.

Bocanegra se debatía en una ira sorda.

—No fue la varicela—exclamó al fin—. ¡Lo mató el

hambre!

—La miseria lo mató —opinó Calzadilla—. Murió sin atención médica.

Chispearon los ojos gatunos del hombre del sombrero de copa. Con voz chillona dijo:

—La miseria es un regalo del gobierno. ¡Lo mató Saturnino Torrealba!

Las manos asustadas del prior ungían al niño con los óleos sagrados. María Salomé observaba incrédula e idiotizada. Siguió al padre cuando regresó al taller. En el momento de trasponer la puerta, oyó a Otero rezongar:

—Tendremos que hacernos fuertes, Francisco. La Sociedad de Artesanos tendrá que poder evitar que hechos como éste se repitan.

El prior hizo un gesto de ensoberbecido disgusto.

—Dios —dictaminó— evitaría que hechos como éste se repitieran, si no fueran fruto del pecado.

El hombre el sombrero de copa echó atrás la cabeza, perplejo.

—¿Qué dice, padre? —se escandalizó.

Arambarri no le hizo caso. Increpó a Bocanegra:

—Usted, Francisco, y usted, María Salomé, ¿han hecho ya bendecir su unión?

Los aludidos respondieron con un gesto negativo y avergonzado.

—Entonces —remató el agustino— no culpen a nadie

de la muerte de su hijo.

Se abrió paso y marchó hacia la calle, seguido del acólito. Había azoramiento y perplejidad en los ojos de María Salomé.

Ira en los de Francisco Bocanegra. En la puerta, el prior se volvió hacia el hombre del sombrero de copa para agregar:

—Dígaselo usted, Baccellieri, que ha fungido toda la vida como abogado de malvivientes.

II

No había construido la casa, pero se le parecía más que todas aquéllas que hubiese logrado imaginar. Un hollín obstinado impregnaba cada rincón, como intentando reproducirla o compadecerse con la traza lúgubre del habitante. Vigas ahumadas por la combustión de las lámparas cruzaban el techo de la sala, donde sillones toscos y viejos, y algunos estantes de madera renegrida, procuraban establecer un equívoco decoro. Un reloj de péndulo, que en la pared desconchada señalaba ahora las ocho de la mañana, sostenía una lechuga disecada que recibió alguna vez por único pago de un cliente en bancarrota.

Las alcobas daban todas acceso a un minúsculo comedor, abierto a su vez sobre un patiecillo de diosmes. De éste arrancaba una húmeda y negra escalera que conducía a la buhardilla, habitada por el abogado. Y en ella, una segunda escalera perfectamente absurda era, bajo una trampa, la única comunicación con el sótano, lleno de enormes ratas, donde en el suelo de piedra rezumante almacenaba un montón deteriorado y caótico de libros. Cualquiera, sin mayor suspicacia, hubiese podido pensar en ese sótano a medio encubrir como refugio de un conspirador; pero había sido construido más de un siglo atrás y sus propósitos resultaban ya ciertamente ignotos.

Ovidio Ramón Baccellieri acababa de entrar. Se despojó del sombrero y de la capa. Frente a él, su tía Tomasa, que había acudido al oírle llegar, le dirigía una mirada (su frecuente mirada) de inquina. Vestía un camisón con gorro de arandelas.

—Murió Guillermito, el hijo de Francisco

Bocanegra—informó displicentemente el abogado, mientras liaba uno de sus

escasos cigarrillos del día—. Ya no tendré tiempo de dormir. A la diez hay reunión en la Sociedad.

Entró en ese instante Micaela, que les traía café en pocillos desportillados, colocados en una bandeja de peltre. Llevaba el mismo camisón de dormir, que a medias transparentaba su desnudez adolescente. En tanto acercaba el fuego al cigarrillo, Baccellieri la miró con sólo el rabillo del ojo.

—Para ti, está siempre primero esa punta de desarrapados —regañó Tomasa—. Micaela y yo poco te importamos.

Baccellieri no la miró. Bebía el café.

—Todos me importan —dijo.

—Qué lerdo eres, Ovidio Ramón Baccellieri —insistió la vieja—. Se me ha gastado la voz de tanto pedir a Dios por ti. ¿Dónde crees que vamos a refugiarnos cuando nos echen de esta casa?

El abogado respondió únicamente para ayudarse a contener la ira:

—En el cementerio.

El local había sido adecentado de un tiempo a esta parte. En un principio, cuando en octubre de 1847 se fundó la Sociedad de Artesanos, era tan sólo la casa de residencia de un ebanista que, a instancia de los caudillos draconianos, accedió a prestarla para que en ella funcionara la nueva institución. Alejandro Puebla recordaba que no por ello los gamonales

políticos condescendieron ni siquiera a auxiliar al pobre hombre con el alquiler. Raza de panteras y de cocodrilos, se decía, con ese aire de niño enfurruñado que, a ratos, lo caracterizaba. El ebanista murió en la ruina; sus hijos se desbandaron por el país; y la Sociedad detentó el edificio, cuyo propietario interponía a cada momento recursos judiciales para desahuciarla.

Hombre de recio porte, de opresora estatura, Puebla no consentía en este género de frugales injusticias. Durante largos años, a fuer de sastre más o menos acomodado, había defendido como suya la causa de los artesanos. Ello sólo desengaños le acarreaba. Por una parte, sus propios defendidos ignoraban la sustancia de sus derechos, que poco inclinados se hallaban a justificar cumpliendo los deberes condignos; eran, por lo demás, incapaces de discernir entre el ideario liberal que él les proponía y los desafueros comunistas con que gentes resentidas y noveleras halagaban sus orejas. Por la otra, los propios caudillos de su partido no lograban ni un punto desembarazarse del egoísmo que los animaba; tiraban siempre para su catabre y, a la hora de la verdad, nadie conseguía que recordaran las promesas lanzadas al viento durante las temporadas electorales.

Allí estaba hoy, sin embargo, dispuesto a sacar adelante a sus defendidos en esta hora crucial. Muy pocos de los congregados en la antaño destartalada casona se encontraban, por supuesto, en posición de entender la importancia de la jornada. “Desengáñese, señor Puebla”, le decían, “que para nosotros no hay felicidad; nos despojarán los que hoy tienen un nombre y nos apretarán con otros que tengan otro mote para engañar bobos, y el yugo siempre será el mismo”. Era posible,

sí, que anduvieran en lo cierto. Pero, para él, no existía mayor fracaso que el brotado de la inacción. Sería preciso, en esta fecha, probar a los cabecillas liberales cómo, apoyados en los gremios, podían retornar al poder, sobre la base de unos cuantos compromisos. Cruciales eran sin duda estos años, y crucial este día recalcado, en la calle, por mantellinas domingueras y por sombreros de tapia pisada.

Dejó ir la mirada por la estricta salita donde se hallaban reunidos quienes componían esa cosa calificada con la horrible palabra *dirigencia*. Fumando y apurando a breves sorbos una taza de café, allí estaba el doctor Baccellieri, el bueno, soberbio y arruinado doctor Baccellieri, con su chistera cómica, imbuido de una importancia que pocos le otorgaban, repleto de griegos y de latines que de nada le servían, a pique ya su vida por tantos servicios prestados a los artesanos; allí estaba, él que en cualquier otro lugar hubiese podido ejercer en paz su profesión de abogado. A Puebla se le antojaba injusto seguir

arrastrando hacia luchas sociales a ese hombre cuyo único placer en este mundo derivaba de las lecturas de Aristóteles y de Descartes. Pero, desde luego, no era cuestión de prescindir ahora de sus indudables arrestos. Los frecuentes embargos y desahucios a miembros del gremio eran corregidos o mitigados por él con denuedo jurídico. Ello, sin que él pareciera percatarse, le granjeaba inquinas poderosas.

Puebla se preguntaba si, a despecho de sus *humanae litte- rae*, Baccellieri sería, en verdad, consciente del meollo de su lucha. A la gente de la gleba, era inútil tratar de explicar aquel serpentino enredo. Aun los mismos cabecillas artesanales apenas si barruntaban la forma como, en el período comprendido entre las postrimerías del siglo XVIII y aquellos

mediados del XIX, las doctrinas librecambistas, cuyos conceptos económicos se resumían en la expresión clásica *laissez faire, laissez passer*, habían cobrado un auge, nefasto a los ojos y al entendimiento del sastre, como reacción contra la tradicional política mercantilista de los Estados. (Una cosa reconocía él: si la política es una forma de la deshonestidad, al mismo tiempo constituye, tal vez, la única fuerza civilizadora).

Un sastre como él podía acceder a una admisible versación en esos temas. Aunque nacido en el mísero hogar de un maestro de sastrería y de una chichera y panadera, Alejandro Puebla logró cursar seis años de escuela primaria en una barriada capitalina. El fallecimiento de su padre truncó esa prospección y lo impulsó a ingresar como músico novato en la banda de una brigada de artillería. De allí lo sacó una revolución, que le permitió trabar amistad con conspiradores y con revoltosos. En ellos nutrió por modo copioso su intelecto, antes de consagrarse por entero al oficio heredado de su progenitor. Luego, su amistad primero con el general Evangelista Niebles y después con el general José Valerio Gómez, le abrió el mundo de la política, que ahora, valga la verdad, le estragaba el estómago.

Por Gómez se había enterado de que el mercantilismo, que dominó por siglos el panorama europeo, se preciaba de haber postulado un severo régimen aduanero fundado en el proteccionismo, esto era, en no comprar al extranjero o en reducir las compras al mínimo indispensable, a fin de favorecer las balanzas comerciales, y en prohibir la salida de metales preciosos como medio de evitar la evasión de la riqueza pública. No obstante (según Gómez se había apresurado a aclararle, tal vez con el deseo de procrear en él una especie de

culto al justo medio), primero los fisiócratas y luego los economistas de la escuela clásica o liberal, habían iniciado ya en el siglo XVIII, en Francia e Inglaterra, la reacción antimercantilista. Puebla pudo averiguar por sí solo que la más extrema expresión de esta última era precisamente la teoría del librecambio, según la cual el intercambio de mercancías debía desarrollarse con plena libertad, sin intervención estatal.

Se dijo que era una teoría inicua y dañina. El librecambio reclamaba casi el libertinaje para la competencia, lo cual a él se le antojaba una enormidad; repudiaba toda intervención del Estado en el comercio, lo cual se le aparecía como un despropósito; y consideraba los monopolios y estancos factores entorpecedores del desenvolvimiento industrial y comercial, dentro y fuera de las naciones, lo cual juzgaba una arteria. Pronto vio, sin embargo, de qué manera la colaboración prestada por Inglaterra en las guerras de Independencia hispanoamericana, así como la imagen de impulsiva civilización que tanto ella como los Estados Unidos de América irradiaban, se constituían en cifras determinantes del vasto influjo que ambas potencias comenzaban a ejercer sobre las jóvenes repúblicas del Nuevo Mundo avanzado el siglo XIX.

Con desolación comprobaba cómo, en términos generales, todo lo que, como esa teoría del librecambio, viniese de las islas británicas, era considerado en Hispanoamérica conveniente y progresivo, en especial por parte de las facciones más aristocráticas y, según él, recalcitrantes de los partidos políticos. Actitud aguzada, se decía, por el hecho de haberse trazado España, en el decenio iniciado en 1841, planes de reconquista colonial en América, para cuyo efecto trataba de

granjearse la simpatía de algunos caudillos nostálgicos, tales como los comandos de la antigua nobleza en el Perú. Para su asombro, el mismísimo general Evangelista Niebles, en cuyas

filas había militado alguna vez, devino sospechoso de propiciar encubiertamente las aspiraciones españolas. Tal sospecha, infundada a lo que parecía, lo movió a firmar con los Estados Unidos, en 1846, un tratado de auxilio en caso de agresión extranjera, que fue como un lavatorio de manos.

Estados Unidos e Inglaterra se alzaban, pues, ante los ojos de esos mangoneadores que él comparaba con panteras y con cocodrilos, como el gran muro de contención que había de servir para alejar toda pretensión española sobre suelo de la patria. Por ello no le extrañaba que los vientos librecambistas, que rafagueaban en la Gran Bretaña, sedujeran muy en particular a la clase adinerada, ansiosa de adoptar, según la imagen que había llegado a formarse de ella, posturas europeístas y tufos de gran cultura. De este modo, una doctrina que, a su forma de ver, no podía beneficiar a repúblicas de deleznable desarrollo industrial, se elevaba como magna verdad para economistas criollos que veían en el liberalismo clásico la corriente más civilizadora de la época y en el librecambio su expresión más depurada.

Al anterior ministro de hacienda del régimen de Evangelista Niebles, el antiguo conspirador y anglofilo Saturnino Torrealba, había correspondido defender ante el Congreso la ley de economía libre que establecía el librecambio en lo comercial, y en lo fiscal la anulación de todos los impuestos, monopolios y estancos. Derrotadas resultaron las medidas fiscales, pero salió airosa la abolición de las tarifas proteccionistas antaño defendidas por héroes de la

república. Alejandro Puebla no había vacilado en gritar a Torrealba desde las barras parlamentarias: “Usted, ministro, es un vendepatria”. Así lo creía con perfecta sinceridad. Ese mismo día se juró sacar adelante la fundación de la Sociedad de Artesanos. Le constaba que había ya descontento en los gremios de sastres, zapateros y talabarteros, cuyos productos debían ahora competir con los más refinados de la industria europea. Ahora, la impopularidad de las nuevas leyes había precipitado ya la división en el seno del partido de gobierno y ofrecido al liberalismo criollo, más próximo a los estratos populares, ocasión excepcional para aspirar a un debate electoral afortunado.

En un comienzo, Puebla juzgó que, por ser el personaje de mayor popularidad entre las filas liberales, el general José Manuel Montalvo, un sureño irreductible, configuraba el candidato ideal. Mas el encono que éste despertaba en su paisano el presidente Niebles forzó a sus copartidarios a transarse por la candidatura del general José Valerio Gómez, su antiguo mentor; candidatura condicionada, desde luego, a un análisis adusto de los problemas nacionales, con el fin de lanzar un adecuado programa electoral. Este se fijó, pues, sobre tres fundamentos: reimplantación del proteccionismo aduanero, devolución de los ejidos de indios, abolición de la esclavitud y expulsión de los jesuitas (repuestos en el país tras la bula *Sollicitudo omnium Ecclesiarum* del Papa Pío Vil) en avenencia con los dictados virulentos de la Ilustración, para que sus bienes pasaran al Estado.

Alrededor de esa candidatura se habían unido, con miras a los comicios de este año, las dos fracciones en que el liberalismo venía dividido: la de los gólgotas, que decían predicar ideas de libertad, igualdad y fraternidad; y la de los draconianos, que buscaba apoyo ante todo en las masas y que contaba con el respaldo de las sociedades artesanales, que proliferaban por el país. Con alarma, Puebla se enteró de que, en la fecha en que se verificaron las elecciones primarias, el liberalismo no había conseguido obtener en las urnas la mayoría requerida, razón por la cual el escogimiento de presidente quedaba confiado a una reunión extraordinaria del Congreso Nacional, que iba a tener lugar en este día en que vio a Ovidio Ramón Baccellieri, ya concluido su café, dirigirle desde el otro extremo de la salita una mirada acuciosa y sugerirle:

—¿Nos ponemos en marcha?

Se trataba de encabezar una marcha de artesanos hasta el convento de Santo Domingo, alzado en plena Calle Real, lugar elegido para la asamblea parlamentaria, que debía cobijar a las dos cámaras en pleno. Allí había que ir a presionar la elección de José Valerio Gómez, para así derrotar al librecambismo. Alejandro Puebla advirtió cómo la manifestación congregada frente a la sede de la Sociedad de Artesanos había cobrado, en cierto modo, un cariz fiestero, por las delegaciones provinciales que ostentaban ora las bayetas de fuertes colores de las ñapangas, ora los tafetanes respuntados con hilos de color de las mochuelanas, ora las mostacillas opitas y, sobre todo, por los jinetes que hacían caracolear las cabalgaduras mientras bebían aguardiente a pico de botella. Casi todos iban divisados con cintas rojas en el sombrero, que rezaban: *Viva Gómez, candidato popular*.

En compañía de Baccellieri y del peripuesto Julio César Avanza se unió a la muchedumbre. Esta empezó a vivarlos, aunque muchos de los manifestantes ni supieran de quiénes se trataba. Con ademanes de brazos la incitaron a marchar hacia el convento dominicano. Por segundos, Puebla constató, con un respingo en el alma, que en la confusión podían verse artesanos que portaban, a manera de armas blancas, utensilios de sus varios oficios, tales como leznas, punzones, tijeras de sastre y hasta cuchillos de matarife. Se apaciguó pensando que, fuera como fuera, la suerte iba a echarse para siempre; el bien social se abriría paso por entre las añagazas malvadas. Como suele ocurrir, no atinó a preguntarse ni por un instante si, en su apostólica posición, podría estar equivocado.

Con sus espejos venecianos, sus arañas de murano y sus

sofás de rollo, la sala era lujosa y deslumbrante. Varias decenas de políticos, trajeados con levitas de amplios faldones, la poblaban heterogéneamente. El sexo femenino estaba en rigor excluido de esta recepción previa a la sesión del Congreso. Por su guerrera con entorchados y dragonas, destacaba en mitad del recinto el general José Valerio Gómez, hombre de porte espléndido, orgulloso propietario de unos teñidos y abrigados bigotes de manubrio. Hacía un rato se le habían unido, en forma para los más un tanto inexplicable (representaban una posición contraria a la suya), el senador Filiberto de Onzaga, jefe arcilista, calvo, sesentón, de mirada sórdida, jugueteando sin cesar con su bastón de puño de oro, y el antiguo ministro Saturnino Torrealba, a quien Baccellieri culpaba por la muerte de Guillermito, cuarentón, de grandes entradas, barba muy recortada y ojos sucintos y lánguidos aunque penetrantes, cuyos modales ostentaban un inevitable aire británico.

Torrealba quería dejar claras algunas posturas.

—Como liberal, no puedo sino acompañarlo, general —declaraba—. Lástima que haya adquirido usted compromisos que yo calificaría de indeseables o, al menos, de inconsultos.

—Esos compromisos me llamaron, Saturnino —dijo Gómez—. En cierto modo, soy un instrumento del querer popular. A mí no me representa un programa, yo represento uno, y el deber, para el liberalismo, no es soslayable.

—Siempre creí en la imposibilidad de renunciar en un día a los hábitos de tres siglos —confesó el ex ministro, como una simple forma de replegarse para el ataque—, pero al menos debíamos dejar una oportunidad a la modernidad, intentar el justo medio.

Gómez titubeó un poco antes de replicar:

—Aplaudo el justo medio. No puedo ignorar, sin embargo, los reclamos populares, que son como la esencia de nuestro partido. Tengo constancia de cómo tu reforma, Saturnino, ha conducido a la ruina a la mayor parte de los artesanos. Me apena decírtelo, pero tu nombre y el hambre son para ellos sinónimos.

—Se mueven por una ley de inercia —opinó Torrealba—. Lo que añoran es, en realidad, el régimen colonial. Mire usted. La Independencia, la república, permutó los nombres de los funcionarios públicos, mas no modificó las contribuciones, los monopolios, todo lo que impide el desarrollo de los recursos naturales. Las leyes opresivas de la industria siguieron en pie, ejerciendo el mismo influjo funesto que antes ejercían, y aunque el connacional obtuvo participación en los negocios públicos, y de colono pasivo se vio convertido en ciudadano activo, hasta hace poco no había ganado otra cosa que la satisfacción de su vanidad política. En riqueza, en comodidades, en bienestar, nada había ganado. Porque en lugar de ocuparnos en conocer los medios de aprovechar nuestras ven-

tajas naturales, de destruir los monopolios, de hacer aplicaciones de los principios económicos al manejo de nuestros intereses, perdíamos el tiempo en vanas discusiones, en desvirtuar las instituciones representativas y aun en matarnos de vez en cuando.

El general Gómez empezó a sentirse incómodo. Sus ojos erraban de intento por entre la concurrencia, como si buscasen a alguien. Deseaba restar trascendencia al diálogo,

pero Torrealba era pungente.

—Así como mostramos, a menudo, tanto valor para degollarnos entre nosotros, deberíamos mostrarlo para encarar las reformas que necesitamos. Si la mía naufraga, habremos vuelto a la Colonia, a las leyes opresivas que sofocan la producción y el tráfico. Ese monopolio del tabaco, por ejemplo; no sólo sigue privando a la población de una riqueza a la que tiene derecho, sino que la desmoraliza, convirtiendo en criminal el trabajo del hombre virtuoso. ¿No lo cree así, Filiberto?

—Así es —convino, un tanto maquinalmente, sin apreciable convicción, el senador conservador.

José Valerio Gómez sintió desesperación. En cierto modo, entendía que se le faltaba el respeto. No podría, por desdicha, hacerlo notar a su copartidario librecambista sin desmedro de su esplendor y sin resultar un tanto infatuado.

—Estará siempre ese asunto de las libres importaciones —dijo.

—General —se lamentó Saturnino—, usted más que nadie lo sabe. En todo país donde el gobierno consulta el bien del mayor número, las contribuciones se establecen de manera que las clases pobres sean las menos gravadas. Aquí, los derechos sobre la importación de mercancías extranjeras eran una contribución indirecta que pagaba el consumidor. En todas partes, los artículos que más se consumen son los que menos pagan, porque se supone que están destinados a la clase pobre. Mas, entre nosotros, los productos de mayor demanda pagaban derechos más fuertes.

—La razón que servía de fundamento a ese sistema

radicaba en el fomento que con él se daba a nuestras fábricas —argüyó, medio aterrorizado, el general.

—Pero no es cierto que haya fábricas entre nosotros; no merecen ese nombre esos pequeños establecimientos en que una parte de la población gasta el tiempo en un trabajo improductivo, sin maquinarias ni ninguno de los auxilios que pudieran hacerlo rivalizar con la industria extranjera. No lo dude, general: el hombre que teje una pieza de lienzo lo hace con el objeto de realizar su valor en numerario para comprar liencillo, o fula, o cualquier otro artículo de manufactura foránea. Permitámosle, pues, tener mayores medios de comprar ese artículo, haciéndolo trabajar en menesteres más productivos. Y, para ello, destruyamos los monopolios y permitamos el libre cultivo de aquellos frutos que tienen una realización pronta y ventajosa en los mercados exteriores.

El candidato se sabía abrumado. En su interior, le importaban una higa las teorías. Había alzado una bandera popular y eso era todo. Mientras fuese necesario, se opondría con toda la ardentía de su alma a las reformas de Saturnino, cuyos modales a la inglesa poco le simpatizaban.

En aquel instante, para alivio suyo, hizo ingreso en el salón, entre gran bullicio admirativo, el arzobispo metropolitano, Ilustrísimo Juan Sebastián Niebles, hermano del presidente, que había sido prelado doméstico del Papa Gregorio XVI, que había creado el Seminario Conciliar de la ciudad y que fatigaba los púlpitos con su acalorada oratoria. Onzaga y Torrealba se apresuraron a besarle el anillo. El pomposo jerarca traía ese día una alada estampa de cardenal florentino. El general Gómez inició una reverencia, para depositar el consiguiente ósculo sobre la sortija, pero el

arzobispo, cuyas manos insinuaban un borroso ademán de bendecir, lo detuvo en són de burla:

—Sin aspavientos, José Valerio —le advirtió—. No hace un año me acusabas de conspirar con España.

Le aplicó, de todos modos, unas palmadas cariñosas en la espalda, antes de agregar:

—Hay una inmensa manifestación apoyándote afuera. Supongo que te sientes vencedor.

Gómez sonrió, tratando de parecer modesto. Pero Onzaga aprovechó la ocasión.

—Con el solo respaldo de gólgotas y draconianos..., lo dudo —se permitió comentar.

El general le esquivó la mirada. Entretanto, el arzobispo parecía ahora desasido de todo. Saludaba a diestro y siniestro. Su presencia había incorporado una especie de alborozo arcangelical en el salón. Tratando de no ser oído por él, Gómez aventuró:

—Bueno... Los congresistas independientes...

—Ilusiones, general —tajó el implacable Torrealba, con toda intención—. Sin el apoyo conservador, estamos perdidos.

—Claro que nuestro grupo, el arcilista... —Onzaga hablaba como distraído, mirando aquí y allá—, podría estar dispuesto a un arreglo.

Se apartó bruscamente del grupo, para saludar a un político ventrudo y de bigotes como de estropajo. Sin dejar de sonreír ni de saludar hacia todos lados, el arzobispo habló entonces:

—No desoigas esa voz, José Valerio —aconsejó, con la mayor perversidad.

Onzaga volvió al grupo. Gómez, que simulaba meditar, preguntó de improviso:

—¿Sobre qué fundamento, senador Onzaga?

El aludido sonrió. Sus ojos vibraron como golpeados por un palillo de tambor.

—Como cultivador de tabaco —opinó—, no veo obstáculo a la abolición de la esclavitud, general. Liberará mano de obra barata. Pero...

Se distrajo saludando a otra persona.

—Pero reformar el régimen de aduanas —complementó Torrealba— sería sumirnos otra vez en las tinieblas de la Colonia.

Gómez titubeó. Algo acababa de romper su sistema de equilibrio.

—Saturnino —encareció—. Tenemos un programa. Ustedes los gólgotas nos secundaron.

Fue Onzaga quien le respondió, esta vez en tono perentorio:

—Piénselo bien, general. Los votos arcilistas lo esperan.

Por el rostro del general navegó una sombra. Onzaga y Saturnino Torrealba intercambiaron miradas de inteligencia. Un criado se acercó con copas de coñac en una bandeja. Onzaga tomó una para sí y extendió otra a José Valerio Gómez.

III

El .i muchedumbre encabezada por Puebla, por Baccellieri y por Julio César Avanza progresaba por la Calle Real hacia el convento de dominicos. Incesantes consignas volaban y, a ratos, eran coreadas desde las encristaladas ventanas de casas principales. Uno que otro caballo, asustado por el gentío vociferante, ensayaba aquí y allá un enfático relincho. Leznas, cuchillos, tijeras relumbraban entre la muchedumbre. En alguna parte, alguien rasgueaba una guitarra.

Detrás ya de la manifestación, allí donde grupos de amedrentados curiosos se animaban a lanzar comentarios, dos hombres de diversa edad y catadura la seguían a caballo, apaciblemente, sin prisa. Por los fardos atados a las cabalgaduras, se veía que acababan de llegar a la ciudad. Traían en la piel y en las ropas el polvo y el cansancio de leguas sudorosas. Arturo I roches era un mestizo muy apuesto, con una tez amarfilada que, a veces, le daba un aire de aristocracia rufianesca. Abelardo Ladino era un tipo alto, de ojos inquietantes y chivera que recordaba un poco la de Baccellieri; cierta sórdida cicatriz le atravesaba una mejilla. Ambos llevaban pistolas aseguradas al cinto.

Se hallaban ahora en lo alto del puente de San Francisco.

—No hay tiempo ni de arrimar a una pensión, doctor -deploró Troches, que era el más joven de los dos—. La elección va a empezar.

El otro habló con voz desapacible, más similar a un graznido.

—Razón tenía mi señor Montalvo —dijo—. Aquí puede armarse una muy gorda.

—Lo primero será entrar en contacto con los artesanos —recapituló el otro—. ¿Cómo nos dijeron que se llamaba... ?

—Baccellieri. Por largo tiempo ha sido abogado del gremio —confirmó Ladino—, defensor de sus derechos. Tiene, por consiguiente, gran ascendiente sobre ellos.

Por una bocacalle, más allá del puente, asomó en ese instante un lando, tirado por dos caballos, con la capota subida, con evidentes intenciones de encaminarse hacia Santo Domingo tomando la atestada Calle Real. Hizo varios conatos de abrirse paso por entre la multitud, pero ésta era demasiado nutrida y, por el contrario, tendía a apretarse. De pronto, uno de los manifestantes, medio embestido por alguno de los corceles, miró hacia el interior y sus ojos se iluminaron. Era un joven desarrapado, de escasos veinte años, alto, membrudo, de raza india, con unos ojos escurridizos y chispeantes. Gritó:

—¡Vengan a ver! ¡Ahí dentro está la mujer de ese vendepatria!

Un grupo de exaltados rodeó el carruaje. Desde su interior, Graciela Fernández de Onzaga y su joven esclava negra, Oliva, observaban con inquietud los acontecimientos. El auriga intentó azuzar los caballos, a riesgo de atropellar a alguien. Pero era en vano. Los manifestantes los sujetaban de las bridas y lograban que el carruaje pareciera naufragar en la marejada. Graciela asomó el rostro por la ventanilla. Era una mujer muy bella y sensual, de unos dieciocho años, con el cabello partido en recogidas crenchas y vestida con estricta elegancia. Increpó al auriga:

—Cohero, ¿qué pasa? Sácanos de aquí.

La esclava, de unos dieciséis años, había desorbitado sus inmensos ojos africanos. El cochero intentó desesperadamente poner la carroza en movimiento, pero ya los exaltados asomaban las caras por las ventanillas del lando.

—Ahí la tienen —gritaba el muchacho que antes había hecho la revelación—. Ni más ni menos que la mujer de Filiberto de Onzaga.

—¿A dónde piensa que va? —preguntó ásperamente un manifestante.

—Vamos a darle una lección —propuso otro.

—¡Puerca librecambista! —instigó el muchacho.

Troches y Ladino habían advertido la situación y espolearon a sus cabalgaduras.

—¿Viste qué paraíso de los ojos, doctor? —dijo el primero—. Vamos a darle una mano.

Encaminaron difícilmente sus cabalgaduras por entre el gentío, hasta llegar junto al coche. El auriga intentaba fustigar con el látigo a los asaltantes, que ya forcejeaban con la portezuela ante el espanto de las mujeres. Graciela suplicaba:

—¡Lárguense! ¡No nos molesten!

Troches se acercó al vehículo por el flanco izquierdo, donde se hallaba la esposa de Onzaga, y Ladino por el derecho. El primero logró pescar al muchacho alborotador por la parte trasera del cuello de la camisa y retirarlo un poco de la portezuela. El así maltratado reaccionó con cólera, pero también con impotencia ante la agresión inesperada.

—¡Vaya a meterse en sus asuntos! —protestó—. ¡A esta

explotadora queremos enseñarle...!

—A ti te voy a enseñar —corrigió Troches—. Se acabó la fiesta.

Otros manifestantes se volvieron airados hacia él, que los embistió con el caballo y los arrojó sobre el empedrado. A su turno, Ladino había alzado del cuello, por los aires, a otro de los enardecidos y lo estrellaba contra quienes lo secundaban. Por último, la pareja de salvadores sacó a relucir las pistolas.

—Se acabó —conminó Troches—. Al que insista, le parto el cráneo.

—Cómo les nacen de defensores a los ricos —comentó el muchacho que había iniciado el barullo.

—Protejo a una dama, imbécil —advirtió el otro—. Lárgate.

Los atacantes se desbandaron entre el gentío. Troches y Ladino tomaron de las bridas a los caballos que tiraban del Lindó y empezaron a abrirles calle. Una vez el carruaje se hubo deslizado sin problemas por entre la muchedumbre, ambos se acercaron, cada uno por su lado, a las portezuelas y se inclinaron para hablar a las ocupantes. Hablaban, pues, mientras avanzaban.

—Aunque, por lo que ven mis ojos, más bien he protegido a una diosa—galanteó Troches—. ¿Se encuentra bien, señora?

Graciela le devolvió una mirada de agradecimiento y de simpatía. Oliva temblaba todavía en el fondo del carruaje.

—No sé cómo agradecer lo que ha hecho por nosotras, caballero —dijo la mujer de Onzaga.

—Arturo Troches, a los pies de usted —se identificó él.

Había hecho a un lado el sombrero, en ademán ampuloso.

El oblicuo Ladino se descubrió igualmente y habló desde su caballo:

—Y Abelardo Ladino, más conocido como el “doctor” Ladino. Por sus mañas, no por sus letras ni por sus borlas.

La dama exhibió una sonrisa general de gratitud.

—Gracias a ambos —declaró.

—¿Quién las da? —indagó Troches.

—Graciela Fernández de Onzaga, señor. Que no olvidará lo que hicieron.

Arturo le dirigió una ardiente mirada, que supo tímidamente correspondida. Luego hizo un guiño a la esclava, que le devolvió una sonrisa muy blanca.

La rica arquitectura colonial del convento de Santo Domingo merecía aquel día embebidas miradas, mas no precisamente de estetas. La multitud parecía haberse estancado frente a la fachada del edificio, en un frenético agitar de brazos y en un amenazante rutilar de armas blancas. Angustiosamente, Ovidio Ramón Baccellieri, auxiliado por Bocanegra, Calzadilla, Otero, Marín y por un tal Froilán Díaz, los cinco últimos armados de pistolas, hacía lo posible por abrir calle a los congresistas, severamente vestidos entre el gentío desarrapado, que trataban de penetrar por la entrada principal de la iglesia. El abogado ostentaba siempre su deteriorado sombrero de copa y la raída capa con cuello de piel de perro.

Casi elevado por los aires consiguió entrar el general Gómez. Tras él, Onzaga y otro grupo de senadores vociferaban y amenazaban con los bastones al populacho, que se deleitaban inflándolos. Se vio a Baccellieri llegar, poner orden y facilitar el avance a los políticos conservadores. Ya en la puerta de la iglesia, Onzaga increpó a la turbamulta:

—¡Desarrapados! ¡Gente sin educación!

Una voz anónima le respondió:

—¡Godo jijuemíchica!

Avanzando penosamente por entre la multitud, el lando de Graciela ganó el frente de la iglesia. Troches y Ladino seguían escoltándolo a caballo. Al detenerse el carruaje, desmontaron, abrieron la portezuela, ayudaron a bajar primero a Oliva y luego a la señora. Acto continuo les abrieron calle a empujones y entre protestas, hasta el atrio del templo. Baccellieri acudió en su ayuda. Sus palabras eran, aquel día, órdenes para el populacho. Graciela le agradeció con una sonrisa.

—¡Doctor! —exclamó—. ¡Querido doctor Baccellieri!

El abogado la reconoció con ternura.

—Graciela... Graciela... Mi pequeña niña—dijo. Después la tomó por los hombros y se quedó contemplándola: —¡Hacía tanto tiempo! Pero, dime... ¿eres feliz?

Graciela lo miró con ojos risueños, pero no respondió.

Entre la marejada que ya inundaba el atrio, Onzaga había advertido la escena y se abrió paso hacia ellos. Colocó una mano sobre el hombro de Baccellieri, que se volvió.

—¡Senador Onzaga!

Mas sólo recibió una respuesta humillativa.

—¿Se puede saber quién es usted, caballero?
—preguntó el senador, con insolencia.

Desconcertado, Baccellieri repuso:

—Pero... usted me conoce...

Onzaga intentó retirarlo a la fuerza. Dijo:

—Si es el que yo creo, no entiendo qué hace aquí, importunando a mi esposa.

Esta se hallaba en extremo confundida. Balbuceó:

—Pero... Filiberto... Qué dices... Él es...

—Uno de esos igualados de la Sociedad de Artesanos.
¡Largo de aquí! —profirió el ricachón.

Baccellieri no atinaba a responder nada. Onzaga tomó del brazo a Graciela y casi la arrastró.

—¡Filiberto! ¡Él es mi antiguo profesor! —protestaba la mujer.

—¿Cuántas veces te he prohibido dirigir la palabra a desarrapados? —reprochaba él con altanería.

Se introdujeron en la iglesia. Antes de entrar, Graciela miró angustiada a Baccellieri, a Ladino, a Arturo Troches. A éste la escena parecía haberlo divertido. Comentó:

—¡Conque ésas tenemos! Bueno, así sabremos qué barro se pisa.

Se dirigió a Baccellieri, que seguía humillado y atónito:

—¿Es usted el doctor Ovidio Ramón Baccellieri?

Avergonzado, éste dijo que sí.

—Y usted, ¿quién es? —inquirió.

—Arturo Troches, de la Sociedad de Artesanos del Sur. Este es el doctor Ladino. Nos envía el general Montalvo para que observemos la elección.

Se estrecharon las manos. Baccellieri seguía pálido de asombro y congoja.

Las tres amplias naves, con columnas y pavimentos de mármol, eran un dechado de fasto colonial. Grandes pinturas al óleo, con estampas de santos y de mártires, o con escenas sagradas; crucifijos de marfil y de ébano; un primoroso altar mayor lleno de volutas y un púlpito barroco, en cuya escalerilla se agolpaban nerviosos estudiantes que, envueltos en sus clásicos capotes de calamaco, no deseaban perderse el espectáculo; todo imponía en aquel escenario destinado habitualmente al culto, que hoy, por obra y gracia de la política, se veía consagrado al más profano de los humanos menesteres.

Los congresistas intentaban acomodarse en las bancas con reclinatorios, donde día tras día, menos arrogantes y más compungidos, se instalaban los fieles. Había una mesa directiva, colocada en posición oblicua con relación al altar mayor, para no dar la espalda al Santísimo. En las bancas más próximas a las puertas se habían colocado las matronas capitalinas, acompañadas de sus esclavas o sirvientas. En el coro, la comunidad de los dominicos se aprestaba a contemplar los acontecimientos. Entre la capilla y el claustro se había alzado un parapeto para separar a los congresistas de la gleba

artesanal, obrera y labriega. Era un claustro florido, que en esta aturrullada fecha se transformaba, confundiéndose con ellas, en un amasijo de personas energúmenas que lanzaban desaforados gritos.

Baccellieri se había abierto paso hasta el parapeto mismo y, con ademanes de brazos, procuraba poner orden entre el populacho, que seguía exhibiendo relucientes cuchillos, tijeras o leznas. Alejandro Puebla lo secundaba. Entre la multitud, Bocanegra, Díaz, Calzadilla, Marín y Otero aullaban consignas gomecistas y mueras a Evangelista Niebles, a Saturnino Torrealba, al librecambismo y a los jesuitas. En tanto oficialmente se inauguraba la sesión, había malestar y usurros entre los diputados. El presidente se puso de pie y solicitó con angustia:

—¡Silencio, por favor, silencio!

Gracias a Baccellieri y a Alejandro Puebla, el vocerío se fue acallando poco a poco. Desde su asiento próximo a la salida, Graciela y Oliva oyeron las convencionales palabras de apertura, pródigas en resonantes lugares comunes. Una multitud enloquecida presionaba aún el portón, que era cerrado heroicamente por varios acólitos dominicos. En el último segundo, cuando estaban a punto de clausurarlo, Troches y Ladino consiguieron filtrarse. El primero se plantó, muy erguido, exactamente tras el banco que ocupaba la esposa de Onzaga.

Ahora se había hecho un silencio expectante y tirantísimo, más espeso en la medida en que era roto, de tiempo en tiempo, por algún apasionado grito. Ahuecada por el ámbito, la voz presidencial informó del resultado que los escrutadores habían dado para la elección primaria en las asambleas

electorales, en las cuales habían sido depositadas mil setecientas dos papeletas. En ese instante, Troches se inclinó hacia Graciela y, con cierta audacia, le susurró al oído:

—Más querrá usted a un nuevo amigo que no a un pariente mezquino..., pienso yo.

La frase sorprendió a la bella mujer, que ignoraba que Troches se encontrase detrás suyo. No se volvió, sin embargo. Con sólo una reflexión tenue, se hizo cargo de la situación. Sin desviar la vista, que tenía clavada en el presidente, respondió:

—Los pesares los guardo corazón adentro, amigo.

El presidente informaba que, por el general José Valerio Gómez, el elector primario había depositado setecientos treinta y cinco votos. Troches no pudo contenerse. Dijo:

—Es usted muy bella.

—Y usted muy impertinente —se sonrió Graciela.

Por Laureano Arcila, los votos habían sido trescientos ochenta y cuatro. Troches explicó:

—Desde cuando me convencí de que los buenos dineros hacen las bodas.

El concepto no había sido nada galante. Arturo esperó con aplomo la reacción de la muy joven señora. Por René Caro, el constituyente elemental había sufragado en número de trescientos cuatro. Graciela se limitó a decir:

—Me temo que se equivoca.

Cristo Herrera Vélez había recibido ochenta y una papeletas.

—No me equivoco. ¿Fue usted alumna del doctor Baccellieri?

Y setenta y cuatro el general Joaquín María Cabezas.

—Hará diez años —repuso la señora Onzaga—. El tenía una casa de estudios...

El propio Saturnino Torrealba había sido favorecido con setenta y un sufragios. Troches se animó a comentar:

—Hombre admirable, dicen...

Y el general Eusebio Pinilla con dos. Graciela rectificó:

—Un apóstol, diría yo.

También había habido un sufragio en blanco. Arturo Troches desató en ese instante su corazón:

—Graciela... Quisiera hablarle... A solas...

Ella no respondió. La voz del presidente declaraba ahora:

—Al no haber reunido ninguno de los candidatos la mayoría constitucional, la Carta nos ordena perfeccionar la elección, eligiendo a pluralidad absoluta de votos entre los tres candidatos que mayor número obtuvieron, a saber: Gómez, Arcila y Caro.

El revuelo cundió otra vez en las barras, que empezaron a presionar sobre el parapeto que las separaba de los diputados. Se oían nutridos vivas al general Gómez. El presidente pidió silencio. Luego anunció.

—Se procede a la primera votación.

Esta fue puesta en marcha, rodeada de una violencia compresora en los espíritus, que se exteriorizaba a la manera de un sordo rumor de marea. La urna recorrió las tres naves en medio de un agorero mutismo. Luego, el calvo y obsecuente secretario la recibió en la mesa. Al iniciarse el escrutinio, gritos amenazantes surgieron del claustro florido. Estos fueron creciendo en número, hasta aterrorizar a los sufragantes refugiados en las naves. Finalmente, el secretario proclamó el resultado de la primera votación:

—Treinta y siete votos por el doctor Caro. Treinta y siete votos por el general Gómez. Diez votos por el doctor Arcila. Hago notar que hay empate entre los dos primeros.

Se produjo una explosión de ansiedad y una rechifla fenomenal en las barras. Baccellieri y Alejandro Puebla intentaban aplacar al populacho, que presionaba en exceso sobre el parapeto. Fue en vano. Con un ruido pavoroso, el parapeto se derrumbó ante el espanto de los parlamentarios, que saltaron como resortados de sus asientos, convencidos de que el alud humano caería sobre ellos. No obstante, el incidente pareció avergonzar a la turbamulta, que retrocedió medrosa. Exasperado, Baccellieri encarecía:

—Es por el bien de sus familias por lo que les suplico moderación. Nos acusarán de motín.

Las gentes se apaciguaron poco a poco. Un diputado se puso de pie y se dirigió al presidente.

—Pido la palabra —dijo—, porque jamás un cuerpo soberano se vio en situación comparable. Gemimos bajo el

puñal alevoso de una turba. El gobernador de la ciudad se encuentra en el claustro. El presidente Niebles, a unos cuantos pasos, en su palacio. ¡Pero nadie nos defiende!

El senador Cristo Herrera Vélez lo secundó:

—¡Nos coacciona la chusma! —gritó.

Francisco Bocanegra se había trepado sobre las ruinas del parapeto y aullaba:

—¡Son ustedes los que nos han reducido a la necesidad de vencer para no perecer!

Baccellieri se encaramó, lo tomó del brazo y lo devolvió a su lugar. De su banca, en las primeras filas, se levantó el general José Valerio Gómez, con rostro marchito por la preocupación. Marchó hasta el sitio donde se encontraba Filiberto de Onzaga. Al oído, le susurró:

—Trato hecho, Onzaga. Pongamos fin a esto.

IV

Había transcurrido, entre ires y venires de la urna, un tiempo indefinible. Las barras habían entrado en un *crescendo* de delirio violento. Bocanegra, Marín y Díaz, sin hacer caso de Baccellieri, enseñaban desvergonzadamente sus armas a los diputados. El abogado enjugaba, con un rancio pañuelo, un sudor nervioso. Detrás de la bancada de mujeres, Abelardo Ladino desnudó su pistola e hizo un tiro al aire. En el coro, los dominicos se espantaron y huyeron en desbandada hacia el fondo. Las mujeres gritaban. Aún desde detrás de Graciela, que miraba en derredor con pánico, Troches se disparó hacia donde Ladino se encontraba. Lo increpó con cólera.

—Está bien, doctor —dijo—. ¿Quieres convertirte otra vez en un asesino? ¿No sabes contenerse? Vete de aquí cuanto antes.

Lo empujó hacia el portón, cuyo postigo fue abierto para que saliera el hombre de la cicatriz en la mejilla y vuelto a cerrar aprisa por un aterrado acólito. Herrera Vélez se puso de pie, congestionado:

—Que quede constancia —declaró—. He votado por el general José Valerio Gómez para que los diputados no sean asesinados.

El presidente, también de pie, imploraba silencio con ademanes.

—Resultado de la tercera votación —encarecía.

Poco a poco se hizo el silencio. Habló el secretario:

—Cuarenta y dos votos por el general Gómez. Treinta y nueve por el doctor Caro. Ninguno por el doctor Arcila. Tres

votos en blanco que se acumulan al general Gómez.

El entusiasmo estalló en las barras. En demanda de silencio, el presidente agitaba los brazos.

—Ha sido elegido el general José Valerio Gómez presidente de la república —anunció por último.

Baccellieri y Puebla se abrazaron en una suerte de pueril arrebato. El júbilo se manifestaba bajo una especie desvariante y opresiva. El general José Valerio Gómez era felicitado por propios y ajenos. La muchedumbre, en el claustro y frente al templo, lo vivaba. Arduamente debió recorrer la distancia que lo separaba del portón, ahora abierto, para ir a recibir las aclamaciones. Lo acompañaban Onzaga y el presidente del Congreso. Su llegada al atrio transformó la inicial asonada en apoteosis.

Graciela y Oliva se reunieron con Onzaga, bajo la mirada inclemente de Arturo Troches. Todos parecían moverse como a la deriva entre la multitud. De entre ella surgió Baccellieri, que extendió los brazos para felicitar al presidente electo y fue recibido por éste calurosamente. Onzaga los observaba, tomando rigurosa nota.

—¡Lo hicimos, general! —exclamó el abogado.

—A usted le debo tanto, doctor Baccellieri —agradeció el ungido.

Aprovechando un descuido de Onzaga, que enarbolaba el bastón contra un miserable que había mancillado con un pisotón su calzado, Troches se aproximó a Graciela. Le susurró al oído:

—Insisto en hablarle a solas. No me niegue esa

oportunidad.

Graciela apretó el paso, turbada, hacia el lando, que el cochero intentaba mantener inmóvil entre la muchedumbre. Antes de subir, volvió los ojos hacia Arturo, que la miraba apasionadamente.

Como era apenas de intuirse, ninguno de los cabecillas de la Sociedad de Artesanos, artífices (aunque sólo en cierta medida, ya que la alianza con Onzaga y Arcila había acabado por obrar el milagro) del triunfo de aquella tarde, disfrutó del honor de ser invitado a la celebración nocturna en casa de José Valerio Gómez. Esta se inició hacia las siete, exornada por la presencia de amigos personales y también de vistosos opositores: si bien se hubiera visto, no habría resultado trabajoso observar que la mayoría de concurrentes eran miembros del conservadurismo o del ala gólgota del partido liberal. Al fin y al cabo, la condición draconiana del general era sólo cuestión de oportunidad y él pertenecía a esa irrecusable aristocracia que concedían el dinero, las armas y el ancestro hispánico.

Por su ausencia refulgían, desde luego, algunos adversarios tenaces, como ese Cristo Herrera Vélez, para quien la permanencia de los conservadores en el poder debía elevarse a un rango de dogma teológico. Pero se hallaban presentes, para rebatirlo, el arzobispo Niebles y el caudillo Laureano Arcila, que solían cosechar bendiciones papales. Se movían todos muy desenfadados por la vasta y vetusta casa, de la que no discrepaban ni los muebles de pata de águila, ni los espejos entre columnas, ni las esculturas quiteñas de madera policromada. Las mujeres, que abnegadamente habían asistido al desapacible espectáculo del convento de Santo Domingo,

participaban ahora del festejo, en el cual se habían de leer poemas rimados con sabiduría y se ejecutaría música en el piano Erhard.

Ni Saturnino Torrealba ni su esposa Agustina habían comparecido en el claustro dominicano. Al rango del ex ministro no convenía el que hubiesen permanecido en las sillas traseras, que equivalían a barras. Por eso llegaron un poco tarde y un tanto más aderezados que los demás. Ostentaba ella uno de esos primores de la confección europea, con hartos volantes, herencia de los años de exilio que vivieron en Inglaterra como consecuencia de los malos pasos políticos de Saturnino. La admiración que la sociedad de la capital profesaba a Agustina se dejó sentir bajo las arañas de luces múltiples. Una admiración que se desgajó en una especie de besamanos. Al fin y al cabo, la mujer de Torrealba había sido famosa, desde niña, por la nítida belleza que postró a sus pies al mismísimo Libertador.

José Valerio Gómez aceptó de muy buen talante el abrazo de felicitación de Torrealba. A todos dio la impresión de que, a partir de aquel momento, sus diferencias quedaban sutilmente zanjadas. Con el poder en el puño, el general era ahora hombre a quien había que halagar y persuadir, no que atacar. La concurrencia aplaudió con ese calculado regocijo que suele suscitar la reconciliación entre rivales, siempre que ésta implique, para uno de los dos, agachar la cabeza. Dos procesos (uno por conspiración contra el Libertador, otro por turbación del orden público) oscurecían el pasado de Saturnino, razón de más para que no desease en el futuro enemistarse con los dueños del argamandijo. Deseaba él, ante todo, provocar la idea de que varios años en Londres habían terminado por hacer

del suyo un espíritu refinadamente civilizado, incapaz de criollas barbaries. Por largo rato, departió con el general, con su mujer y con otras forzosas damas, con el arzobispo, con Arcila, con Onzaga. No dejó de insistir, bueno es aclararlo, en la necesidad de seguir allanando el camino a la exportación de productos agrícolas, ya fuera mediante la supresión de trabas que entorpecían su abundancia (aludía con claridad a los monopolios), ya rebajando los derechos sobre los retornos. Pero lo hacía, no ya en tono de imposición, sino de sugerencia.

El pasarse de copas no era hábito que se le pudiese imputar. Mas aquella noche lo oprimía un sentimiento de fracaso cósmico. La reforma que emprendió al amparo del régimen de Evangelista Niebles constituía para él un áureo sueño que había acariciado desde los días de su exilio en Londres. Después de participar, como político incipiente y aun como dirigente precoz, en todas las intrigas, conspiraciones y conjuras en que se prodigaba la política local, el contacto con el orbe europeo le granjeó una sensación de deslumbramiento. Abominó de las egoístas y sigilosas y nefastas costumbres de su patria. Comprendió que proteger, so pretexto de precaver la industria vernácula, a fabricantes de ponchos, alpargatas y chinchorros, no era más que un ademán demagógico o bien un sofisma de consolación. En realidad, no existía industria vernácula alguna. Se imponía, en cambio, edificar una economía gracias a la cual los productos nacionales pudiesen competir en mercados foráneos, sobre la base de abrir nuestras aduanas a los productos que, a su vez, nos llegasen de esos mercados.

Cuando por fin pudo repatriarse, gracias a una amnistía promulgada por la nueva legislatura, se sintió abrumado por el

autoritarismo del gobierno de Niebles. Pese a ser forastero, en Londres había ensayado con fortuna el comercio. Así, no dudó en establecer, en consonancia con sus nuevas ideas, un almacén de artículos importados, sito en la Calle Real, destinado no sólo a derivar el sustento de su familia, sino también a demostrar la superioridad de la industria europea y la inepticia implícita en querer competir con ella en sus dominios. La impaciencia política lo escocía, desde luego, y pronto empezó a publicar en los periódicos artículos en defensa del libre comercio. Para su sorpresa, el general Evangelista Niebles se convirtió muy pronto en su lector más devoto y convencido. Sin que Torrealba lo supiera, el ciudadano presidente era hombre biológicamente nacido para el poder, con todas las dosis de alta fantasía que éste demanda. Incapaz de ceñirse a compromisos partidistas que coartaran su libre albedrío, Niebles no titubeó en acoplar su mandato a las ideas de ese articulista que lo seducía. Presurosamente comprendió, por lo demás, que el hombre a quien necesitaba en el ministerio de hacienda era Torrealba, y él nombramiento se produjo sin que mediase ni tan sólo una consulta.

Como ministro, Saturnino Torrealba debió arduamente defender en el Congreso su reforma, execrada por los lesionados y levantiscos gremios de artesanos. Estos, aquella tarde, habían logrado sobre él un triunfo catastrófico. De allí esa sensación de cósmico fracaso, mitigada apenas por la tolerancia que hacia él evidenciaba el electo José Valerio Gómez, que lo impulsaba a paladear con asidua amargura el coñac del anfitrión. Agustina lo advirtió con sorpresa paladina, pero sus amigas la convencieron de no intervenir, dadas las circunstancias de aquella aciaga jornada. Por idéntica razón prefirió no moverse de su sitio, una silla frailer en medio del

corro de mujeres, cuando vio a Saturnino, sumido ya en las nébulas del alcohol, abandonar la sala y derivar como sonámbulo hacia el fondo de la casa.

Lo que buscaba con angustia se hallaba ante sus narices. Pero todas las puertas se le antojaban iguales y, en tres ocasiones consecutivas, abrió una pequeña y se dio de bruces con una alacena repleta de gollerías. Incapaz de volver a la sala, decidió aventurarse por un pasadizo incógnito, con la esperanza de hallar a su término el cuarto de baño. Lo animaba la terquedad del ebrio, que se resiste a pedir socorro. De pronto, halló un vano sin puertas y por él se escurrió por instinto. Desembocó en un ámbito turbio, en el cual se entremezclaban el tenue aroma de la azalea florecida y un humillo repelente, de olor agridulce. Con sólo avanzar unos pasos, percibió como una vaharada el hielo de la noche altioplánica y, a lo lejos, un rumor confuso de celebraciones populares. Descendió unos escalones y, bajo su calzado, se dejó sentir la humedad y la molicie de la hierba. Enjambres de estrellas parecían saludarlo, no desprovistas de cierta ironía ultraterrena, desde un cielo despejado sólo a retazos. La luna era engullida, en aquel instante, por una densa nube rizada.

—Dios, tú adoras a los estúpidos —blasfemó en voz alta, arrastrando las palabras—. De otro modo, no los harías tan a porrillo.

El patio era rico en encenillos leñosos y a uno de ellos (el hombre, se dijo, tiene a veces costumbres de perro) se arrimó para sacar al aire su terso falo de aristócrata y desaguar sin más. No se preocupó de lo habitadas que pudiesen estar las vecindades, pues el alcohol lo hacía creerse en una soledad planetaria, pululada de estrellas. Lo alarmó, de repente, la

presencia de una luz rectangular a su izquierda. Sin duda, provenía de una ventana, y no una de la casa, sino de un ramal destinado probablemente a la servidumbre. Ahora bien, no había que inquietarse, pues la servidumbre por fuerza debía hallarse, toda, atendiendo a los invitados. No obstante, de ser así, ¿por qué dejaban allí una lámpara encendida? Su pudor volvió a alarmarse y se preocupó de dar la espalda al rectángulo de luz. Al concluir la operación, lo trabajó la incertidumbre y, en vez de volverse por donde había venido, inevitablemente deseó acercarse a la ventana y espiar lo que acontecía en ese misterioso y atractivo interior. Con sigilo se pegó a la pared del ramal y aventuró media cara en la luz.

No lo habría hecho de hallarse sobrio, desde luego. Tampoco el fisgoneo podía reputarse hábito suyo, pero hoy los hábitos se habían ido al limbo. Lo que vio no quiso creerlo al comienzo, aunque al romper supo alterados sus latidos cardíacos. Había allí una joven de piel oscura y de escasos quince años. Lo de la piel no era juego ni mera suposición, porque se encontraba absolutamente desnuda. En el altiplano no era frecuente ver desnudeces, y menos tan espléndidas, de suerte que se apoderó de Saturnino Torrealba un dramático deslumbramiento. Se resistía a creer en esa aparición edénica. ¿Qué diablos hacía desnuda en mitad de la habitación, con la lámpara encendida y sin correr las cortinas? Parecía una especie de regalo visual, enviado por la noche, que había de difumarse. La visión de una mujer desnuda, se dijo, puede comportar una suerte de posesión, pero no sacia. Fue tal vez ese pensamiento el que animó los nudillos de sus dedos para golpear el cristal.

Lo hizo sin apenas darse cuenta y se sintió

groseramente torpe. Ahora la adolescente cubriría esas carnes cuya visión le acarreaba un mayúsculo goce y también un gratisimo sobresalto. Pero no fue así. La muchacha no se cubrió, simplemente porque no había en todo el ámbito de la habitación nada, ni siquiera frazadas en las dos estratégicas camas, con qué cubrirse. Se encontraba, pues, indefensamente desnuda, ¿por mandato de alguien? Esta última frase lo martilló y lo sumió en el asombro, al tiempo que la deliciosa joven, sin siquiera recurrir al ademán maquinal de vedar el apenas sombreado sexo con las manos, escrutaba en vano con unos ojos medio golosos y se acercaba a la ventana.

—¿Hay alguien allí? ¿O eres tú, micifuz? —preguntó.

—Soy yo —audazmente respondió Torrealba.

Era hora, pues, de que la joven se agachara o gritara o qué sabía él. Pero nada de eso ocurrió. Por el contrario, abrió

con toda sencillez la diminuta hoja del postigo y *se vio* sobrecogida por el frío de la noche.

—¡Don Saturnino! —exclamó.

—¿Me conoces?

Ahora, sin los reflejos del cristal, su desnudo era más violento y también más inerme. Tenía unos senos tan intensos que Saturnino sintió urgencia de ellos.

—Todo el mundo lo conoce.

—¿Qué haces desnuda, en una habitación con luz, a estas horas de la noche?

—No hay cortinas. Mi madre me deja siempre así, para que no me escape. No hay nada con qué cubrirme. Estoy

acostumbrada.

—¿Quién es tu madre?

—Se llama Irene. Es una de las esclavas de la casa. Yo soy Milena.

Entonces reparó en que no era negra. Era mulata, producto del holgar de algún criollo con la esclava. Y de una mulatez apasionante, pues se trataba de una de las criaturas más perfectas que él jamás hubiese contemplado.

—Está bien, Milena. ¿Puedes dejarme entrar?

—No tiene llave, por eso me desnudan —dijo ella elementalmente.

Un artificio pirotécnico irruyó de manos de Abelardo Ladino, se elevó velozmente y se desgranó en luces polícromas en el cielo nocturno. Eran ya más de las once de la noche y había grandes festejos en la Plaza Mayor. La elección de José Valerio Gómez había suscitado, entre el populacho, una ebriedad general con chicha y aguardiente, a la cual se añadía una fanfarria entrecruzada de chuchos, panderetas y tiples.

Algunos fiesteros, tendiendo las ruanas en la calzada, se entregaban al juego. Otros lanzaban voladores. Arturo Troches, sobrio, alcanzó a divisar al doctor Ladino, que ahora bailaba desenfadadamente con cualquier mocetona de la gleba. Se oían vivas al presidente electo y pertinaces abajos al gobierno y a la Compañía de Jesús. Baccellieri, que tampoco había probado licor, se reunió con Troches en el atrio de la Catedral.

—El doctor Ladino parece haber encontrado dónde pasar la noche —opinó Arturo.

—Y usted... —indagó Baccellieri—, ¿encontró

alojamiento? En casa lo tiene, si así lo desea.

Troches convino y agradeció. Su compañero podría llevar después el equipaje. Se abrieron paso entre la multitud y marcharon en dirección opuesta al festejo. El joven sureño llevaba un aire caviloso. Finalmente, habló.

—Ella, doctor Baccellieri..., fue su discípula. ¿Cómo llegó a casarse con Onzaga?

El otro sonrió, con su dentadura enfermiza. El interés de su amigo por Graciela debía antojársele divertido. Se descubrió e inclinó con exceso de obsecuencia para saludar a algún caballero que pasaba.

—Su familia vino a menos desde la muerte de su padre —informó—. Onzaga se encaprichó con ella y... usted comprende, era una oportunidad que no podían desperdiciar.

—¿Quiere decir que se casó por dinero?

—Yo diría más bien que... fue obligada a hacerlo.

Troches sacudió la cabeza, lacerado. Ahora se encaminaban por una de las calles que desembocaban en la plaza, ésa en donde se alzaba el caserón que fue otrora de la bella e intrincada Manucha (la Libertadora, ya se sabe).

No habían avanzado media cuadra, cuando una figura emergió repentinamente de entre las complicaciones de una fachada. Era un hombre embozado, que esgrimía un cuchillo.

—Cuidado con echar mano al arma —advirtió, delatando saber que Troches portaba una—. Soy rápido con el cuchillo.

Obedeciendo a las señas del asaltante, Troches le

entregó su pistola, asiéndola por el cañón.

—Ahora, las bolsas —urgió el extraño.

Guardó al cinto el cuchillo y los encañonó con el arma de fuego. Arturo le respondió con una risotada.

—Estás de ver, amigo —dijo.

Con rápido ademán, mientras el asaltante disparaba la pistola sin municiones, retiró el cuchillo y lo esgrimió.

—Hiciste un mal cambio.

Pero el otro era ágil. Soltó la pistola y se abalanzó sobre Troches, haciéndolo rodar. El cuchillo voló a considerable distancia. Ahora, el asaltante intentaba pisotear el rostro de su contrincante, pero éste se aferró a su tobillo y lo obligó a caer. Luego se incorporó, lo levantó del cuello y le aplicó un científico puñetazo. El otro quedó atontado. Troches lo sacudió y desembozó su rostro. Era el muchacho que había armado el barullo con el lando de Graciela Fernández de Onzaga. El sureño hurgó en sus propios bolsillos y extrajo la bolsa, que hizo oscilar ante sus ojos.

—Es la segunda vez que nos topamos hoy, muchacho —dijo—. ¿Estás muy necesitado? ¿Cómo te llamas?

Casi estrangulado, el joven habló en forma entrecortada.

—Acuña... Dominguito Acuña... Piedad, señor. Tengo mujer y dos hijos. Soy herrero de profesión. Pero la situación es muy mala.

Troches hundió los dedos en la bolsa y sacó una moneda de oro.

—Está bien. Confórmate con esto —aconsejó—, Y métete en la cabeza que la tercera vez que nos veamos, tendrás que comportarte o no respondo de mí.

Acuña sacudió la cabeza en signo de asentimiento. Tomó la moneda. Al soltarlo Arturo, huyó despavorido. Baccellieri, aterrado, pegado a la pared, miraba sin entender lo que había ocurrido.

Quería ser un campo de diversiones, pero se trataba, en realidad, de un gran potrero, en las faldas de los cerros y en inmediaciones de la colina de Egipto. Allí se reunían los domingos gentes de todos los rangos sociales a divertirse como pudieran. Por todas partes, se veían barriles de chicha y damajuanas de aguardiente. Había dos postes largos, a unos seis metros de distancia el uno del otro, unidos por un rejo, uno de cuyos cabos pasaba por una polea a fin de poder atesarlo o aflojarlo al gusto. En el rejo estaba colgado, cabeza abajo, un gallo, que era subido o bajado por un verdugo según la distancia de un jinete, cuyo juego consistía en pasar a toda velocidad entre los postes y, antes que el gallo fuera izado, lograr arrancarle la cabeza de un machetazo.

Pasó velozmente un primer jinete, cuyo machete silbó en el aire, sin conseguir su objetivo. De inmediato avanzó un segundo, que decapitó al gallo. La sangre chisgueteó a la concurrencia, una veintena de hombres enruanados, harapientos, borrachos de chicha. Al recibir el baño de sangre, todos rieron y lanzaron cómicos alaridos.

Recostados contra una cerca, Troches y Ladino contemplaban plácidamente la escena bárbara, mientras bebían a pico de botella. Unos metros más allá, había un polígono de tiro, donde practicaban Saturnino Torrealba, Filiberto de Onzaga y los ingleses Pernell Williamson y Cliff Hone, deportivamente vestidos, como si asistieran en Londres a una competencia de equitación. Había también una mesa con una pirámide de frutas y cuatro vasos de coñac. Graciela de Onzaga y Agustina de Torrealba se paseaban protegidas por sendas sombrillas. Vestía la más joven un suelto atavío de muselina, con festón que la hacía como aérea en sus zapatos de satén

blanco. La otra exhibía un primor londinense en terciopelo granate.

La mano de Torrealba, empuñando una hermosa pistola de percusión, de finas cachas de nácar, se elevó en una línea media de tiro y disparó. El proyectil abrió un rosetón en el centro mismo del blanco.

—¡Bravo! —festejó Onzaga, cuya intimidad con el caudillo gólgota no era reciente—. No sabía que te gastaras esa puntería.

Para apurar su coñac, Saturnino colocó la pistola sobre la mesa. Onzaga se acercó y la tomó en sus manos; la admiró, la acarició.

—Bellísima pistola —elogió.

Torrealba señaló hacia Hone.

—Fineza de Cliff Hone —reveló—, en nombre de la industria británica del tabaco.

—Muy bella —reafirmó Onzaga.

Graciela y Agustina se acercaron a la mesa donde bebía Saturnino. La primera tomó uno de los vasos de coñac. Pidió a Onzaga:

—¿Me dejas probar un sorbito de tu coñac, Filiberto? Tengo un poco de agrieras.

Onzaga le retiró el vaso de las manos. Irritado, le susurró al oído:

—¿Beber coñac en público como los hombres? Te van a confundir con una prostituta.

Bebió él mismo del vaso. Graciela lo miró con encono. Mientras Agustina entablaba conversación con los ingleses, dio la espalda y se encaminó al sitio donde demoraba la decapitación de plumíferos. Ahora, el hombre que subía y bajaba el rejo regaba sobre un grupo de enruanados la sangre de un nuevo gallo. Arturo Troches seguía a Graciela con la vista.

—¿La ves, doctor Ladino? —preguntó.

Onzaga, contrariado, se había unido también a los ingleses. Saturnino Torrealba estimó conveniente puntualizar:

—Filiberto es uno de nuestros mayores terratenientes tabacaleros. ¿Lo sabían?

—Así es —repuso Williamson—. Pero me sorprende que, con su poder político, siga tolerando la existencia de un monopolio estatal.

Hablaba, al igual que Hone, un español difícil, con marcado acento. Onzaga pareció sorprendido.

—Ustedes, los ingleses —indagó—, ¿no creen en la conveniencia de esos monopolios?

Discretamente, Arturo Troches se acercaba a Graciela. La mujer lo había sin duda advertido, pero no se dignaba darse vuelta. Simulaba interés en los gallos.

—No he logrado olvidar nuestro encuentro —le confesó él—. Desearía todavía hablarle a solas.

Sin mirarlo, ella respondió:

—Comete un error, Arturo. Soy una especie de coto vedado. Un altar de la patria.

—Altare para ser besados —retrucó él al vuelo.

Graciela observó a hurtadillas el lugar donde su marido conversaba con Torrealba, con Agustina, con los ingleses.

—Toda política avanzada —observaba Saturnino— se cifra en el libre crecimiento del comercio privado.

Dudoso, Onzaga inquirió:

—¿Qué opina usted, señor Hone?

—Concuerdo con Saturnino —dijo Hone—. No debe permitirse que el Estado lleve la parte del león.

—Sobre todo cuando hay cómo presionar —agregó Williamson.

—El estanco del tabaco —redarguyó Onzaga— aporta el mayor ingreso a nuestro erario.

—En Inglaterra decimos: el dinero es de quien lo gana —objetó Williamson.

Graciela había dejado de observarlos. Estaba muy tensa. Sin mirarlo, dijo a Arturo:

—Suelo ir por las tardes a San Agustín... Hacia las seis...

Y prosiguió su camino errático. Una luz brilló en los ojos de Arturo Troches.

Cliff Hone, entretanto, se acercó a la mesa y tomó la pistola de Saturnino.

—Si de mí dependiera, ¿sabe lo que haría?
—preguntó— Apuntaría directo al monopolio. Así.

Extrajo del bolsillo una moneda de oro, de cuño nacional. La aventó alto e hizo fuego. La bala abrió un chasponazo en el puro centro. Onzaga la examinó y comprobó la forma como el escudo de su patria había sido borrado. Hone le sonreía inteligentemente.

Otro gallo fue decapitado.

En una nave lateral de la iglesia de San Agustín, Graciela y Oliva rezaban a la Virgen María arrodilladas en un reclinatorio. *Alleluia, Alie luía. Félix es, sacra Virgo María, et omni laude dignissima: quia ex te ortus est sol justitiae, Christus Deas noster. Alleluia.*

Se incorporaron y encendieron, con la lumbre de otra, una vela votiva que parpadeó bruscamente y afantasmó sus rostros. La iglesia se encontraba desolada a esa hora. Apenas si un acólito extinguía al fondo las luces de un altar con ayuda de un castracirios.

Vestido a la usanza de los caballeros de pro, Arturo Troches entró lentamente, observó, se situó a discreta distancia de las mujeres y de los parpadeantes exvotos. Graciela lo advirtió y pidió a Oliva:

—¿Quieres continuar? Ya te daré alcance.

Oliva obedeció. Pasó ante Troches, que avanzaba hacia Graciela, y le dirigió una sonrisa que era mezcla de nervios y de simpatía; y que, al tiempo, establecía una definitiva complicidad. Ahora, Graciela marchaba también en busca de Arturo.

—Pasé la noche en vela, preguntándome si vendría usted —inició él, con un poco de esfuerzo.

Ella inclinó la vista.

—Arturo... Estoy tan confusa —balbuceó.

No menos titubeante parecía ahora el airoso sureño.
Dijo:

—Graciela... yo... he pensado tanto en usted... Yo... yo la amo, Graciela.

Estaban muy próximos el uno del otro. En un raptó de nervios, ella se arrojó en brazos de Troches.

—Arturo... ¡Soy tan desdichada! ¡Y tengo tanto miedo!

Tomándola del mentón, Troches la hizo suavemente erguir la cabeza. Sus miradas se cruzaron sin ocultar la pasión y la angustia.

—Yo la amo, Graciela. Y mi mayor sufrimiento radica en saber que usted sufre.

Una lágrima surcó la mejilla de la mujer.

—No hay nada que puedas hacer —dijo.

—No soy precisamente un resignado, Graciela —objetó él—. Siempre hay algo que pueda yo hacer.

La señora de Onzaga dirigió la vista hacia el altar mayor. Suspiró:

—Estoy atada por un juramento.

—El juramento matrimonial —interpuso Troches— debe ser reavivado diariamente por el amor... Y tú..., tú no

amas a Filiberto de Onzaga.

Graciela hundió los ojos en las baldosas de la iglesia.

—Lo aborrezco —declaró—. Pero no es ése el juramento al cual me refiero.

Arturo la interrogó con los ojos, atrayendo otra vez los suyos mediante el mismo ademán de la mano en el mentón.

—Hice a mi madre un juramento, en su lecho de muerte —notificó ella—. Le prometí que reivindicaría nuestro apellido casándome con Onzaga.

Troches la miró intensa y amorosamente. En sus ojos fulguró por un instante todo su descreimiento en las convenciones morales. Dijo lentamente:

—No tienen por qué guardarse... juramentos que jamás debieron hacerse.

—No aumentes mi confusión —imploró ella—. Yo...

—¿Tú...?

Una angustia indomable se pintó en el rostro de la mujer.

—¡Quisiera ser libre para amarte!

Ahora sus miradas estaban cautivas la una de la otra. Dulce y sabiamente, Troches fue acercando sus labios a los de Graciela. Por último, sus bocas se unieron en un largo beso.

En vano, Saturnino Torrealba había andado por esos días a la caza de una cita con el general José Valerio Gómez. Desde el día de su elección, la agenda del caudillo draconiano se encontraba abarrotada, y no había logrado verlo otra vez,

pese a roerlo por ello una impaciencia culminante. Inverosímilmente, el general sólo pudo recibirlo en la mañana del día de su posesión, cuando tenía ya un pie en el estribo del coche que lo conduciría a su nueva residencia palaciega. Lo hizo en el despacho estricto de su vieja casa, ya engalanado para la asunción del mando. Cuando Torrealba terminó de exponerle la razón (o la sinrazón) de su visita, Gómez tenía abiertos ya tamaños ojos y un agudo asombro en todo su continente.

—Pero, Saturnino... —dijo—. ¿Qué mosca te ha picado? Nadie quiere comprar esclavos en estos días. Todos saben que me propongo abolir la esclavitud.

—No me importa —repuso Torrealba, invistiéndose de un aplomo heroico—. Quiero comprarla.

—¿Se puede saber por qué? La verdad, no me parece adecuado separarla de su madre.

El ex ministro del régimen que hoy tocaba a su fin calibraba en toda su complejidad el papelón que estaba haciendo ante el presidente electo, a cuya perspicacia no podían escapar sus verdaderas intenciones. Era claro como el sol que Saturnino deseaba comprar un objeto sexual. Y oscura como la noche la forma como había trabado conocimiento con Milena. Por su peso caía (tenía que estar diciéndose el general) que todo tuvo que ocurrir durante el festejo nocturno de su elección. ¿Y no equivalía ello a una violación de morada?

—La tropezamos en el mercado hace unos días —se apresuró Torrealba a mentir—. Y las gemelas se encariñaron con ella. Sería, a más del aya ideal, una compañera de juegos.

—No está en venta —tajó el general, henchido de

sospechas.

—Se lo pido como un favor personal —imploró el otro.

—En ese caso —propuso el presidente electo, ansioso ya de rematar aquel turbio asunto—, preferiría liberarla de su condición de esclava y que tú, libremente, la contrataras.

—Eso sería mejor que nada —opinó torpemente Saturnino—, pero insisto en adquirirla a título de esclava.

—Título que perderá en cosa de días, porque voy a hacer que todos los esclavos ganen la libertad y se conviertan en ciudadanos. Me propongo hacerlo en el plazo más inminente.

—¿Cuánto vale, general?

Gómez lo escrutó encarnizadamente con los ojos. Su mirada se diría casi de reprobación. Anduvo hasta su escritorio, con incrustaciones de marfil, tomó asiento tras él, se apercibió de papel y pluma y se puso a escribir. A Torrealba todo aquello lo llenó de angustia. Ignoraba qué reacción había suscitado en el general. Aquella noche, la del día de la elección, el alcohol le había dado ánimos para una de las acciones más audaces de su vida, acaso comparable únicamente con su irrupción, muchos años atrás, en el palacio presidencial con el propósito de asesinar al Libertador. Cuando Milena le dejó ver que su puerta estaba sin llave, no se lo hizo repetir e ingresó en la habitación en un parpadeo. Ahora la tenía junto a sí, de frente, íntegramente desnuda, visión sin par para sus ojos enamorados, desprovista de pudor hasta el tuétano, incitante como la perfección misma, con su sexo —no del todo sombreado— reclamándolo desde su manifiesta indefensión, por ella expuesto con sublime desvergüenza, latiendo acaso esa

hendidura divina al ritmo de su corazón, de su acezar, de sus febriles sienes.

—No te haré daño —le dijo—, pero déjame tocarte.

Ella asintió con sólo la intensidad de sus ojos. Saturnino sintió como si estuviera lanzando su vida por la borda de un buque, pero supo que una ocasión como ésta no volvería a

presentarse nunca. Era como el llamado de la abierta existencia, del existir en bruto. Se aproximó a Milena, la rodeó con sus brazos, palpó sus nalgas duras, las acarició en un paroxismo de excitación y entonces no pudo creer lo que sentía, porque la mano de la joven había buscado su bragueta y la desabotonaba y sacaba al aire íntimo y cálido de la alcoba su miembro erecto y a su vez lo acariciaba con un regusto de antiguas sabidurías.

La condujo casi con ternura hasta una de las camas. La besó con locura, recorriendo con sus labios toda la mulatez de su cuerpo. Cuando la penetró, cuando destrozó su virginidad inexplicable de sabia hechicera del amor inmemorial, creyó por un instante abarcar el universo y después supo que en esa ocasión sería, contra su costumbre, un amante miserable, pues eyaculó mucho antes de lo que hubiera querido y lo hizo en una forma muy copiosa, como para que no quedase duda de la consumación de ese sacrilegio magnífico. Después, escondió el miembro húmedo, que ella miraba embelesada y, acaso, agradecida, y sólo atinó a decir antes de retirarse:

—Te compraré, Milena. Para que hagamos esto todos los días, hasta el mismo de la muerte.

Todo estaba ahora, sin embargo, en manos del general, que garrapateaba sobre el papel. De pronto, colocó un punto enfático que perforó la hoja: el punto con que su rúbrica culminaba, y la extendió a Saturnino. Le traspasaba gratuitamente a la joven esclava y que se las viera con su conciencia.

—Gracias —fue todo lo que dijo Torrealba. Y se fue.

Esa tarde, la negra Irene fue a llevar a su hija a casa de

su nuevo propietario, que ante Agustina había urdido una trama sencilla para no despertar sospechas y justificar la presencia de Milena. Le había dicho —sin mentir— que se trataba de un presente del general Gómez, y —mintiendo— que en agradecimiento por secretos favores durante la campaña. Agustina no dio indicios de olerse nada malo. Cuando Irene tocó a la puerta de calle, era tal la impaciencia en que ardía Torrealba que fue abrir en persona. Vio entonces a la mulatita luciendo un severo uniforme de criada, incluida una cofia. Esto lo encalabrinó un poco: era la primera vez que la veía vestida.

Durante todos esos días proemiales del régimen de José Valerio Gómez, Saturnino Torrealba demoró en su encalabrinamiento. Milena, por fuerza, había tenido que ser uncida al resto de la servidumbre, cuyas habitaciones se encontraban al cabo de un patio de geranios y de azaleas. Difícil resultaba, en esas circunstancias, frecuentarla y mucho menos cumplir la promesa de una unión carnal diaria, promesa que obsedía al dueño de casa hasta los extremos de la enajenación.

No era posible, por una parte, burlar las miradas de las dos antiguas sirvientas; por otra, escapar a la inocente vigilancia de Agustina, que ejercía sobre cada recoveco de la casa un mando irreprochable. Torrealba se exprimía los sesos en pos de una treta mediante la cual sortear esos irónicos arrecifes. Había adquirido a Milena del modo más simple, pero al meterla en casa había establecido entre los dos una distancia casi infranqueable. A ella, a quien conoció desnuda, la veía ahora vestida siempre y con su cofia impoluta. La seguía con los ojos, tratando de adivinarla, lleno de sorda cólera, cuando le traía café, cuando retozaba con las gemelas. Milena, de tiempo

en tiempo, le dirigía una mirada ardiente y perversa.

Una probable y descabellada solución le vino a la cabeza la tarde en que él y su esposa decidieron ir de compras a la tienda del español, un *tutti quanti*, un batiborrillo, un *bric a brac* que intentaba emular, pese a su caos esencial, al almacén de artículos importados que Saturnino mantuvo años atrás. Mercancías extranjeras y vernáculos, antiguallas, perfumes franceses y pachulíes criollos, todo se apelmazaba en desvencijados estantes. Era obvio que los artículos más finos se confinaban en una zona de asepsia, separados categóricamente del área de los víveres y de la ferretería. En esta última, había fardos cubiertos de polvo, legajos sucios en que se llevaban cuentas de prestamista, arcones, cajones, restos de comida en el suelo y sobre los mostradores, así como dos balanzas de pesar. Desde una caja, un gato gordo y sarnoso contemplaba impasible cuanto acontecía.

Unos cuantos parroquianos celebraban tertulia en algún rincón. Losada, el propietario, era un peninsular alto y muy flaco, de afilado rostro y nariz de pito. Pese a sus caudales, vestía un raído y miserable levitón entallado y unos remendados calzones ceñidos a los muslos y sujetos con horribles trabillas de cuero. Tenía una barba rojiza y llena de sobras de comida.

—¿Para cuándo llegará mi pedido de vinos de Borgoña?
—preguntó Saturnino, al acecho del instante adecuado para deslizar la pregunta que en verdad le inquietaba.

Con fuerte y tozudo acento, Losada reportó:

—Tres meses a lo sumo, don Saturnino.

Fue Agustina quien ahora inquirió:

—¿Han llegado perfumes de París?

El español fue hasta uno de los aparadores y regresó con un frasco minúsculo, en cuyo interior se agitaba un líquido ambarino.

—Mire éste —postuló—. Es de esencia de azahar.

Afuera, en la calle populosa a esa hora, iba y venía un tráfico cansado y cotidiano de hombres enruanados y astrosos, calzados con alpargatas, que arreaban recuas de burros, cargaban pesados fardos sobre sus espaldas o imploraban una limosna. Aquí y allá, las aguadoras, con sus faldas largas de lienzo, hacían su oficio, yendo y viniendo, al hombro las múcaras de barro cocido. Agustina opinó:

—Prefiero la de pétalos de rosa, siempre y cuando no usen ámbar gris como fijador.

—¿Estas camisas son de seda cocida? —indagó Saturnino, intentando atraer hacia sí al propietario—. Quiero decir, sin goma o barniz, que no hagan ronchas en la piel.

—Son inglesas —aclaró, untuoso, el comerciante. Y de pronto, como iluminado, agregó: —A propósito, acaba de llegarme una remesa de zapatos ingleses.

—Veamos, veamos —aceptó Saturnino, y se retiró con él hasta el fondo.

Agustina se ocupaba ahora en cotejar telas, ciñéndolas a su cuerpo ante un enorme espejo. Losada interponía:

—Usted, don Saturnino, ¡vamos!, no resistirá el zapato criollo. Vuelve zambo el pie.

—*Bot*, dicen los franceses —ilustró el político, para en

un susurro añadir: —Escuche, Losada; escuche con atención.

El peninsular lo miró con típica estupidez en sus ojos absurdos.

—¿Todavía arrienda usted esas habitaciones en Las Aguas? Quiero decir, esas habitaciones discretas...

Se iluminó la mirada del comerciante. En voz muy baja, comentó:

—Vaya, don Saturnino, que tiene usted una aventurilla...

—Nada de eso —cortó el otro lleno de cólera—. Además, a usted no le importa. ¿Las arrienda o no?

Vio al gato sarnoso mirarlo con ojos relampagueantes y sintió una especie de náusea.

—Puedo asegurarle que sí, hombre —dijo el español.

La respuesta envolvía una secreta complicidad, que repugnó a Torrealba. Nunca, nunca había sido infiel a Agustina, y si serlo por primera vez iba a significarle connivencias con esta sabandija, prefería renunciar. Por eso repuso:

—Olvidelo, Losada. No sé de qué estaba hablando.

El español se desconcertó. Trató de enmendar lo hecho, pero sólo atinó a barbotar torpezas, que Torrealba suprimió con un:

—Adquiero este par. Hágalo llegar a casa.

Concluida su inspección, Agustina dilucidó entonces:

—Creo que llevaré este crepé. Me haré un vestido de

noche que van a rabiar de envidia.

Cuando salieron, Torrealba iba gris de disgusto. Se dijo que debe haber audacias que compensen estos sigilos vituperables.

—Si quiere usted palpar el estrago que las doctrinas mercantilistas hicieron en mi país, bástele hojear este libro —declaró Cliff Hone, alargándole el tomo en octavo, empastado con primor británico.

Filiberto de Onzaga recibió el obsequio, con mezcla de curiosidad y desconfianza. Se encontraban en la sala de estar de la residencia del senador y Graciela los regalaba con bocadillos que humedecía un coñac bermejo y apetitoso. Afuera, una lluvia gris hacía apática la tarde.

—Su autor no frisa aún en los cuarenta años —prosiguió el inglés—, pero es uno de los más célebres de mi patria. Fue el segundo de los ocho hijos de un empleadillo y, de joven, se ganó la vida como escribiente. No le es, pues, del todo ajeno el tema que escogió para esta novela, en la que intenta describir la indigencia de los tugurios londinenses y las casas de trabajo donde los obreros beben la muerte a lentos sorbos. Ahí verá usted los horrores de los hospicios y el modo como son explotados los niños...

—¿Cuál de los dos es el nombre del autor? —indagó Onzaga, perplejo. A decir verdad, le interesaban muy poco la literatura y las lenguas foráneas. Y héte que Hone le obsequiaba una novela en esa lengua ilímite que es el inglés.

—Dickens es el nombre del escritor y *David Copperfield* el de la novela. Es la última que ha escrito, acaba de aparecer. Encontrará también allí el trato inicuo a los presos,

la índole morosa de la justicia.

—Le agradezco este obsequio. En realidad, toda la información que poseo sobre Inglaterra la debo a Saturnino.

Colocó el tomo en una consola, sin la menor intención de volver a abrirlo.

—Torrealba vivió en Londres, cerca de mi casa —evocó Hone—. Con él y con Agustina pasamos un verano en Cumberland, expuestos gozosamente a los vientos húmedos del océano. Victoria estaba recién coronada y nosotros empezábamos a creer ya que la ciudadanía británica equivalía en el mundo moderno al *civis romanas sum* de los antiguos.

El senador ignoraba enciclopédicamente qué pudiera ser el *civis romanas sum*, pero simuló una mirada de apasionado interés.

Aunque desconocía el inglés tanto como su marido, Graciela tomó el libro, por un instante, en sus manos. Pasó con ligereza las bien impresas páginas. Luego tornó a abandonarlo y salió de la sala. Encaminándose hacia la cocina, donde se preparaban nuevos bocadillos, miró allá, sobre el jardín, la lluvia lánguida y se preguntó si la literatura sería infinita y si cada literatura, en cada lengua, lo sería también. La imagen de Arturo Troches cruzó, rauda, su fantasía, y se dijo que, en ella, literatura y amor eran una misma cosa, pues sólo temas idílicos le había hecho leer Ovidio Ramón Baccellieri en su casa de estudios. Poco llegarían nunca a interesarle novelas que hablasen de la explotación de niños... ¿Habría quien se distrajera con semejantes horrores?

El amor, el amor era el solo tema. Un hombre y una mujer que se aman pueden agotar las letras humanas. Que se

aman, como ella creía amar en cotidiano y solitario *crescendo* a Arturo. De pronto, algo le vino a la mente:

Suspende al arco las flechas,

*Amor; basten ya tus tiros que es rigor, si no bajeza
quitar la vida a un rendido.*

Eran versos que había aprendido por gentil sugerencia de Baccellieri, en sus años infantiles. Inverosímilmente, su autora era una monja, del convento de la Concepción de Toledo. Se llamaba sor María de Santa Isabel, pero, para fines literarios, firmaba Marcia Belisarda.

*Tu piedad, Amor, me valga, pues eres dios, que es
indigno blasón en deidad tan alta castigar nobles delitos.*

¡Pobre Marcia Belisarda! ¿Y por qué una monja escribía poemas de amor? ¿Y no de amor a Cristo, como Juan de la Cruz, sino de amor sexual al varón? Ah, sí. Baccellieri le dijo que esos versos, de honda y melancólica nostalgia, los hacía por encargo. Pero, por una parte, ¿quién podía encargárselos, pues no era uso que mujeres enviasen poemas a sus amados? Y, supuesto que así fuera, ¿de dónde esa perfilada vena erótica, rendida en honesto sacrificio ante las aras de Eros?

¿Había pensado: ¡pobre Marcia Belisarda!? ¡Pero no! ¡Pobre Graciela Fernández! Que ni aun poseía la destreza de versificar para desfogarse, y el amor a Arturo Troches le estaba quemando el alma. Marcia se lamentaba:

Si lo que siento no ignora

*¿qué intentará el dueño mío, cuando de mi amor
prendado dispone acerbos retiros?*

Ausencia conjetura previa presencia, reflexionaba. Y en amor, ¿qué es *presencia* sino disfrute físico del otro, ése que a Arturo y a ella se les negaba? Dos, tres citas furtivas habían gozado, hacia el crepúsculo, en la iglesia de San Agustín. En ellas, besos de tangencia, nada que pudiera llamarse *disfrute*. En ellas, una exasperada frustración. En ellas, una ilimitada angustia. Para amar u odiar, unos cuantos minutos bastan. Esas citas habían sido suficientes para amarlo tanto que le dolía.

Piedad, ¡ay Amor!, piedad otra y mil veces te pido, o acaba mi vida luego rigor de matantes filos.

Memoraba los versos y no sabía que, maquinalmente, había entrado en la cocina, tomado la bandeja de bocadillos y vuelto a encaminarse a la sala de estar. Se vio de pronto ingresando en esta última, con el plato bien asido en la mano derecha, y sintió asombro. Del asombro pasó a la sensación de haber vivido o soñado antes ese momento. Casi vaticinó en su mente las palabras que, un segundo después, oyó articular a su marido.

—Decidido —concluyó Onzaga—. Mañana partiremos para mis haciendas tabacaleras, Hone. —Y, dirigiéndose a ella: —Haz que preparen mi equipaje. Parto para el campo con Hone y tardaremos al menos dos semanas. —Luego, con ademán de triunfo: —Festejemos, festejemos. Seré uncido a la carroza triunfal de la industria británica del tabaco. José Valerio mediante, por supuesto, que nos ha prometido presentar el proyecto de ley para suprimir el monopolio.

A Graciela le brincó el corazón. Unos minutos más tarde, en la soledad aromática de su alcoba, escribía el recado con letra presurosa. Oliva lo llevó a su destino al anochecer.

Faltaba, se dijo Graciela, saber qué treta se ingeniaría Troches para no dar lugar a habladurías.

Un auriga adormilado hundió su carruaje en el fondo de una cochera. A eso de las ocho de la noche, escasos transeúntes animaban ya el sector más central de la neblinosa ciudad, el agua pestilente de cuyas cunetas, aquella tarde, había desbordado la lluvia. Uno de ellos, con su capa y su sombrero de copa, evitando los charcos de agua humilde estancada entre los adoquines, entró con cierto nerviosismo en el local en donde funcionaba una aseada botica.

Al fondo, un reloj de pared señalaba la hora en números romanos. Pomos de farmacia magistral, una vasija donde pululaban sanguijuelas, una balanza de cobre y un quinqué colgante eran los más vistosos distintivos del establecimiento, cuyo propietario, con su blanco delantal y unas medias antiparras por encima de las cuales brillaban unos ojos diminutos y sagaces, leía un periódico tras el mostrador impecable. En la botica chispeaba una animada tertulia, integrada por unos cuantos ociosos que, en forma un tanto subrepticia, bebían allí aguardiente, ron o café. Al entrar el abogado, el apotecario se apresuró a decir:

—Mis congratulaciones, doctor Baccellieri.

Uno de los habituales, un hombre hípido, de rostro inevitablemente sórdido, a quien llamaban “Cara de Coime”, se sumó al cumplido:

—También las mías —dijo, con el acento bisbiseado del altiplano—Es un acierto su nombramiento como juez parroquial.

Grave, declamatorio, Baccellieri dio las gracias y

añadió:

—Ya saben ustedes lo que pienso, señores; que para no tener que hacer que lo fuerte sea lo justo, hay que hacer que lo justo sea fuerte.

Por la prosopopeya con que lo dijo se hubiera creído que había sido nombrado presidente de la Corte Suprema. Consignado lo cual, se desentendió de los concurrentes y en voz baja, encareció al propietario:

—Mi tía Tomasa dice que su láudano, Andrade, no lleva ni una milésima parte de morfina. Que todo es vino blanco y azafrán.

Bautista Andrade levantó un botellón y, asegurándose las antiparras, lo examinó.

—Por Dios —se defendió—, estamos sujetos a un convenio internacional. Cien gramos de opio de diez por ciento para cada litro.

—Se pasa en vela las noches —arguyó Baccellieri.

—Puede beber una cucharadita más —prescribió el boticario.

En ese momento, “Cara de Coime”, a quien la filosófica respuesta de Baccellieri había dejado una puntilla de envidia clavada en el alma, fingió preguntar inocentemente:

—¿De qué parroquia lo hicieron juez?

Inocentemente, el abogado respondió:

—De La Candelaria.

Entonces, “Cara de Coime” no ocultó ya su cínica

intención. Con una risa crispada, opinó:

—Pues, bueno. José Valerio paga bien los mandados, ¿verdad?

Miró a Baccellieri con sorna desafiante. Pero el abogado se retiró en silencio. Una teja alzada por el viento rodó, azarosa, turbulenta, por la calzada que cruzaba, a escasos dos metros de él.

El aldabón sonó macizamente. Oliva recordaba cómo Fi- liberto de Onzaga solía decir que quien tocase a la puerta con tal vehemencia era por una de dos: o venía a cancelar una deuda o a pedir limosna. La esclava no contemplaba una tercera posibilidad: la de que viniese a cobrar, pues Onzaga no acostumbraba ser deudor de nadie. Avanzó por el zaguán, lleno de macetas floridas, descorrió las trancas y abrió. La luz inundó de golpe el recinto. En el quicio se recortaron dos frailes, con capuchas que hacían inescrutables sus rostros.

El que se hallaba más próximo a ella saludó con esa invocación explícita e irrefragable, que fue tan común en los documentos medievales:

—*In nomine Dei...* —dijo.

Oliva no albergó ahora la menor duda. Aquéllos eran frailes mendicantes, es decir, que se compaginaban con la alternativa de Onzaga. Por eso respondió, con aire displicente:

—El señor Onzaga no se encuentra en la ciudad. Está en sus plantaciones.

Ahora, el fraile que había hablado ahuecó burlonamente la voz.

—No buscamos a Onzaga —afirmó.

La esclava experimentó un débil susto. Titubeó:

—No sé si doña Graciela podrá...

Arturo Troches apartó entonces la capucha y dejó ver el rostro. Dirigió un guiño cómplice a la joven negra.

—Por supuesto que podrá —aseveró con una sonrisa.

Oliva sonrió a su vez con picardía y les franqueó la entrada. Un perro les hizo fiestas en el zaguán. Los falsos frailes atravesaron, encapuchados y con unción adventicia, un jardín interior con rojas flores en espádice, ahogadas en su propio aroma, y con agapantos o flores de amor. Los guiaba la muchacha, que apenas podía contener la risa. Bajo el otro hábito venía, sin duda, Abelardo Ladino, en calidad de escolta irrefragable.

Sin una sola vacilación, subieron la escalera y se encaminaron por el pasillo. Mientras el doctor Ladino quedaba afuera, haciendo guardia, Troches fue introducido en una alcoba lujosa, con imponentes bargueños, una luna veneciana y un vasto, suave e inconcuso lecho lagarterano. Había en la pared, aquí y allá, imágenes piadosas que contrastaban con el conjunto. También jarrones de flores, con figuras de ninfas y de danaides que ponían un toque pagano en un ámbito que, de cualquier modo, quería ser recogidamente íntimo y pío. La celosía de la ventana dejaba entrar una luz familiar y apaciguadora.

El encapuchado y Graciela de Onzaga se estrecharon en un beso. Oliva salió y cerró la puerta. Ya en el pasillo, pasó frente a Abelardo Ladino, que imprevistamente le pellizcó un pezón. Con un respingo, la esclava protestó:

—¡Aprovechado!

El oblicuo doctor le guiñó un ojo. Bajo el hábito, que él mismo había confeccionado, lo mismo que el de Troches y que antifaces y máscaras y otros indumentos de disfraz, daba la sensación de un gorila abacial.

—¡Preciosura de ébano! —profirió con su voz de grajo o de cuervo, mientras con la yema del dedo índice le transfería un beso.

Oliva le dio la espalda con un mohín. En la alcoba, el hábito de fraile descansaba ya sobre el piso. Las ropas de Graciela, sobre un sillón. En el lecho lagarterano, Troches y la bella casada se besuqueaban tan desnudos como los echaron al mundo. Graciela apretaba con verdadera pasión la erecta virilidad del sureño. Habituada al amor lánguido de Onzaga, era la primera vez que observaba el genuino vigor de un hombre y aquello se le antojaba de un apasionante esplendor.

—Estoy viendo tu miembro viril, Arturo. Apenas puedo creerlo. Qué bello y qué enorme y qué elástico es.

Él, a su turno, exploraba el enmarañado sexo de esa mujer con la que había soñado noche tras noche. La penetró, por último, y en cosa de segundos la hacía desvariar de placer. Una vez calmados, entre uno y otro beso, ella le fue diciendo entrecortadamente:

—Con qué raros... ropajes... puede llegarnos... la felicidad.

VI

Sólo el paso de los días indicó a Torrealba las inopinadas o instintivas estrategias que debería adoptar si deseaba satisfacer sus ansias de Milena. Sin duda, el arrebató que experimentó ante aquellas carnes jóvenes lo había desquiciado por completo, había desarmado en su interior el edificio de lealtades que construyó su amor hacia Agustina Yáñez. Amor que, por cierto, hizo historia en la ciudad y que constituyó uno de los varios motores de la famosa conjura contra el Libertador.

De espaldas a su mujer, bajo las frazadas del lecho conyugal, Saturnino comenzaba a sentir picazones de conciencia. Lo irritaba pensar que, a sólo unos pasos, en las habitaciones de la servidumbre, se hallaba inerte, tendido como él, ese cuerpo que conmovió en medida tan soberana las fibras íntimas del suyo. Y que, sin embargo, por circunstancias que le hacían sentirse desdichado y ridículo, no le era accesible. Ese pensamiento pugnaba con otro no menos urticante: el de saberse desleal a la esposa a quien, en otros tiempos, entronizó en su espíritu.

Su noviazgo con Agustina databa de sus años de estudiante. Años en que alternaba la lectura de textos prohibidos por la Iglesia con el atento seguimiento de los acontecimientos públicos. El joven Torrealba se preciaba por ese entonces de no ser ya lo que solía llamarse un creyente ilustrado; en cambio, no era ninguna otra cosa, pues en su mente bullía tan sólo un enjambre de dudas. Unas veces, según recordaba, caía en los extravíos de la impiedad y otras se sabía sobrecogido por los terrores de la superstición. Sin mucho dinero con qué halagar las vanidades de Agustina, y conocedor

de la afición que por ella manifestaba el Libertador, no titubeó en participar en la conjura que culminó con la irrupción de varios mocetones armados en el palacio presidencial y en la consiguiente fuga del héroe por un ventanuco.

Aquel episodio prefería hundirlo en el olvido. Al fin y al cabo, la prisión que sufrió y la ulterior sentencia de muerte, conmutada a la postre por un exilio que nunca llegó a cumplirse (pues el Libertador fue depuesto), habían bastado para alejarlo de audacias macabras. Pero la inquina hacia el héroe perduró indeleble en su corazón. Una inquina que en modo alguno se compadecía con su pasión enciclopedista, pero que derivaba (su conciencia se lo dijo esa noche con diáfanas palabras) de haber sabido desde siempre que el único amor de Agustina fue por el Libertador y que sí, una vez doctorado Saturnino en derecho, accedió a casarse con él, fue porque para entonces el Libertador flotaba ya en el éter abisal de la muerte, mientras su memoria era execrada, en forma contumaz, por quienes lo supervivían.

Esa certidumbre lo visitó esa noche y le robó minuciosamente el sueño. Sí; toda la vida lo había sabido, pero un puntillo recóndito lo había obligado a sepultar ese conocimiento en parajes poco disertados de su conciencia. Un punto quedaba en pie: ¿llegó Agustina a amarlo con el paso de los años, acaso con la llegada de las gemelas?, ¿o bien, en lo hondo suyo, guardó intacto el amor por aquel épico fantasma? Cuán poco discernible se le antojaba el caso. No recordaba haber oído jamás, de labios de ella, la expresión: *te amo*. A lo sumo, un trivial, un superficial *te quiero*, no muy frecuente por lo demás. Los franceses solían establecer un distingo terminante entre las dos frases. Lacerado, Saturnino Torrealba

comprendió de súbito que empezaba a experimentar los deleites sigilosos y enriscados de la autocompasión, que no se avenían con su alma templada.

De sus lecturas inglesas, recordaba la punzante elegía séptima de John Donne, en la que el poeta memoraba haber enseñado a amar a una mujer lega en cosas de la naturaleza (o algo peor: *nature's lay idiot*), que jamás había llegado a comprender la diferencia de los suspiros en el aire ni el alfabeto de las flores. Él la refina con amorosa delicadeza y la trueca en deleitable paraíso (*into a blissful paradise*). Así, sus gracias, sus felices palabras, son criaturas del poeta, que plantó en ella el conocimiento y el árbol de la vida. Y no tolerará el aeda haber calentado el lacre para que otros sellen (*chafe wax for others' seals*). ¡Cómo le hubiese gustado a Torrealba ejercitarse en ese egregio oficio, así fuera para goce de otros! Pero, no: Agustina había nacido atenta a la diversidad de los suspiros y al floral alfabeto que cumple encargos muda y mutuamente. Sólo que había nacido para otro, para ese otro a quien él por instinto aborreció desde el día en que lo vio desfilar con sus tropas victoriosas. Ahora bien, ¿y Milena?

Quizá con Milena podría él practicar las artes de John Donne: enseñarle las magias del amor y de la poesía. Sentir el placer volcánico de iniciar a alguien en esas prioridades. ¡Bastante tiempo llevaba tratando de enseñar a su patria las áridas verdades de la economía! Hora era de volver a decir, con Petrarca: *Voglia mi sprona, Amor mi guida e scorge, Piacere mi tira...* Silencioso en el lecho, había entrado en un frenesí mental, lindante con el delirio. En contraste con el hielo del altiplano, que esa noche se escurría por los intersticios de la casa, su frente y sus sienes ardían en una fiebre desamparada.

Sin pensarlo, sacó las piernas de entre las frazadas y se incorporó. Acaso no estaría mal entibiar un poco de leche y bebería, por ver si el sueño acudía. En la cocina, uno de los fogones dormía encendido y sería cosa apenas de avivar las brasas con el aventador. Se puso de pie, se cubrió y salió de la alcoba, cuya tiniebla, más cálida que la de las habitaciones exteriores, ahora no le resultaba grata.

Levantó la lámpara de una de las consolas de la sala y trató de encaminarse hacia la parte posterior de la casa, afantasmada por la lumbre titubeante. De repente, el alma se le heló. Al tratar de cruzar el comedor, había percibido en un rincón un bulto blanco y una respiración indócil. A su memoria volvieron los relatos de espectros acechantes con que sus nodrizas atormentaron su niñez. Ahora, a lo que parecía, debería encarar por fin a uno de ellos. El empirista, el librecambista sintió trepanado su conducto vertebral. Quiso articular un *¿quién vive?*, pero sólo una especie de gargarismo brotó de su garganta. Fue, pues, la forma blanca la que rompió el silencio.

—¿Desvelado, don Saturnino? —indagó una voz adorable.

Durante todos esos meses, el cielo de la capital se comportó como una esponja húmeda, exprimida de tiempo en tiempo por helajes violentos. Sentado en el umbral de la puerta de su misérrimo taller, Francisco Bocanegra respunteaba con la lezna un trozo de cuero. Vio venir hacia él a una remilgada mujer, que indagó por el precio de un par de zapatos. Prefirió cotizarlos humildemente, pues hacía más de una semana no realizaba una sola venta. Aun así, la visitante apuntó a su rostro con la sombrilla, enfurecida.

—¡Estafador! —gritó asombrosamente la melindrosa—
¡Pedir ese precio por un par de zapatos ordinarios!

—Mi calzado no es ordinario, señora —repuso él sin mirarla.

—¿No lo es? —se obstinó ella—. ¿Va a decirme que puede compararse con un par de zapatos extranjeros?

Bocanegra sonrió y apuntó con la lezna al cielo hosco.

—Pésimo día hemos tenido hoy, ¿verdad, señora? —dijo—. ¿Para mañana no podremos arreglar que Dios nos depare un día extranjero?

La mujer hizo un gesto despechado y se largó calle abajo. María Salomé, que había escuchado el alegato, se acercó desde el fondo del tugurio a su marido. Habló mientras le servía una taza de agua de panela.

—Digas lo que digas —argumentó—, ha pasado tiempo desde la elección del general Gómez y las fronteras siguen abiertas para todo lo extranjero.

Con huraño abatimiento, Bocanegra confesó:

—No sé lo que pasó con las promesas del general. No consigo explicármelo, María Salomé.

—Para eso se hicieron las promesas —conceptuó ella—. Para contentar a los bobos.

Perplejo, el zapatero le recordó:

—No son un par de bobos Ovidio Ramón Baccellieri y Alejandro Puebla, mujer.

Ella lo observó con gesto sarcástico.

—No. Los bobos somos nosotros —concluyó.

—Pero, doctor Baccellieri, no puede usted reducir a prisión a esta mujer ni ordenar que contra ella se instruya sumario... ¡No puede!

El comandante Petronio Preciado, jefe de policía, se hallaba pálido ante el escritorio del juez de La Candelaria. Baccellieri lo miró con ojos incontestables y preguntó:

—¿Por qué no puedo, Preciado? Dígame por qué no.

—Ya se lo dije. Porque esta mujer es la barragana del ministro de hacienda. En menudo lío nos meteríamos.

—Esta mujer —contestó el juez, señalando con el lápiz a la que, unos metros más allá, arrebujada en un bayetón morado, lanzaba denuestos contra la justicia— apuñaló esta madrugada y estuvo a punto de matar a una ventera del barrio, sólo porque le cobraba sus acreencias. Esta mujer es un peligro ambulante. Mi deber es encerrarla y proveer contra ella todas las pruebas que me sean reclamadas.

—Pero, por todos los santos, ¿no ve usted que disfruta de la protección del gobierno?

Preciado hablaba casi en són de súplica.

—Eso no monta, comandante —dijo Baccellieri—. A mí se me nombró juez para hacer cumplir las leyes. Ningún ciudadano tiene por qué disfrutar de mayor protección que otros. De esa posición no va usted a sacarme por mucho que encarezca.

El jefe de policía torció la cara en agrio gesto. Le causaba desesperación y desprecio este abogadillo de pueblo,

para quien la ley se hallaba por encima del querer de un ministro. Tipejos como éste eran los responsables de cuanto embrollo y tropiezo había en el mundo.

—Se hará lo que usted diga, Baccellieri —declaró—. Pero asumirá usted toda la responsabilidad. Líbreme a mí de dolores de cabeza y allá usted con sus *obsesiones*...

El abogado adoptó, sin quererlo, ese gesto enfermizo que acompañaba siempre a su sonrisa.

—Óigame, Preciado —dijo—. En un comienzo, del verbo *obseder*, derivó el sustantivo *obsesión*. De éste, derivó un verbo superfluo, *obsesionar*. Si usted deriva de allí *obsesionación*, pronto dará lugar a un tercer verbo, *obsesionacionar*; y a un tercer sustantivo, *obsesionacionación*... Por ese camino, ¿adónde iremos a parar?

—Me importa un bledo su gramática —se defendió el otro—. Lo que me importa es conservar mi cargo, con el que atiando las necesidades de mi familia, ¿entiende?

—Entiendo —aceptó Baccellieri—. Asumo toda la responsabilidad.

La mujer salió, escoltada por Preciado y por otros dos policías.

Alejandro Puebla entró como una centella en la pequeña oficina que Julio César Avanza detentaba en la Sociedad de Artesanos. Venía congestionado y acezante. Casi vociferó:

—¿Qué historia es ésa de cambiar el nombre a nuestra organización por el de Sociedad Democrática? ¿Es que piensan que ignoramos lo que hay detrás de eso?

El acicalado Avanza, cuya levita dejaba asomar y que se

luciera un chaleco de fantasía, lo miró impasible. Con una sonrisa, invitó:

—Tome asiento y serénese, Alejandro. No imagine fantasmas de noche para volverlos corpóreos de día. Nada hay detrás de eso.

Puebla ocupó la silla, pero no paró de hablar.

—Usted, Julio César, les hace el juego a conservadores y a gólgotas. O, si se quiere, al general Gómez, que pactó con Laureano Arcila y con Filiberto de Onzaga el día de su elección. Ahora se proponen despojarnos a los artesanos del único instrumento de que disponemos.

—Calma, Alejandro —insistió el otro, arrellanándose en su silla giratoria y tratando de bruñir con los dedos el bigote menestero—. Un cambio de nombre no es más que un cambio de nombre. Lo adoptará también la Sociedad del Sur, que como usted sabe es manipulada por el impaciente José Manuel Montalvo. El ni siquiera se ha mosqueado. Se trata solamente de ampliar nuestra base, de permitir el acceso de otros sectores.

—No hay tal —profirió el sastre—. Detrás de esa maniobra viene la subsistencia de las medidas librecambistas. Viene la traición al programa convenido con José Valerio Gómez.

Avanza emitió una risa pausada e íntimamente socarrona.

—Si así fuera—arguyó—, ¿cree que estuviera yo desvelándome en este momento por lograr que el gobierno materialice la expulsión de los jesuitas? ¡Por Dios, Alejandro!

—Se me da un pito de la expulsión de los jesuitas, cuyo problema debería resolverse por los principios del derecho común y de la tolerancia universal —bramó Puebla—. ¿Cree usted que los artesanos vamos a contentarnos con regresar a la Pragmática de Carlos ni, mientras el mercado sigue abarrotado de mercancías europeas?

—Me sorprende usted. Me sorprende que ignore que esa milicia fanática instiga crímenes políticos y se vale de medios ilícitos para obtener ganancias fabulosas exprimiendo al pueblo. Me sorprende que pase por alto las advertencias de Aranda, de Choiseul, de Tanucci.

—Eso no me interesa —se obstinó el sastre—. Quiero ver cumplidas las promesas de Gómez, pero en su totalidad.

Avanza adoptó un gesto fatídico. Le producía bascas este sastre presumido, que osaba creerse más liberal que él, vástago de próceres.

—La supresión de la esclavitud será promulgada esta semana —dijo con énfasis—. Y seriamente se considera la restitución de ciertos ejidos.

—¿Seriamente? —se mofó Puebla—. Esa restitución era un compromiso, Julio César. Ahora nos la pintan parcial y optativa.

—¿Así lo cree usted, señor? —preguntó fríamente el otro.

—Está bien —convino Puebla—. Me parece que, en lo sucesivo, mi pleito no será con la Sociedad de Artesanos (o Democrática, como quiera llamarla), sino en persona con el general Gómez.

—Como usted quiera —concluyó Avanza.

La ley de abolición de la esclavitud fue aprobada por unanimidad en una tarde mustia, que velaba con un encaje de lluvia el sombrío caserón en donde solía reunirse el Congreso. Filiberto de Onzaga quiso impedir que la joven Oliva se sumase al festín improvisado en las calles por los negros, que bajo el aguacero hacían sonar tamboriles y guacharacas, mas Graciela acabó convenciéndolo de que era mejor permitirle la alegría.

—A la postre —le dijo— es una alegría que va a quedar limitada al día de hoy.

Los negros exultaron por toda la Calle Real, bailando y saltando, ante la indiferencia, sólo aparente, del resto de sus congéneres. Una indiferencia que deseaba sólo restarles importancia. Pese a algunos ataques oficiosos de la prensa conservadora, a la mayoría de ciudadanos la medida parecía razonable, pues abarataría la mano de obra. Ello no quería decir, sin embargo, que se dejase ver a los africanos que, entre sus flamantes derechos, se hallaba también el de regocijarse.

Como era presentible, la lluvia arreció durante el festejo y estropeó el propósito de prender velas de parranda. Los tenderos se abstuvieron de vender licor a los no muy numerosos manumisos capitalinos, pretextando que la ley aún no llevaba la firma presidencial. Algunos de ellos se pusieron a llorar, viendo que el ser libres no les granjeaba sensibles libertades. Cuando trataron de hacer suya la Plaza Mayor, cuyas cunetas rebosaban y parecían borbolar bajo el embate del agua, una marcha contraria y un poco menos desnutrida les cerró el paso. La encabezaba Abelardo Ladino, que hacía tiros

al aire con su pistola.

—¡Abajo el general Gómez! —gritaban unos cuantos desarrapados—. ¡Queremos las medidas de protección!

La policía no hubiera querido desbandar a los negros, pero debió hacerlo para poder desbandar también a los artesanos. La pistola de Ladino fue confiscada y el sesgado sureño debió hacer noche en la cárcel.

Tras el escritorio de José Valerio Gómez, en un despacho con tapices franceses y muebles Imperio, había un inmenso crucifijo de plata. Frente al mandatario, en poltronas, Baccellieri y Julio César Avanza se intrincaban en la conversación. Gómez golpeaba terminantemente el escritorio.

—Ustedes, las gentes de las Sociedades de Artesanos, han terminado por desilusionar al liberalismo con sus prácticas de coerción —sostenía—. Yo no me siento nada cómodo con la presión a que ustedes me someten.

Avanza ensayó unas palabras conciliadoras.

—Pero, Excelencia —dijo—, la expulsión de los jesuítas sería una medida de alto espíritu liberal.

—Esa Democrática del Sur, por ejemplo —continuó por su cuenta el general—. ¿Qué pasa en esos predios? Artesanos, obreros y labriegos se comportan como rufianes. Asaltan haciendas de gólgotas y de conservadores. ¡Conspiran contra vidas y haciendas!

A Baccellieri le pareció oportuno terciar.

—Eso tiene una explicación, Excelencia—adujo—. Reclaman las medidas proteccionistas.

Pero Gómez no parecía dispuesto a poner orejas a razones. Estaba en lo suyo, plantado en sus linderos. Que le recordasen su programa electoral sólo podía antojársele una impertinencia.

—¿De qué han servido las Sociedades Democráticas, como ahora las llaman —preguntó, hervido en ira—, sino para que los conservadores, amén de todos los ataques que hacen llover sobre mí, creasen esa réplica, los Amigos del Pueblo? Usted, Baccellieri, habla de proteccionismo...

—Invoco sus promesas —recordó objetiva y sinceramente el abogado.

—¿No comprende que la protección debe cobijar también a quienes nos proporcionan relojes o instrumentos de precisión traídos de Europa, y no sólo a los fabricantes de ruanas y de sillas de montar? En dos platos: expulsaré a los jesuitas, doctor Avanza, para que no me tachen de conservador, pero insistiré en que el alza de los derechos aduaneros sólo puede encarecer los consumos.

Baccellieri dijo ahora, muy tenso:

—Habla usted como un gólgota.

Gómez se puso de pie, colérico.

—Caballeros, la entrevista ha concluido —bufó—. No me parece que sea usted, Baccellieri, la persona indicada para hacerme reclamos.

Los visitantes se incorporaron. Avanza extendió la mano para despedirse del presidente. Los ojos de Baccellieri lanzaban centellas.

—No soy yo el que hará en adelante los reclamos, Excelencia —dijo en tono muy seco—. Quien va a hacérselos en lo futuro se encuentra detrás de usted.

La figura de José Valerio Gómez estaba recortada contra el crucifijo de plata. Su rostro era ahora sombrío y rencoroso.

Ovidio Ramón Baccellieri se encontraba derrumbado en un sofá. Meditaba, nublado el rostro por la preocupación. Sus ojos parecían vueltos hacia dentro, mientras aspiraba con desgana parsimonia el humo de su cigarrillo.

Micaela cruzó el aposento con una palmatoria encendida y, con ella, encendió una vela de sebo en la mesa de centro. Inició entonces la retirada. Ya de espaldas a Baccellieri, le dijo de pronto:

—No me mire de esa manera, tío Ovidio.

El aludido permaneció inmóvil, sin pestañear.

—No estoy mirándote —contestó.

—Usted siempre está mirándome —aseguró ella.

Ahora, en efecto, él estaba mirándola. La desnudez de la muchacha se transparentaba por el camisón como a través de un levísimo vapor. El abogado sintió el bulto de su virilidad tenso contra la ropa.

Muy entrada la noche, bajo una llovizna infatigable, Arturo Troches y Abelardo Ladino se encaminaban, por la margen izquierda del río San Francisco, al cual anchas casas daban un sórdido trasero, hacia inmediaciones del llamado Viejo Molino, una construcción estafalaria que, colocada

oblicuamente, casi obliteraba la vieja calle de la Luna. Se trataba de un antiguo molino de trigo que, según se decía, un siglo atrás había pertenecido a un tal don Miguel Moscoso, alguno de esos ricachones criollos que parecían esforzarse en imponer su voluntad arbitraria sobre el trazado justo de la ciudad.

Ahora, a la calle de la Luna, nombre que honraba a un apellido, pero con insoslayables connotaciones románticas, todos la llamaban ya calle del Viejo Molino, enalteciendo de esta manera a la construcción más esperpéntica de cuantas poseyera. Un poeta de los albores de la república había cantado, tal vez, las implicaciones selénicas del viejo nombre, pero cometió el error de llamarla por igual “cubil de murciélagos” y ello causó, hacia la poesía en general, indignación en el vecindario.

Las rumorosas aguas del río eran asimismo pestilentes y arrogantes y se abombaban aquí o allá en globos de iridiscente putrefacción. Troches y Ladino avanzaban embozados, con sigilo de masones o de conspiradores, por la calzada semiempedrada, con el caño de agua sombría impulsándose por su centro. Adyacentes al molino, había algunas casas pobres y chicherías de mala muerte, que emanaban una luz glacial. Hacia allí se orientó la pareja. Ladino dijo:

—Ahí está la casa abandonada.

—En ella nos esperan —confirmó Troches—. Vamos, doctor.

Era una edificación derruida, que amenazaba ya con la bancarrota absoluta. En su interior, había sólo jergones de paja, una tosca mesa con quinqué, sillas, un brasero para el frío,

montones de chatarra y una pila de leña. Una escalera subía a una segunda planta ignota como boca de lobo. Boca- negra, con un candil de cobre de humeante mecha en la mano, hizo entrar a los recién llegados. Sentados a la mesa, con la humilde luz afantasmando sus rostros, aguardaban Froilán Díaz y Gregorio Marín.

—¿Estamos todos? —preguntó Troches.

—Los de plena confianza, Arturo —repuso Bocanegra.

El sureño tomó una de las derrengadas sillas que había alrededor de la mesa y se sentó dando el frente al espaldar.

—Y bien, muchachos —empezó—. Ya saben de lo que se trata. La traición ha sido perfecta. Aunque abolió la esclavitud, la reforma constitucional no sólo no suprimió la libertad de importación, sino que ha permitido la enajenación de los ejidos de indios.

—Y algo peor, Arturo —anotó Marín—. Va a dejar en la miseria al erario público al abolir el estanco del tabaco.

Bocanegra mostró un aire desolado al agregar:

—Parece un hecho, además, que la antigua Sociedad de Artesanos, al convertirse en Sociedad Democrática, se interesa más en la expulsión de los jesuitas que en proteger nuestros intereses.

—Pruebas no faltan —opinó Díaz.

—Tendremos, pues, que actuar por nuestra cuenta—prosiguió Troches.

Ladino hizo con los dedos el ademán de disparar una pistola.

—Hablar el único lenguaje que entienden los oligarcas —dijo—. Pum, pum.

—Cállate, doctor —ordenó Arturo.

—¿Por qué? —se sorprendió el caricortado—. Derramando sangre quebramos a Mendieta hace veinte años en Palmira. Allí murieron tus padres y tus hermanos. Derramando sangre defendimos a Montalvo tú y yo en Huilquipamba.

—Con sangre sobrevivimos —aclaró el otro, con visible disgusto—. Pero no la pedimos nosotros, sino ellos. Ahora vamos al grano. Organizaremos nuestra defensa.

—¿Pondremos a Baccellieri al corriente? —se preocupó Díaz.

—No —dictaminó Troches—. Me preocupa incluso emprender esta aventura mientras permanezco alojado en su casa. Podría perjudicarlo y él... él es un pacifista... un intelectual.

Los labios de Graciela repasaban minuciosamente, beso a beso, la piel velluda del pecho de Arturo. La pareja, bajo las mantas, se estrechaba desnuda en el lecho lagarteano. Gracias a los atareados viajes de Onzaga (más agobiantes ahora que tenía tratos con la industria inglesa de las picaduras para pipa) y a los hábitos frailunos, disfrutaban de la dicha de hacer el amor a pleno día, como las bestezuelas ingenuas del Señor. Esta práctica diurna, no titubeaba él en declarar, suele otorgar al sexo una calidad más radiante. Acaso por eso, y por el inconsciente remordimiento que en ella incubaba, Graciela, mientras medía a ósculos el pecho del amado, iba recordando en broma los consejos de la *Guía de pecadores*, que el doctor

Baccellieri le había hecho aprender de memoria en la casa de estudios.

Porque, según fray Luis de Granada, la lujuria apartaba al hombre de todo honesto estudio y ejercicio. Y así le zambullía por completo en el cieno de ese deleite. Al extremo de no preocuparse ya por pensar, ni por hablar, ni por tratar de cosa alguna que no fueran esos hermosísimos órganos genitales capaces de casar, de entrañarse el uno con el otro. Hacía, pues, loca e infame la juventud. Mas, no contenta con ese estrago, gastaba y consumía en un abrir y cerrar de ojos toda hacienda y todo tesoro. Porque el estómago y las partes pudendas (los “miembros vergonzosos”, según el dominico gallego) eran vecinos y compañeros, y los unos a los otros se prestaban ayudas inconfesables. De donde se desprendía que los hombres dados a carnales vicios, eran usualmente también comedores y bebedores. Y así en banquetes y en vestidos gastaban cuanto tenían. Fuera de que las mujeres jamás se hartaban de joyas y de anillos y holandas y perfumes y cosas de ese jaez. Sin contar la pureza virginal que ese vicio destruía...

Troches reía a pierna suelta de la parodia, mientras con tacto suavísimo repasaba las nalgas aduraznadas de Graciela. No podía imaginar al doctor Baccellieri enseñando tales textos depravados. Al llegar al asunto de la pureza virginal, alzó del piso el hábito frailuno y, pomposamente, sin citar su procedencia, trajo a colación aquel auto pastoril de Gil Vicente, que aprendió de los mismísimos labios del general Montalvo:

*¿Cómo, por ser namorado
y holgar con una mujer,
base un fraile de perder*

con tanto salmo rezado?

En ese instante, en el hombro del amante, topó ella con la cicatriz de una vieja herida de guerra.

—Más que rezar oraciones, me parece, amigo mío, que has entretenido tus ocios en lides mundanas. ¿No hay aquí una prueba de ello? —preguntó, indicando el tejido conjuntivo fibroso.

Troches atrajo su rostro hacia el propio.

—Huilquipamba —memoró—, hace como doce años. El doctor Ladino y yo abrimos paso al general Montalvo con nuestras bayonetas. Le salvamos la vida.

—¿Doce años? —se sorprendió la mujer—. ¿Todo eso hace que andan juntos Ladino y tú?

—Mucho más —siguió evocando el montalvista—. El doctor me tomó a su cargo cuando mataron a los míos en Palmira.

La historia era, para Graciela, deslumbrante. No sin preocupación, anotó:

—Pero ahora..., tú das las órdenes.

—Impongo el freno —prefirió aclarar Troches—. Si por mí no fuera, Dios sabe en qué tropelías anduviera el doctor.

Maravillada, ella depositó en su cuello un beso cosquilleante.

—Te amo —declaró.

Se amaban ambos, pero precisamente en aquel momento la carroza de Onzaga hizo sonar sus campanillas, al

irrupir por la esquina inmediata. Sus regresos no siempre eran previsibles. El coche había hecho escuadra anunciándose y venía a detenerse ante el portón. El auriga saltó del pescante y abrió a Onzaga la portezuela para que descendiese.

Graciela había percibido esas inconfundibles campanillas y el traqueteo peculiar del carruaje. Salió de la cama toda desnuda y atisbo por la celosía. Pese al sobresalto, Troches se deleitó aún en la visión saboreada de esas nalgas espléndidas. Poseía un espíritu aventurero y no lo arredraba la cercanía sacramental del marido. Por entre los listones, vio ella con angustia bajar a éste del coche. Al darse vuelta, sin atinar a decir palabra, halló a Arturo ya metido en el hábito de fraile. Antes de abandonar la habitación, tal vez por ensayar una galante audacia, se inclinó una última vez y aplicó un beso lingual, profundo, en los labios vaginales de la mujer, cuya mente relampagueó con un orgasmo instantáneo.

Onzaga había descendido del coche y aguardaba a que el auriga bajara el equipaje. De pronto, reparó en un borracho larguirucho que, desde la acera del frente, lo señalaba con el dedo índice e improvisaba con voz pastosa:

—*Dios salve de los infiernos*
a quien, según se asegura,
se deja poner los cuernos
por un cura sin tonsura.

El magnate abrió de par en par los ojos, con sorpresa y alarma en ellos. Troches, en tanto, salía de la alcoba como un huracán. El doctor Ladino, siempre en ropas frailunas y bajo la capucha, le empujó del brazo.

—Mucha calma. Por aquí —señaló.

Oliva, que desde hacía unos días había sido elevada por sus antiguos amos al rango de empleada doméstica, había descorrido los cerrojos y abría el portón, con el alma entre los dientes. Entró Onzaga y, tras suyo, el cochero con el equipaje. El perro los saludó con un meneo de cola. Avanzaron por el jardín, que hoy agobiaba con el aroma a limón del follaje de los geranios y que llameaba en el moño incandescente de los claveles. Se cruzaron con dos frailes, pordioseros acaso de órdenes menores que habían venido por un óbolo y que sólo musitaron, en actitud compungida:

—*Corpus Domini Nostri, Fili Dei vivi...*

Onzaga se volvió para verlos irse. Frunció el ceño. Le chispearon los ojos.

VII

El agente de policía arrancó de unas ventanas ciertas cortinas pesadas y raídas, las arrastró consigo y salió con ellas. En el recinto —un obrador de alfarería, con un torno, malaxadores, molinos, rasquetas y otras máquinas de la profesión—, había multitud de vasijas y también otros dos agentes y un juez de imperiosa levita cerrada y chistera reluciente. Practicaban una especie de inventario. Tras el policía con las cortinas, salió desalada Edelmira.

Se encaminó en sentido descendente, a toda prisa, por una calle larga, empinada y desigual. La barriada era miserable y había niños enfangados jugando en el arroyo, junto al agua depravada de los caños. En cuestión de segundos, acezante, cubrió la distancia hasta el lugar en donde los muchos alfareros de la vecindad utilizaban, en forma común, un horno de cal. Se advertía movimiento junto al horno. Allí, Jesús Calzadilla y otros artesanos aplicaban la primera cochura a vasijas perfiladas con rasquetas de hierro. La mujer entró presurosa, proclamando a grandes voces:

—¡Jesús! ¡Jesús! ¡Es la ruina!

Calzadilla aguardó a que estuviese junto a él.

—¿Qué ocurre, mujer? —preguntó.

—Vén pronto —fue lo único que acertó ella a decir.

El hombre abandonó el trabajo y la siguió desconcertado, calle arriba, hasta el frente de su casa. De ésta surgían ahora los otros dos agentes de policía, que iban depositando en un camión de muías todas las vasijas que podían cargar. Tras ellos, el primer agente se debatía con el

pesado torno.

—¿De qué se trata? —indagó, consternado, Jesús Calzadilla.

—Meramente un embargo. No se preocupe —respondió con cinismo uno de los policías.

Tampoco el juez quiso entrar en explicaciones excesivas. Al rato, el taller se encontraba completamente vacío. Los agentes salían llevando el último mueble, una silla vieja y remendada.

Calzadilla observó con los dientes apretados al peripuesto juez que hacía las últimas notas. Con lágrimas, Edelmira inquirió:

—¿Qué vamos a hacer, Jesús?

El hombre se restregó la cara con desesperación.

—Tranquilízate —simuló—. Hablaré con el doctor Baccellieri. El es juez también.

Pero el juez allí presente no estaba para piedades. Al colocarse la chistera para irse, dijo con lentitud calculada:

—Créanme que lo siento. Pero dudo que la amistad de Baccellieri pueda servirles ya para nada.

Un diminuto busto de Aristóteles miraba con sus cuencas vacías desde uno de los anaqueles. Había muchos libros, viejos, empolvados, pero impecable y bien empastada sobresalía la *Ética nicomaquea*, en edición *variorum*. También un escritorio lleno de legajos. Era la parte de la biblioteca de Baccellieri que se había librado de las húmedas iniquidades del sótano absurdo. El abogado fumaba derrumbado en un sofá,

con la mirada inapetente, medio perdida en el vacío. Arturo Troches, en un sillón frente a él, lo observaba con preocupación. Temblaba en una mesilla una vela de sebo, poniendo visos o ráfagas diabólicas en los rostros.

—Esto nos lo pagarán, doctor Baccellieri —decía el sureño.

Sin fijar la vista, el abogado respondió entrecortadamente:

—Siempre devolví injurias con justicia, y amistad con bondades. Pero ante esto, no sé qué hacer.

—Usted cuenta con nosotros —lo animó Arturo.

—Pero les he fallado —se lamentó el dueño de casa.

Troches deseó mostrarse optimista. Precaver erguidos los castillos en el aire puede ser algo así como una aberración de la esperanza, pero a veces es lo único que puede salvar a un hombre del desmoronamiento moral, pensó.

—Sólo ha perdido una batalla —dijo, a sabiendas de que probablemente mentía.

Baccellieri agitó los brazos en el aire sutil de la noche.

—¿Cómo pudo el general Gómez...? —empezó a protestar, pero lo interrumpió la entrada de Micaela, que se colocó frente a él. Venía en camisón de dormir y la parpadeante luz de la vela transparentaba de modo intermitente su cuerpo.

—Tío Ovidio —dijo la muchacha—. Manda decir la tía Tomasa que mañana temprano hay que pagar la leche.

La cara enfurruñada de la tía Tomasa medio asomó por una puerta. Troches se adelantó a la respuesta de Baccellieri.

Sacó dinero de una bolsa y lo dio a la muchacha.

—No hay que molestarlo ahora —suplicó—. Toma no más.

Emergió por completo la tía.

—Ovidio Ramón Baccellieri —notificó, con su habitual acritud—. ¿Crees que no me enteré de que te destituyeron como juez? Lo sabe toda la ciudad.

Baccellieri había agachado la cabeza para esconder el rostro.

—Te lo advertí —machacó la vieja—. Que te alejaras de esos desarrapados. Ahora no tienes un solo amigo que valga la pena.

Tornó a enfrascarse en su habitación, azotando la puerta. Pero antes de quince segundos abrió de nuevo y remató:

—¿Qué amigos tiene un fracasado?

Cierto garitero de rostro de ofidio rebullía los dados ante cuatro o cinco deslumbrados campesinos, en una mesa de juego. Las apuestas —treses, pintas o paros— se casaban a la manera montuna. Gritaba el hombre, en esa sincera mañana de sol:

—¡Rebulla el tallador!

Lanzó los dados y formó un par de nítidos senas, que parecieron incontestables y no lo eran bajo el cielo dadivoso. Arrambló con las apuestas. Un poco más allá, puestos de comestibles, con todo género de frutas y especias de la tierra, eran atendidos por marchamas de bayetón, trenzas y sombreros viriles. Mozos de cuerda descargaban fardos frente a un galpón.

En algún lugar, un cerdo era descuartizado. Un culebrero, con una enorme serpiente enroscada al cuello y al pecho, pregonaba la bondad de su producto:

—¡No hay picadura que lo resista! —se desgañitaba—. ¡Ni mordedura de serpiente!

Graciela y Oliva mercaban en uno de los puestos. La primera se advertía grave, ceñuda. La esclava ordenaba las compras en las canastas. Arturo Troches se aproximó con infinita circunspección. Les habló sin mirarlas, cual si ni aun hubiese reparado en ellas.

—Sé que algo ha ocurrido —susurró—. No he tenido noticias tuyas.

Simulando indiferencia, Graciela respondió:

—Mi marido ha entrado en sospechas.

—¿Cómo lo sabes? —indagó él. Fingía interesarse en unos obesos aguacates, que emergían de una cesta de chusque.

—Esas cosas se saben o no.

Arturo se alejó de ellas, ya por una reacción nerviosa, ya como una forma, también nerviosa, de disimulo. Compró cualquier fruslería y la metió en una bolsa de papel. Volvió a acercarse. Su rostro estaba ensombrecido.

—¿Qué pudiera decirte? —se angustió.

De repente, Graciela lo miró y se dirigió a él con desenfado, como si nada tuviese que perder. El rostro chibcha de la marchanta la observaba, perplejo.

—¡Arturo! —imploró—. ¡Si pudiéramos escapar juntos de esta pesadilla!

Una onda de calor atravesó la espina dorsal del sureño. Valor, jamás le había faltado. ¡Pero había tantas otras cosas!

—Hay algo que me retiene aquí, Graciela —intentó explicar—. Algo que debo confiarte para que no dudes de mi amor.

La mirada de la mujer era interrogante y desafiante a la vez. En un susurro, él prosiguió:

—Me he impuesto la misión de recaudar fondos para allegar armas a nuevas guerrillas montalvistas. No pienso titubear ante ningún expediente.

Graciela lo observó de sesgo, con nerviosismo.

—¿Estás seguro de que eso quieres? —preguntó.

El agachó la cabeza.

—No, pero prefiero equivocarme por mí mismo que acertar por otros.

—Es peligroso —conceptuó ella—. ¿Cuánto tomará?

—Lo menos posible —aseguró Arturo—. Y entonces podremos huir al hondo sur. Es una promesa.

Ahora, Graciela de Onzaga titubeó antes de resolverse a hablar.

—Hay algo —dijo por fin— que debería confiarte.

—¿Qué es? —preguntó él con ansiedad.

Pero ella lo meditó y prefirió abstenerse.

—Ya habrá tiempo de que lo sepas —articuló por fin.

Entre ella y Oliva alzaron las canastas, para seguir

camino. Había dolor en los ojos de los tres. Graciela se despidió con un:

—Cúdate, amor mío.

Se retiró, casi escabullándose. La marchanta observó a Troches con ojos milenarios y enigmáticos.

Troches se hallaba desolado.

Pulcra, casi se diría que vistosamente trajeado, un Ovidio Ramón Baccellieri juvenil y risueño atravesó, desde las macizas

galerías del occidente, la Plaza Mayor que, a pesar de la suave luz, se advertía sobrecogedoramente solitaria y fantasmagórica.

Se dirigió hacia el atrio de la Catedral, donde un grupo de gente gris, impersonal, aguardaba para una ceremonia de boda.

¡Era *su* boda! Baccellieri ascendió, emocionado, la escalinata del atrio y divisó a la dama a quien se proponía desposar, vestida de novia, pero vuelta totalmente de espaldas.

En el colmo de la dicha, se acercó a ella, sin advertir la rígida y siniestra actitud de los circunstantes, que más parecían maniqués que personas. Entonces la novia se dio vuelta con lentitud parsimoniosa y Baccellieri vio, con espanto, que bajo el albo traje había sólo un esqueleto humano, con un agujero enorme en el cráneo y una vela prendida entre las manos óseas. Un terror sobrenatural llevó el hielo a sus venas. Inició un alarido, que jamás llegó a proferir, pero que lo regresó a la realidad, en su cama rodeada de anaqueles con muchos libros.

Ante él, en esa buhardilla caótica, en camisón de dormir

y con una palmatoria en la mano, Micaela Baccellieri musitó:

—No se asuste, tío Ovidio. Estoy rezándole para que se le vaya la mala suerte.

Baccellieri emitió un gemido ahogado. Estaba impregnado de sudor y tenía el horror pintado en el rostro, cual si pendiese sobre él la *“falce adunca”*.

Doce recogidos agustinos entraban de dos en fondo en el convento regentado por el padre Facundo.

De un zaguán contiguo, emergió la cara de Abelardo Ladino, con su impura cicatriz. El hombre siguió la trayectoria de los frailes y se introdujo en el claustro.

Del mismo zaguán surgió el semblante de Francisco Boca- negra. Ladino tornó a verse en la puerta conventual e hizo señas al otro de que avanzara. Bocanegra imitó, pues, al doctor.

Dentro del zaguán en penumbra, Arturo Troches, Froilán Díaz y Gregorio Marín esperaban, tensos. De pronto Troches, con un ademán de brazo, anunció:

—¡Vamos!

Los cinco hombres atravesaron con sigilo el claustro, ocultándose en lo posible tras las columnas, hasta alcanzar un ala deshabitada del edificio. En un oscuro cuartucho de bujerías se refugiaron.

—Aquí permaneceremos hasta caer la noche —indicó Arturo.

En esa misma hora crepuscular, ajenos a todo ello y en el rústico comedor de su casa, Baccellieri y la tía Tomasa

consumían una colación pobre, pero exaltada por el espeso aroma del chocolate. Frente a ellos, de pie, Edelmira Calzadilla y Erna Otero, esta última con un recién nacido en brazos al cual daba de mamar, exponían un rosario de lastimeros hechos. Edelmira enjugaba lágrimas con el bayetón.

La tía Tomasa se servía su exiguo refrigerio.

—No diré que hay para todos —decía—, porque no hay ni para nosotros.

—No se preocupe, doña Tomasa —la tranquilizó Erna.

Baccellieri prosiguió, caviloso, la conversación que sostenía con las mujeres.

—Y... ¿los han detenido a ambos? —preguntó.

—¡Los han metido en un calabozo! —sollozó Edelmira—. ¿Cómo quieren que paguemos las deudas, si embargaron nuestros talleres?

—El de Jesús y el de Segismundo —ratificó Erna.

Baccellieri llevaba pensativo los alimentos a la boca. Tomasa lo observaba de hito en hito. Finalmente, el abogado habló:

—Está bien. Tranquilícense —dijo—. Me haré cargo de su defensa.

Y, como para sí:

—¡Encarcelar por deudas a los artesanos! ¡Era lo que te faltaba, José Valerio!

—Adelante. Es hora.

Traían consigo máscaras grotescas, de enormes narices,

que calzaron en sus rostros. Atravesaron el claustro en dirección a la escalera que iba a la planta alta. Al llegar al rellano, Troches se pegó a la balaustrada y observó con cautela. Llevaba una pistola en alto. Luego hizo señas de proseguir hacia el pasillo superior.

Ya en éste, fue Díaz quien divisó el soplo de luz que salía de una habitación entreabierta. Con violencia, como quien presume un encuentro desagradable, empujó la puerta y entró. Se trataba de una pequeña capilla. Ahogó un grito al advertir un ataúd rodeado de candelabros. Se acercó y vio en él a un anciano agustino, de rostro ultrajado por una larga agonía, que derivaba ya por las intrincadas pesadillas de la muerte.

A unos pasos de allí, en su celda de muros húmedos y desconchados, el prior Facundo Arambarri, con el hábito puesto, se levantaba del reclinatorio, marchaba lentamente hacia el camastro, mordisqueando un pan, y se sentaba en él. Se veía demacrado y sucio. Una vez sentado, se agachaba desde esa posición y de debajo del mueble extraía una botella de vino. Descorchaba y bebía a pico de botella.

Lo hacía cuando, con un chirrido, se abrió la puerta. Vio a Troches enmascarado, frente a él, apuntarle con la pistola. El prior soltó la botella del susto. Esta se hizo añicos en el suelo, regando el vino.

—Salud, padre prior —saludó el enmascarado, la enorme nariz de cuyo antifaz sugirió más bien al agustino una manifestación avérnica.

Demudado, consciente de que el demonio venía a cobrarle sus vicios y sus arrogancias, el hermano de la inmortal Anastasia balbuceó:

—¿Quién... quién es usted? ¿Qué quiere?

—Yo haré las preguntas —objetó Troches—. ¿Es usted ni más ni menos que el prior Arambarri, hermano de la nunca bien ponderada Tacha, nuestra heroína nacional, que yace por salvar la patria?

El prior asintió con la cabeza, muerto de miedo.

—Pues bien. No quiera usted hacerse el héroe o yacerá también —amonestó el visitante—. Sigán, cofrades.

Entraron Ladino y Bocanegra, todos con antifaces. Los otros habían quedado haciendo guardia.

—Si se comporta—prosигuió Troches—, nada tendrá que temer, venerable fraile. Díganos, ¿tiene la llave del armario?

Sólo ahora se percataba Arambarri de que sus huéspedes eran prosaicos personajes del mundo material. Se defendió:

—¿Para qué? No hay allí sino devocionarios y objetos del culto.

—Eso lo resuelvo yo, padre —acució Troches—. Deme la llave.

El religioso entregó una llave mohosa. Arturo la alargó a Ladino y le indicó que abriera el mueble. El doctor obedeció y fue, poco a poco, sacando a luz lo que había dentro: ricos y variados objetos del culto, diversas joyas mundanas y, por último, una bolsa repleta de monedas de oro y de plata que Abelardo hizo tintinear sobre la mesa de noche.

—¿Ya lo ve, padre? Palabras de santo y uñas de

gato—dijo.

Bocanegra había estado husmeando por la celda. Descubrió, bajo el camastro, la bonita provisión de botellas de vino. Enarboló una.

—Miren no más. El vino es la teta del viejo.

Arambarri los miró con ojos de desesperación y de súplica.

—Esto es un sacrilegio —protestó.

Bocanegra sintió que se vengaba del insolente rapapolvo que el prior les endilgó a él y a María Salomé el día de la defunción de Guillermito.

—¿Sabes qué? —postuló, insolente—. Priorcillo que vende cera y no tiene colmenar..., rapavérum del altar.

Abrieron sendas botellas y bebieron.

—A tu salud, padre. Y en ese arcón, ¿qué hay?

—Hábitos viejos —contestó, aterrado, Arambarri.

Entonado por el vino, Bocanegra retrucó:

—Mentirosillo. La llave.

El prior le tendió la llave. Bocanegra abrió. Extrajo del mueble el magnífico pectoral de San Agustín, de brillantes y esmeraldas.

—Lindos hábitos los tuyos, prior —acotó Ladino, cuya barba sobresalía bajo la fea nariz de la máscara.

Troches le hizo seña de que acercara el crucifijo. Ladino lo descolgó de la pared y lo acercó a la cara del prior.

—Bésalo, padre Facundo —ordenó el primero.

El religioso obedeció, ante la amenaza de la pistola.

—Ahora, jura por él que, pase lo que pase, no darás la voz de alarma hasta el alba.

—¿Y si me niego? —osó preguntar el así conminado.

—Entonces no verás el alba —respondió elementalmente Arturo.

Arambarri juró.

—Así se hace, padre. Ahora, acompañanos.

Lo obligaron a salir de la celda y a despertar a toda la comunidad, que se recogía muy temprano. Luego hicieron que frailes y novicios —unos veinte— se alinearan en el pasillo de la segunda planta. Los agustinos tiritaban de miedo ante las pistolas de los enmascarados. Troches hizo estimación de estaturas, eligió a cinco de ellos, y les ordenó despojarse de los hábitos.

Los profesos titubearon, pero Arambarri los apuró con la mirada. Se quitaron las monacales vestiduras y quedaron en ropa interior. Uno de ellos carecía, al parecer, de esta última, pues se dejó ver totalmente en cueros, escurridos los testículos y encogido de pavor el miembro viril. A dos de los más ancianos, Troches les ordenó a punta de pistola, una vez los asaltantes hubieron vestido los indumentos agustinos, entrar en la capilla, donde reposaba el cadáver del viejo fraile.

—Veo que no tuvieron la piedad de velarlo, dormilones —dijo.

—Nos hizo velar durante tres meses. Íbamos a darle

sepultura antes del amanecer.

—Pónganlo cómodo en alguna banca. Nosotros necesitamos esa caja de pino.

Los frailes se santiguaron, pero obedecieron. Entonces, Ladino y Bocanegra vertieron en el ataúd el tesoro robado. Con las indumentarias religiosas y portando la caja fúnebre, los cinco asaltantes salieron a la Calle Real, tal como si se tratara de un entierro, circunstancia nada anómala, ya que era costumbre enterrar a los sacerdotes de noche. Con minucia entornaron el portón. Un sereno los vio pasar y se persignó.

No se privaron de atravesar, en procesión doliente, la parte oriental de la Plaza Mayor, toda clara de luna, en donde se alzaba la Catedral. Uno de ellos iba delante, portando en alto el crucifijo de Facundo Arambarri.

VIII

Desde la madrugada en que confundió a Milena en la tiniebla con un fantasma, Saturnino Torrealba comprendió esa verdad banal según la cual una de las formas de esconder algo consiste en colocarlo en un lugar demasiado evidente. Confinado en las habitaciones de la servidumbre o en la escandalosa reserva de una vivienda de barragana, su amor por la joven mulata habría sido descubierto sin tardanza, ya por las otras dos criadas, ya por la avidez de los envidiosos, ya por las de ese modo pronosticables sospechas de Agustina. En cambio, la propia Milena (a pesar de su inexperiencia) había sabido servírselo en el perfecto sigilo de la sala principal de su casa.

Lo consumaban a unos pocos metros del lecho en donde reposaba la cónyuge, sin que ésta, en apariencia, tuviese por qué maliciar nada y sin que se percatase tampoco el resto de la servidumbre, que a esas horas tenía prohibido abandonar el ala del edificio que le había sido deparada. Milena era hábil en eso de escabullirse calladamente en medio de las sombras. Para reunirse con ella, Torrealba debía sólo levantarse con toda naturalidad, a eso de las dos de la madrugada, como quien se propone satisfacer un designio estomacal. Lo demás quedaba confiado a la lejanía o a la hondura del sueño de Agustina. La mulatita lo esperaba sin falta en algún rincón de la tiniebla. Se trenzaban en un amor no por insolente menos miedoso, erizado de exasperantes silencios y observado —sea dicho de lance— por los ojos inmóviles de un óleo que intentaba reproducir la *soberbia facies* del dueño de casa y que presentaba, si acaso, su prematura máscara mortuoria.

A Saturnino lo asediaba, desde luego, una jauría de temores. No bien iniciaba, dentro de la muchacha, las

contracciones

del orgasmo, un atónito remordimiento lo sobrecogía. Cubría a toda prisa sus desnudeces y, sin una caricia más, sin un abur, sin un hasta luego, daba la espalda a la amante y regresaba a la soledad aprensiva de su alcoba, a la vera de la cónyuge cuya inerme condición aguijaba y servía sólo, quizás, para dar la razón a Virgilio en aquello de que el número impar gusta a Dios. El riesgo de dejar encinta a Milena lo perturbaba, no por el hecho en sí mismo, pues era corriente que las negras pariesen en la soltería, sino por la dificultad que todos hallarían para explicarlo, dado el aislamiento de la servidumbre. Además, se preguntaba, ¿qué futuro podía esperar a aquel amor, si en verdad era amor?

¿En verdad era amor? Cuando poseyó a Milena por primera vez en el ramal de siervos de la residencia dejóse Valerio Gómez, sintió que entraba en una esfera incógnita de la vida. Aquella exaltación derivó lo más probablemente de una conjunción entre las copas que llevaba entre pecho y espalda y la salvaje sensación que la noche, los sucesos de aquella tarde, los aromas del patio y la imprevista desnudez de la muchacha le granjearon. Después, lo habitó un frenesí incoercible: el de haber sobrepasado un límite, el de haber hollado un territorio prohibido. Tal certidumbre, lo sabía, había resultado tanto más excitante cuanto, en su vida anterior, él se había cuidado de observar con el rigor más implacable el voto matrimonial. Aseverar que a esa combinación de sentimientos se la pudiese llamar amor, sería en grado sumo cuestionable. ¿Amor sin la más tenue posibilidad de un diálogo entre dos seres, alejados de resto por la edad, por la educación y por los rangos sociales? ¿Amor esas citas clandestinas en su propia sala, a unos pasos de la burlada Agustina, resueltas en fugaces ayuntamientos que

a nadie sino a esa mulatita que era casi una niña podían satisfacer? ¿Amor esa traición a la mujer que en verdad amó, por quien hubiera matado al Libertador?

No podía, sin embargo, librarse ahora de la coyunda, cada vez más vergonzosa, que le imponía, a determinada hora de la noche, el saber que Milena (por libre voluntad, pues no era ya esclava) se hallaba allí, a pocos pasos, en blanco y prescindible camisón de dormir, a la espera o al acecho de sus caricias. Cada vez más, se esforzaba por no acudir; contemplaba arrepentido el bulto sereno de Agustina, dormida en el lado derecho, y entendía que ejecutaba una ignominia. Mas la ignominia lo reclamaba desde las honduras de una sensualidad, sin duda, malograda. Esa sensualidad suya, esa conciencia de poseer un cuerpo virilmente hermoso y desperdiciado, al cual Agustina Yáñez jamás se dignó mirar con codicia. Ninguna de tales reflexiones era válida, claro estaba, una vez satisfechas sus ansias. Pero tornaba a la noche siguiente, con puntualidad despótica.

Lo sobresaltó, una de esas noches, la sospecha de que Milena conociera sus vacilaciones. ¿Cómo podía... una muchacha apenas? La verdad era que, fuera del trato carnal, casi ningún otro había sostenido con ella. No poseía medios de penetrar los entresijos de su mente. Y, de pronto, cuando él se aprestaba a penetrarla sobre el diván de la sala, temeroso como era ya hábito de que su mujer hiciera repentina irrupción, ella le susurró al oído (el aire expelido por sus palabras lo acarició, cálido y cosquilleante) una sugerencia pasmosa. Deseaba, en suma, ser succionada lingualmente.

—Tendría yo que concluir, Excelencia, que para usted el delincuente propiamente dicho es mejor que el inocente

perseguido.

Al hablar así, Baccellieri debería haber sabido a lo que se exponía, pero era posible que, en realidad, lo ignorara. En su interior gravitaba un alma cándida, de ésas que creen sinceramente en el triunfo inexorable de la justicia. José Valerio Gómez observaba la calle a través de los cristales de la ventana de su despacho y le daba la espalda robusta. En el sillón que ocupaba, Baccellieri, por el largo intervalo de silencio, creyó que la respuesta nunca se produciría.

Se produjo, sin embargo, al cabo de unos minutos, y fue colérica. Sin abandonar su posición, el presidente articuló con lentitud:

—¿Por qué se figura usted que puede propasarse y ser insolente conmigo, Baccellieri? ¿De cuándo acá un individuo preso por no cumplir sus obligaciones puede considerarse inocente perseguido?

Baccellieri dio vueltas en las manos a su deplorable sombrero de copa. Le temblaba la chivera de recóndita soberbia al replicar:

—No intento insolentarme, Excelencia. Yo sólo alzo la voz para hablar por los que no pueden hablar. Usted, por conveniencia política, ha expedido antes indultos. Un ejemplo casual: la barragana de su ministro de hacienda. ¿Por qué no hacerlo ahora, en aras de las buenas relaciones con quienes le llevaron al poder?

Gómez giró sobre los talones, fuera de sí.

—¿Se da cuenta de que trata de extorsionarme?
—bramó.

Ante semejante inferencia, palideció Ovidio Ramón Baccellieri. Nunca pensó que la franqueza lo condujera a esta situación, y menos con alguien que, a su modo de ver, se hallaba obligado con él a cierta gratitud. En últimas, pensaba todavía que *noblesse oblige* y suponía que un general de la república, a quien en forma muy laboriosa había contribuido a hacer presidente, no se apartaría por motivo alguno de ese principio. Bajo su inocencia, no palpitaba la serpiente que pedía lady Macbeth. Por eso él, que solía ser tan obsecuente (a ratos abyecto) en su forma callejera de saludar a las gentes de mando, se abstuvo de humillarse ahora ante el primer mandatario de su país y optó, estúpidamente, por abrirle su corazón.

—Mal podría un hombre sin nombre como yo —dijo, en su inevitable tono declamatorio— pretender semejante cosa. Simplemente me apoyo, Excelencia, en la justicia de la causa que defiendo. Y lo hago ante un magistrado republicano que no se preguntará quién lo pide, sino si es justo lo que pide.

El general lo contempló con un desdén calcinante. Anduvo hasta la puerta. La abrió y llamó al ujier. Cuando éste se hubo hecho presente, le ordenó:

—Sírvase indicar a este señor el camino de salida.

Surgió el rencor, mas portentosamente no se apagó el asombro en los ojos de Baccellieri. No lograba entender por qué la verdad resultaba casi siempre un sonido tan desagradable para todos. El ujier intentó conducirlo del brazo, mas él lo rechazó y salió cabizbajo, sin agregar palabra. En la antesala, de pie, en las manos los sombreros, aguardaban Filiberto de Onzaga y un lechuguino muy acicalado llamado

Pastor Quesada. Despectivamente miraron pasar al abogado, que decía:

—Conozco el camino.

Antes de penetrar en el despacho presidencial, los dos se volvieron hacia el lugar por el que había salido el —para ellos— lechuzo despreciable.

—Que se convenza el general —dijo Onzaga—. Ese tipo es un incordio.

Peinadísimo, sonriente, el tal Quesada sugirió:

—Tranquilidad, tranquilidad. Conmigo en la presidencia de la Democrática, no es mucho ya lo que podrá molestar.

Se oía el toque de maitines, más allá de los tejados mitigados por el rosa del alba. Frente a un espejo de marco de cornucopia, en su esterada sala de regusto a rancideces, una mujer, de aparentes treinta años, suelta cabellera blonda y soñadora belleza, se aderezaba la mantilla para irse a misa. Alfonsina Ureña de Holmes intentaba en vano hacer venir a la doméstica.

—¡Engracia!

Y como no obtenía respuesta:

—¿Dónde se metería esa molondra? ¡Engracia, que la misa debe hacer comenzado!

Ignoraba, por supuesto, que en una alacena minúscula, en tinieblas, Engracia se debatía atada y amordazada.

Hubo un ruido. En la luna del espejo, esa misma en la que, durante las veladas áureas con políticos y versificadores,

reverberaban bujías colocadas en los bronceos brazos, Alfonsina vio la imagen de Arturo Troches, que traía una máscara como de baile veneciano. Aspiró un corto grito. El asaltante hizo una venia perfectamente dieciochesca.

—Nada tema usted, doña Alfonsina —declaró—. Sólo venimos a hacerle una visita y a gozar un rato de su enjundiosa plática.

Detrás suyo aparecieron, con antifaces similares, todos elaborados por el artero Ladino, los otros cuatro miembros de la banda.

—¿Qué quieren ustedes? —imploró la señora, agarrotada de pánico—. Mi marido no está. No irrespetarán a una dama...

Su espanto era magnífico. Casada hacía años con un descendiente de los bravos de la Legión Británica, que peleó contra España al lado del Libertador, no había tenido hijos y ello acendró el amor y la dependencia hacia el marido. El viaje que éste había emprendido por Europa, en són de negocios, la tornaba hacía meses en una especie de viuda transitoria y desdibujada.

—Serénese, señora—la sosegó Troches, con voz sedosa— Anda, doctor, prepáranos un buen desayuno.

—Un desayuno de primera, ya verán —acató Ladino, cuyas artes de costura y de culinaria bien podían constituir uno de esos adornos laterales del natural sesgo.

Anduvo en dirección a la cocina. Por segundos, la señora Ureña de Holmes se preguntó si estos visitantes carnavalescos, en vez de forajidos, no serían algunos de sus

invitados de veladas, que habían dado en jugarle una broma. Pero recordó las prolijas noticias que el periódico trajo acerca del asalto, aún más carnestoléndico, al convento de San Agustín, y un nuevo hielo recorrió su espina. No le quedó ya duda, por lo demás, cuando Troches hizo señas a los tres restantes de que requisaran la casa.

Los hombres obedecieron. Tras su antifaz, con exquisita cortesía, Arturo invitó entonces:

—Ahora, señora mía, mientras mis hacendosos compañeros hacen un pequeño inventario en su joyero, ¿me haría el favor de acompañarme al jardín? Va a hacer una mañana primorosa.

La invitó a salir con una venia. Como el jardín era trasero, y se hallaba completamente tapiado, la mujer, aterrorizada ante la inminencia de una violación, permaneció inmóvil y mordió un pañuelo de tafetán. Con una risa cínica pero cortesana, Troches la tomó del brazo y, con simulada suavidad, la condujo hasta donde quería.

A los primeros destellos del alba, era ya un jardín luminoso de geranios rojos y de hortensias de intrincados matices. Las enredaderas aromáticas y los arbolocos enanos lo colmaban de una desaprensiva fragancia, capaz de anular cualquier suspicacia. Begonias de hojas bronceadas por arriba y rojizas por el envés, y de flores de cálices rosados, fundaban una especie de contrapunto auroral bajo un rocío que era como polvo de agua. Discretas azaleas, mirtos de buena suerte y rosas y claveles encendían aún más el oloroso recinto, abierto al cielo del altiplano, límpido esa mañana e irradiado por las salpicaduras rosas del amanecer que se estiraba desde el lado de los cerros.

Se repitió las famosas antanacsis que había oído de sus mentores en la escuela de primeras letras:

*Escudos pintan escudos,
ducados compran ducados
y tahúres muy desnudos
con dados hacen condados.*

De niños y aun de jóvenes, pensó, estas sabidurías populares se nos antojaban meros alfilerazos (o *tiraderas*, como él solía decir) con que bufones o versificadores zaherían a quienes se divertían a costa de ellos. Los años convencían de otra cosa. Ahora veía que príncipes y políticos no eran más, en efecto, que gente semifracasada en sus negocios y profesiones, hombres mediocres de nula moral y de portentosa vulgaridad que a los principios sobreponían el tacto y cuyas pomposas palabras y recónditos misterios informaban algo así como prestigios de la fantasmagoría. Nunca se había ocupado la política de la verdad de los fenómenos y constituía tan sólo el arte de sacar de una situación el mejor tasajo posible.

Lo pensaba mientras podaba su pequeño jardín, en el panecillo semienclaustrado y con tapias de cal blanca de su casa con techos a dos aguas. Raza de cocodrilos y de panteras: ¿qué había hecho ese zángano de José Valerio Gómez sino contentarlos como a bebés asegurando que protegería la industria autóctona? Lo enconaba aún más el que, a la postre, a las sociedades de artesanos se las empleara como instrumento para despojar a los jesuitas y, de paso, irrespetar al prelado diocesano y a la Iglesia. Aquello se encontraba expresamente prohibido en el reglamento de 1847. Pero quienes las daban de

tribunos del pueblo, como ese tal Julio César Avanza, como ese tal Pastor Quesada, se divertían promoviendo esos inútiles debates, para que el auditorio aplaudiera como si se tratase de la ilustración del siglo.

Así, todos quedaban pasmados de convencimiento y nadie se ocupaba de los contratos onerosos que celebraba el Estado ni de los monopolios con que tanto se lucraban los contratistas. Su ideal había sido muy otro: para él, los liberales debían ser hombres generosos y puros como redoma de cristal, no escalones para que subieran al solio los zánganos y las sanguijuelas, los cocodrilos y las panteras que deseaban medrar sin hacer nada en provecho de nadie. Pero la credulidad se castiga, pensó. ¡Son tan similares el candor y la locura! Ahora él se pensaba más culpable que el propio José Valerio Gómez. Más culpable, por haber creído en José Valerio Gómez.

Pero ¿no se daban cuenta los artesanos que aún acudían a las asambleas de la Sociedad que ésta fue fundada precisamente para poner distancia a toda esa punta impúdica de camastrones decididos por la empleomanía? ¿No esquivaron siempre los Avanza y los Quesada el trato directo con la gente artesana, por miedo a contemporizar con la chusma? ¿Cómo, ahora, eran sus caudillos? ¿No mostró más tolerancia hacia el genuino ideal de las sociedades el general Evangelista Niebles, un conservador de cepa procer, que el presidente Gómez, ante quien todos se plegaban por el mero hecho de rotularse draconiano? A partir de las últimas elecciones, el hábito de armar bochinchas, de palmotear y de gritar vivas y muertas, de irrespetar a las representaciones nacionales y provinciales, se había generalizado y los artesanos no parecían darse cuenta de que desempeñaban un papel ridículo e ignominioso que de

nada les servía, y que habían dejado de ser libres para hundirse otra vez en la servidumbre.

¿Por qué hubo él de tolerar aquel caos de la iglesia de Santo Domingo, origen de estas conductas? Los preparativos que para aquella jornada se ejecutaron, la multitud de intrigas que se tejieron, todo tendía, sí, a imponer miedo, a aterrar a la mayoría conservadora, para sacar adelante a Gómez. Pero jamás se pensó en sepultar de veras puñales en el pecho de los congresistas. Ni siquiera en hacer tiros al aire, como terminó ocurriendo. Sin embargo, al memorar los incidentes de ese día, no podía sino ver un baldón para los corazones libres, un ataque vituperable, horrendo, a la libertad de sufragio. Recordar que él había contribuido de manera tan activa y gesticulante a esa atrocidad, a esa coacción, lo hacía sentirse ignorante y hasta criminal. Porque, según había oído, quien pudiéndolo hacer no evita que se cometa un crimen, lo estimula. Y peor si ese crimen fue tolerado por el régimen de Niebles (que hubiese podido impedirlo haciendo intervenir a la guarnición) sólo por no derramar sangre de trabajadores que la leyenda reputó siempre inermes y que aquella tarde portaban todo género de armas blancas y de fuego.

Ahora, en el solio de los presidentes había un monarca y la república naufragaba entre vivas y muertas y cohetes y discursos y música por las calles, mientras una camarilla de aduladores devengaba a sus anchas y eran pisoteadas la libertad, la igualdad, la filantropía, la fraternidad y la democracia. Alejandro Puebla sintió la cólera borbollonear en su pecho; la sintió con tal fuerza que manipuló sin querer la podadera y permitió que una espina de pitiminí se le clavara en la mano.

Alfonsina Ureña de Holmes estaba sentada ahora en un columpio, balanceándose apenas mientras sus adorables manos asían las cuerdas, en medio del idílico y tapiado ámbito. La mujer parecía haber hecho de lado sus temores y edificado una suerte de resignación: la de disfrutar en lo posible la parte cómica de aquella situación peregrina y alocada. Mientras formaba poco a poco un ramillete de flores, cortando escrupulosamente de aquí y de allá, Troches la adoctrinaba:

—El hombre, señora, no puede conquistar la verdad. Pero puede poseer la poesía. Y a fe mía que un ramillete de flores o de estrellas tiene más poesía que todos los versos del mundo. Tenga usted.

Le alargó con jocosa venia el ramillete. La mujer lo recibió con una sonrisa triste, pero digna, que agravaba la luz rosada de las begonias.

—¿Es usted poeta, señor ladrón?

Arturo hizo, con las manos, un gesto de desenfadado desacuerdo.

—Ay no, señora —se lamentó—. Ladrón, no. Confiscado^ adjudicador de bienes de propiedad privada para usos sociales. Eso suena mejor.

—Pero encierra muy poca poesía —objetó ella.

—Según se mire, señora —redarguyó él—. Para mí, la palabra *pueblo* es la más poética de cuantas haya escuchado.

En su interior, sin modificar para nada su gesto de querubín en éxtasis, Alfonsina se risoteó de buena gana. El pueblo, se dijo; una cosa amorfa y blanda como la cera, siempre en espera de la mano que le imprima su sello. ¿Qué era

peor?, se preguntó, ¿un tirano o un pueblo pervertido? A su letrada mente acudió un trozo de Shakespeare, acaso de alguno de sus dramas históricos:

An habitation gtddy and unsure

Hath he that buildeth on the vulgar heart.

Buenos eran, sí, los juegos intelectuales, pero de allí a que compaginaran con la palabra *pueblo* iba mucho trecho. Eso pensaba cuando vio a otro de los enmascarados entrar como un ciclón en el patio. Bocanegra murmuró algo al oído de Troches, que se apresuró hacia la casa. La mujer volvió a experimentar la malhadada consternación, pero permaneció balanceándose como alelada en el columpio.

Troches se disparó hacia la alacena en donde habían dejado atada a Engracia, y lo hizo a tiempo para pescar por la espalda a Ladino, que había olvidado los menesteres culinarios y, tras alzarle la falda y bajar las enaguas, intentaba forzar a la fámula, cuyos gritos ahogaba la mordaza.

—Te lo advertí, doctor —amenazó, elevando el puño.

—Tómalo con calma, Arturo —repuso el otro, con una descocada sonrisa—. Simplemente, me distraje. No sé cómo vine a dar aquí.

—La próxima vez el distraído seré yo y vas a perder la dentadura —zanjó Troches, fuera de sí.

A eso de las once, los cinco enmascarados almorzaron con Alfonsina en el comedor de sabor españolizante, exornado con muchos ramilletes de flores.

—Encomiable almuerzo, señores —reconoció el ama de casa—. Pero, ¿no les parece suficiente?

—No bien hayamos concluido —prometió Arturo—, la dejaremos en paz, señora. No sin alabar el buen gusto de su joyero, que tan bien lucía usted, pero que ahora pasará a servir una causa igual de bella y... prioritaria.

—Resignada estoy, señores —repuso ella, ignorante aún del conato del doctor—. Créanme que jamás pensé hallar en un grupo de forajidos hombres tan galantes.

Alzando una copa de vino, Ladino festejó:

—Patidifusos quedamos, señora.

Troches lo observaba con inquina, mientras procuraba comer aprisa con el impedimento de la máscara.

Se agotaba haciendo ejercicios en el extensor, tomaba de noche baños fríos, por ver si huía la lujuria. En vano. Apenas sonaban en la madrugada las dos campanadas del reloj, el mudo reclamo de Milena resultaba demasiado poderoso. Reclamo tanto más extenuante cuanto que no se conformaba ya con ser penetrada, sino que exigía la felación con la misma naturalidad con que, en tornas, se la practicaba a él.

Las noches habían adquirido, de ese modo, una calidad de incursión umbralicia, *ad limina*, a las orillas de la bajeza y de la humillación. No de otra forma podía sentirlo él, a quien las reflexiones positivistas, lejos de volverlo más desenfadado en punto a libertades sensuales, lo habían afincado en el criterio adusto con que observaba toda licencia de la carne. Hundir la lengua en el sexo de la otrora esclava le inspiraba una doble sensación de exaltación y de cuita. Le granjeaba un contacto exultante e íntimo con ella, cuyas entrepiernas eran anegadizas como las marismas, pero le infligía la afrenta de

saberse un amo conquistado y sumiso.

Acaso tal duplicación obró en la postración y en la impaciencia con que reaccionó ante el suceso que le aguardaba aquella noche. Milena, por supuesto, había sido tiránicamente puntual. El lo fue menos, pues aunque oía su respiración en la tiniebla, vaciló en dejarse ver, con la esperanza de que la mulatita regresase decepcionada al ramal de la servidumbre. Era iluso pensarlo. Milena conocía muy bien el ascendiente que había logrado sobre el dueño de casa y no se habría, quizás, batido en retirada por motivo alguno, salvo la aparición de la esposa burlada, a la cual —aunque Saturnino creyese lo contrario— temía como a la misma justicia de Dios.

Cuando por fin compareció ante ella, Torrealba se juró no acceder esa noche a otra cosa que el ayuntamiento corriente. Inútil promesa, pues cuando así lo hizo sentir a la joven, ella le susurró al oído:

—No seas ruin y complace a tu linda putita.

Súplica a la cual, por la excitación que en él incubó, no consiguió rehusar. Milena, de espaldas en el diván y con el camisón subido hasta el cuello, extendió las piernas en ángulo obtuso y se esforzó, como siempre, por contener los peligrosos acezos mientras él hundía su rostro, que hubiera sido vultuoso a la luz del día, en su imanante manigua de vello y de pulpa. Ambos habían cerrado los ojos y los dominaba por entero el instante. Mas no por eso dejaron de advertir el tenue roce contra uno de los sillones.

Saturnino se volvió, consternado. Por un fragmento de segundo, tuvo la certidumbre de encontrar allí, terrible, a su mujer, demudado el gesto por una mezcla de incredulidad y de

escándalo. Pero no fue a Agustina a quien halló. Una junto a la otra, hipnotizadas por aquella escena que debían percibir absurda, inmaculadas de inocencia entre sus bucles que doraban la sombra, bellas en la oscuridad como torcaces extraviadas, con sus claros ojos pueriles los contemplaban las gemelas.

IX

El taller de herrería tenía puerta a la calle. Con un mandil de cuero ajustado al cuerpo sobre la camisa, Dominguito Acuña trabajaba en unos calces de coche. Soplaba en la fragua con el fuelle suspendido, calentaba el metal asido por tenazas y lo martillaba sobre un yunque. El resplandor de la fragua magnificaba en la pared sus movimientos. Dolores, su mujer, una joven prematuramente marchita, llegó del fondo de la casa, con un niño en brazos.

—¿Te ocupas ya de los calces para el coche del doctor Anzola? —inquirió, con aire entre desconfiado y angustioso.

—Deben estar listos antes que acabe la semana —dijo él, con algo así como una pizca de remordimiento.

La mujer se volvió, un tanto errática, por donde había venido, cual si temiera seguir indagando en las insondables negligencias de su marido.

Por la acera frontal al taller, venían conversando Ovidio Ramón Baccellieri y Arturo Troches. Desde el día de su arribo, el sureño seguía alojado en casa del antiguo profesor. Aquel día, habían coincidido al salir. Comentaba Baccellieri:

—No sólo se condujeron como perfectos caballeros, sino que le prepararon un exquisito almuerzo y le obsequiaron ramos de flores.

Troches reía para su capote.

—¿Notable, no? —disimuló—. Como brotado de una novela de Eugenio Sue.

Ahora se encontraban exactamente frente a la herrería.

Bajo la medrosa mirada de Acuña, Troches y Baccellieri se despidieron. El primero, en forma imprevista, atravesó la calle y se dirigió al taller. Acuña lo vio venir con recelo y angustia. El otro lo abordó en tono un tanto desafiante.

—¿Dedicado a honestos menesteres, Dominguito? — dijo—. Te dije que habría una tercera vez.

El muchacho habló confundido.

—Sin blanca estoy, don Arturo —balbuceó.

—No vengo a cobrarte, hijo —aclaró Troches en són paternal—. Abre más bien las agallas.

—¿Qué quiere decir? —se sorprendió Acuña.

—Que puedes ganarte una bonita suma —postuló, enigmáticamente, el sureño.

El muchacho lo observaba con extremo recelo, pero su mirada resplandeció. Troches se advertía un poco nervioso. Miró a uno y otro lado antes de colocar al herrero una mano sobre el hombro y preguntarle:

—Eres muy listo, ¿verdad? ¿Conoces a un comerciante chapetón de nombre Segundo Losada?

En el escenario de un teatro de barriada, muy al estilo del siglo, se había colocado una mesa larga en la cual se sentaban las directivas de la Democrática. En el lugar de honor, se encontraba su nuevo presidente, el amanerado Pastor Quesada. Junto a él, estaban Julio César Avanza y otros currutacos, muy a la moda británica, con chalecos de fantasía, boquillas para fumar, flores en el ojal.

El grueso de los artesanos ocupaba la luneta, donde,

mezclados con el montón, eran apenas visibles Troches, Ladino, Bocanegra, Marín y Froilán Díaz. Baccellieri se encontraba solitario en uno de los palcos de platea. Estaba de pie, congestionado, temblorosa la chivera, y proseguía un discurso comenzado hacía rato. Desde varios puntos del local, sus ademanes ampulosos eran observados, con miradas ferales, por matones a sueldo de Quesada que montaban guardia con pistolas al cinto.

—A los artesanos se les engañó miserablemente —sostenía el abogado—. Se les ofreció que se aumentarían los derechos de importación de efectos manufacturados, para que pudieran vender a precio razonable los suyos. Y hoy les salen con que es antiliberal y antieconómica aquella promesa.

—Porque ustedes, doctor Baccellieri —gritó Quesada desde su sitial—, se convirtieron en enemigos del general Gómez y en aliados del conservadurismo.

—¡Falso! —desaprobaron varias voces desde la luneta.

Los sicarios palparon sus armas.

—Aliados del conservadurismo, ¡jamás! —replicó Baccellieri, colérico—. ¡Pero sí enemigos de Gómez, porque nos traicionó!

Uno de los currutacos de la mesa directiva indagó con toda intención:

—¿Osa llamar traidor al general?

De entre el montón, surgió la voz de Arturo Troches:

—Baccellieri señala un hecho que es del dominio de la clase artesanal —dijo.

—Pues la Sociedad Democrática —interpuso entonces Quesada, sacando pecho tras su chaleco color yema de huevo— no es ya el coto vedado de los artesanos, sino un instrumento amplio del partido liberal.

—¡Usted lo ha dicho! —agarró al vuelo Baccellieri—. ¡Un instrumento del poder!

Pero Quesada no carecía de recursos.

—¿Debo entender —preguntó— que acusa a la Sociedad de plegarse a determinados intereses?

—Lo afirmo sin cortapisas —ratificó, irreflexivo, el abogado.

Golpeando la mesa con los puños cerrados, Quesada aulló entonces:

—Debo, pues, preguntar a la asamblea si, al violar Baccellieri los estatutos, que prohíben a los miembros expresarse en tono desobligante respecto a la organización, resuelve expulsarlo de su seno...

Una oscura mayoría aprobó a pupitrazo. Troches, Ladino, Bocanegra, Marín, Díaz vociferaban en señal de protesta.

—¡Esto es un desafuero! —clamó Arturo.

—Usted, Arturo Troches —objetó Quesada—, ni siquiera pertenece a esta Democrática. ¿Se puede saber qué hace aquí?

—¡No sigamos con esta farsa! —instó entonces Baccellieri desde la platea—. Pido a mis amigos salir conmigo de este local donde ahora campean los traidores.

Inició la retirada. Igual hicieron, entre gritos, Troches y sus compañeros. En el vestíbulo se unieron a él. Descendían los rápidos peldaños de la escalera exterior, cuando se aproximó un destacamento de policías, al mando un capitán que se vino derecho al abogado y le preguntó:

—¿Es usted Ovidio Ramón Baccellieri?

Altanero, éste contestó:

—Hace mucho tiempo.

Era la clase de respuesta que su íntima inseguridad le dictaba. Se sentía consciente de ser un personaje entre el núcleo de artesanos, pero no ignoraba cuán incógnita podía resultar su identidad para un agente de la fuerza pública o, en fin, para cualquier otro ciudadano del común. En su fuero interior, se creía hombre digno de cierto respeto y hasta de ciertos honores, mas no dejaba de comprender el anonimato en que, como dentro de una especie de círculo de hierro, lo obligaba a debatirse un tanto sistemáticamente esa misma sociedad que hoy lo utilizaba y mañana lo trataba con desdén. Aquella ambivalencia era el entrañable puñal que lo destrozaba y que lo sumía en un sentimiento de impotencia.

Con dejo oficioso, el capitán notificó:

—Queda detenido por lanzar improperios contra el presidente de la república.

Se trataba, sin duda, de una maniobra de Quesada y de sus secuaces. Irascible, Ladino echó mano maquinalmente de su arma, que no era ya la pistola, confiscada por la policía, sino un cuchillo de monte, metido en el cinto. Troches lo contuvo. Díaz, Marín, lanzaron gritos de protesta, que uno que otro

transeúnte oyó, sin comprender lo que pudiera estar aconteciendo. Pero Baccellieri impuso su voz, sabedor de lo problemático que podía resultar el resistirse al arresto policial.

—Amigos, calma —dijo—. Iré con los señores. A ustedes ruego movilizar cuanto antes a los verdaderos representantes de la artesanía.

Dos agentes desarmados lo sujetaron por los brazos.

Saturnino Torrealba abandonó la ciudad a eso de las dos de la tarde. Lo hizo sin despedirse de Agustina, que había ido a cumplir una visita de pésame. Mientras le embridaban la cabalgadura, observó en silencio a las gemelas jugar a la gallina ciega con Milena en el traspatio. Con los ojos vendados, buscando a las otras dos, cualquiera de ellas se le antojaba una imagen de la justicia que lo buscase a él. Desde la madrugada, sentía como si un golpe hubiese desquiciado el centro de su actividad psíquica.

Pequeñas como eran, las gemelas parecían no haber entendido lo que vieron en la sala en tinieblas. Pero sus ojos *habían visto* y Saturnino los temía. Cierto es que las obligó a acostarse de nuevo, en riguroso mutismo, no bien la mulatita y él recobraron la compostura. Cierto que la casa volvió a sumirse en la tranquilidad y el silencio, sin que Agustina pareciera haberse percatado de nada. Muchas cosas quedaban flotando, no obstante. ¿Quién garantizaba que las niñas, por espontánea que hubiese parecido su reincorporación matinal al mundo al cual estaban habituadas, no fuesen a incurrir en indiscreciones frente a su madre?

Una sola palabra, una mera alusión serían suficientes para desencadenar en Agustina Yáñez todo el complejo edificio

de las suspicacias. En Londres, alguna vez, sin genuino motivo, esa maquinaria se puso en movimiento. Y lo curioso era que, a su ver, no respondía al deseo natural de retener al hombre amado, sino al de preservar la *indécence convenue* de que hablaban los franceses. Al de preservar, en otras palabras, la virtud penumbrosa del orden. En aquella ocasión, quien despertó las suspicacias era una aristócrata bella pero remisa, sensual pero decadente, exuberante de tules y encajes, que vivía en un palacio otoñal asfixiada por tapices y armaduras. Ahora, Dios mío, ahora era una criatura de apenas quince años, profanada por alguien de rango muy superior y en el ámbito sagrado de la sala familiar...

Pasó medio día hundido en una depresión ilegible. Durante el desayuno, se abstuvo de las palabras y fingió enfrascarse en la lectura de un periódico viejo. Luego se fue a su escritorio y barajó papeles inútiles a lo largo de la mañana. Pidió que le llevaran allí el almuerzo, ante el desconcierto de Agustina. Dos o tres veces, fue la propia Milena quien, por orden de la señora, acudió a preguntarle si se le ofrecía algo. El la despidió con desdeñoso ademán. Cuando Agustina, hacia la una, anunció que iría a pagar la visita de condolencia, tomó la decisión. Se marcharía sin despedirse. Se iría a su fundo de la sabana y allá resolvería cómo conducirse en lo sucesivo. Necesitaba soledad, despejado mutismo, para organizar la treta con que había de eludir cualquier posible requisitoria. Para determinar, además, la forma como había de zafarse del —acaso imaginario— asedio de Milena. Para dirimir, en extremo, en qué horrible culpa había caído al permitir que el candor de sus hijas presenciara aquella escena salvaje.

En este punto de sus meditaciones, traspuesto ya el

camellón de San Diego, el jinete advirtió de repente que iba desarmado, que había olvidado en la alcoba, bajo la almohada, su habitual pistola. No le dio importancia. Su fundo era tranquilo, en la imponente meseta.

Troches y sus compañeros encabezaban una vociferante manifestación frente al palacio de los presidentes. Ralamente la nutrían aquellos carpinteros, talabarteros, zapateros, que habían configurado en un comienzo la Sociedad de Artesanos. El grito unánime era:

—¡Libertad para Baccellieri! ¡Termine la represión!

Vagamente se percibieron movimientos en un balcón del palacio. El presidente Gómez, con su guerrera de entorchados y dragonas, apareció en la tribuna, rodeado de ministros y de edecanes. Tuvo que suplicar largamente silencio, con ademán de ambos brazos, antes de poder hablar.

—¡Les exijo cordura, señores! —arengó—. Quiero notificarles que mi despacho ha ordenado la inmediata libertad de Ovidio Ramón Baccellieri.

Hubo una explosión de júbilo, por demás ingenua, entre la muchedumbre.

—Pero no sin advertir, ahora y para siempre —continuó el mandatario, cuando el rumor se hubo acallado—, que el gobierno no seguirá tolerando asonadas y que contra el doctor Baccellieri habrá de instruirse, de todas formas, el correspondiente sumario.

El júbilo se trocó en rechifla. Troches tocó un hombro a Ladino y le pidió:

—Vamos, doctor. Apresurémonos a escoltar a

Baccellieri hasta su casa.

Llegaron apenas a tiempo. El abogado salió por la puerta principal de la prisión y fue aclamado por unos cuantos duros del gremio artesanal. Troches y Ladino corrieron a su lado y, a la vista de todos, le ayudaron a descender un tramo de escalinata. Varias, varias personas tomaron, por desdicha, nota de ello. En la acera frontal, apartados de la gleba, Cliff Hone, Pernell Williamson, Filiberto de Onzaga y Graciela contemplaban la escena, formándose cada cual sus juicios peculiares.

Mientras la mujer se angustiaba al ver a Arturo en el centro de las miradas, la reacción de Onzaga fue de repugnancia ante la estampa desmirriada y estrafalaria del agitador liberado.

—Habrá que hacer en ese tipejo un escarmiento
—profirió.

—Es una lacra social. Hay que quitarlo de en medio
—convino Hone, con su acento laberíntico.

Williamson fingió una astral indiferencia, pero Graciela no consiguió refrenarse y protestó:

—Pero ¿qué dicen, por Dios santo? Baccellieri es un hombre impoluto. No se atreverán a golpearlo a mansalva.

Los demás callaron, sin hacerle caso.

Con la cabeza entre las manos, Baccellieri se hallaba sentado, rodeado de oscuridad, sobre la piedra fría del anómalo sótano. Sabía que, entre la negrura, debían fulgurar de tiempo en tiempo los ojos ávidos y medrosos de las ratas. Era como si sobre él gravitase ya un peso intolerable. Al abandonar la

cárcel, se sintió halagado por las ovaciones solidarias. Pero, una vez solo, lo abrumaba el fracaso, la condición de lastre en que su partido lo colocaba, el peso incluso de las razones de la tía Tomasa. Sí, sí; era un fracasado. Sus viejos sueños se habían entrelazado alrededor suyo y lo asfixiaban.

Recordaba su niñez melancólica en un pueblo astroso llamado Eccehomo. La frase latina podía, desde luego, y él no lo ignoraba, evocar ilustres pinturas de Guido Reni, de Giotto, de Mantegna, de Tiepolo... Mas era ridícula como nombre de un poblado, aun de un vil corregimiento de la villa de Leyva. Lo rodeaba un paisaje lunar y salitroso, lleno de estrambóticos fósiles marinos, producto de la probable desecación de algún antiquísimo mar interior. Sus antepasados habían sido inmigrantes italianos, llegados quién sabe cuándo, de la región de la Emilia-Romaña, a un virreinato suramericano en donde sólo les esperaba la pobreza más contumaz. Su padre fue ya un tozudo campesino acriollado, sin trazas europeas. Al asolar la peste a su familia, se vino a la capital con lo único que de ella quedó, la artrítica tía y una sobrina recién nacida a quien cuidaron como a un tesoro.

Se recibió como abogado merced a esfuerzos incontables, estudiando y trabajando como dependiente y hasta como mandadero al mismo tiempo, en un sórdido juzgado municipal. Pero la carrera de las leyes no podía resultar fructuosa a quien carecía de apellidos rumbosos y de antecedentes familiares. Como pudo, instaló esa casa de estudios en la que enseñó ciertas letras, entre otras muchas personas, a Graciela Fernández de Onzaga. El establecimiento, sin embargo, fue a la quiebra, pues ninguna razón tenía las matronas capitalinas para confiar sus hijos a un advenedizo con

propensiones, según se rumoreaba, jacobinas. El desastre se precipitó un día en que enseñó a los pupilos que la sabiduría es ciencia e intuición de las cosas más ilustres por naturaleza, y de ahí que de Anaxágoras y de Tales de Mileto se dijese que eran sabios y no prudentes, pues se les veía ignorantes de las cosas que les eran provechosas y se reconocía, en cambio, que sabían de cuestiones superiores y maravillosas y arduas y divinas, puesto que no radicaba en los bienes humanos lo que ellos buscaban.

Los conceptos habían sido tomados, por supuesto, de la *Ética nicomaquea*, que le era tan cara. Mas a los padres de familia se antojaron más bien arrancados a SaintJust. Por maldita cosa innata, a Baccellieri tampoco le interesaban los bienes humanos, sino el conocimiento, y sus fracasos los tomaba, en ese entonces, por algo natural y llevadero. Ahora se sabía en una encrucijada y miraba con desolación su vida perdida. Jamás, jamás había conocido mujer, y en ello radicaba otra calamidad que, al principio, juzgó modificable, fruto apenas de su tempranera timidez y, por supuesto, de esa incesante conciencia de su aspecto huraño, aparentemente presuntuoso y declamatorio, desagradable en suma, que lo mordía como una inconjurable ráfaga helada. A estas alturas, aquello no tenía remedio: su vergonzosa virginidad de varón, que muchos parecían intuir, pesaba en su alma como una afrenta metafísica.

En su juventud, había leído con entusiasmo los versos de Hesíodo:

Es varón superior el que por sí lo sabe todo;

*bueno es también el que da fe al que habla con juicio;
mas el que ni de suyo sabe ni en su ánimo deposita*

lo que oye de otro, es un sujeto inútil.

El comentario de Aristóteles le inspiraba aun mayor fervor: sólo la multitud y los más vulgares ponían el bien supremo en el placer y amaban, por ello, la vida voluptuosa. La mayoría de los humanos mostraban tener, sin duda, alma de esclavos,

al elegir una vida de bestias. Los espíritus selectos, por el contrario, identificaban la felicidad con el honor. Pero, Dios mío, ¿había él preservado su honor? ¿En qué podía fundarse el honor de Ovidio Ramón Baccellieri?

Dos cosas lo alertaron, en aquel instante, sobre lo que estaba a punto de ocurrir. La primera, un soplo de luz que entró por esa hendidura en el tabique de madera, a la altura del quinto escalón que conducía a la buhardilla, mirando a través de la cual era posible dominar todo el panorama del cuarto de baño, situado en la primera planta. La segunda, esa cancioncilla tarareada con voz de alondra, que sin falta indicaba las intenciones de su sobrina. Reptando casi, sin hacer ruido, ascendió los cinco escalones y aplicó el ojo al observatorio. En efecto, Micaela acababa de entrar en camisón al cuarto de baño. Traía un gran balde de agua caliente, que terminó vertiendo sobre el agua fría de la bañera.

Bajo la mirada sigilosa de Baccellieri, la muchacha colocó el balde en el suelo, se sacó el camisón por la cabeza y quedó desnuda de cuerpo entero, desafiante sus senos ya en flor y atrayente su sexo que apenas recubría un musgo incipiente. Baccellieri sintió el enervamiento subirle hasta la medula de su cráneo y oyó cómo se aceleraban sus latidos cardíacos.

Micaela introdujo la punta del pie para probar la temperatura del agua. Luego, entró en la bañera, mas no se sentó en ella, como Baccellieri lo había temido, sino que permaneció erguida, vertiendo el agua sobre su cuerpo con ayuda de una totuma. La visión era espléndida, enajenante. Baccellieri desabotonó con presteza la bragueta y sacó al aire su falo, ya rectísimo. Comenzó a frotarlo con verdadera locura, sin apartar los ojos de la grieta bendita en la madera. No pudo contenerse ni un tanto, para dilatar el placer. Las posiciones que Micaela adoptaba al agacharse para llenar la totuma eran desquiciadoras. Muy pronto, el torrente de semen salpicó el tabique, Baccellieri experimentó un supremo desvarío en su mente y, luego, ya saciado, retiró la vista de la tentación y se sentó en el peldaño a llorar con sollozos convulsos, pero silenciosos.

—¡Qué diantre, hombre! Para mí que esos robos los comete la misma policía...

El gato gordo y sarnoso contemplaba impasible a los parroquianos que hacían tertulia con Losada. El español había soltado la afirmación sin estar convencido de ella en lo más mínimo. Pero siempre confiere cierto aire de sagacidad, se hubiera dicho Saturnino Torrealba, achacar a las autoridades aquellos hechos que están llamadas a prevenir. La práctica es común a todos los países de sangre latina e implica, al parecer, una recatada venganza contra el Estado y contra quienes detentan el poder.

—Que no, Segundo. ¿Es que no lees los periódicos?
—replicó alguien—. Son esos comunistas de la Democrática.

—Quiá —opinó el español.

En aquel momento, Dominguito Acuña entró con un paquete en las manos. Al verlo, se alborozó la mirada de Losada. El recién llegado lo miró sin decir nada. Fue el español quien preguntó:

—¿Hola, chaval? ¿Qué te traes? ¿Otra libra de clavos de ala de mosca?

Muy sagaz, el herrero respondió:

—Ya lo ve, don Segundo. Para que hagamos el mismo trato.

—No faltaba más, hombre —se alegró el comerciante—. Por ella puedo darte otra libra de hierro en bruto.

Estupefacto pero divertido, un contertulio se animó a

comentar:

—¿Cómo? ¿Te estás dejando robar por este chapetón, muchacho?

Haciéndose el tonto, Acuña repuso:

—Don Segundo y yo sabemos qué trato hacemos.

Losada simuló entonces un pase de tauromaquia.

—¡Déjalo, hombre! —dijo—. Él sabe lo que hace.

Tomó el paquete en sus manos y lo colocó en una de las balanzas.

—A ver, a ver —rezongó para sí—. Esto lo ponemos en la balanza de comprar.

La balanza indicó una libra escasa. Losada colocó un montoncito de hierro en bruto en la otra balanza.

—Y esto en la de vender —coronó.

La otra balanza indicó su libra peculiar y caprichosa. Con ademanes arteros, meticulosos, Losada empaquetó el hierro. Entretanto, feliz de ser estafado, Acuña indagó como al descuido:

—Don Segundo, ¿se enteró ya de los asaltos? ¿No teme que lo roben?

El español hizo a un lado el paquetito con el hierro, adoptó una actitud estatuaría y fingió hundir unas banderillas de escarnio en un toro imaginario.

—¡Ea, chaval! —se mofó—. ¡Ya les darán por el culo a esos novatos antes que puedan tocar mi fina estampa!

—Yo no estaría tan seguro —conceptuó el muchacho, con una risita.

Con unos ojos péndulos, que deseaban denotar obviedad, Losada suspendió todo quehacer y condujo a Acuña hasta las cerraduras de puertas y ventanas, que verdaderamente hacían de la tienda una fortaleza.

—¿Qué no? —dijo, ebrio de jactancia—. Vamos, chaval, observa bien.

Incapaz de caer en la cuenta de su propia candidez (pues no está ello, se hubiera dicho Saturnino Torrealba, al alcance de un español, apodíctico por naturaleza, a quien hayan, por lo demás, azuzado su farolería), fue mostrando sin más al estudioso intruso su complejo de picaportes y de ventanas forradas en láminas de hierro. Dominguito tomó cuidadosa nota de todo.

—¿Cómo podrían conmigo esos bisoños? —continuó jactándose el chapetón—. ¡Vamos, chaval, móntate aquí!

Le había indicado montarse en un signo fálico hecho con los dedos. Dominguito Acuña fingió turbación, sonrió con simulada inocencia. Luego tomó el paquete de hierro en bruto y salió del almacén. Losada se reincorporó a la tertulia. Batiendo el compás, y añadiéndole una tonadilla de moda, cantó los versos del Arcipreste:

—*No hay mercadero
bueno sin dinero,
y yo no me pago
del que no da algo*

ni le doy posada.

Estaba radiante por el mezquino negocillo que acababa de hacer. Uno de sus contertulios, sin hacer más caso del asunto, volvió al tema de antes y, esgrimiendo un periódico, dijo:

—Miren lo que dice el editorial de *La Civilización*. Dice que Baccellieri puede estar mezclado en los robos. Que es “uno de los más ardientes apóstoles del socialismo, a cuya elocuencia se debe en parte la propagación de esa doctrina entre los miembros de la Democrática”.

—Quiá, hombre —denegó Losada—. A Baccellieri lo expulsaron hace poco sus conmlitones.

Acuña, en tanto, había tomado la calzada cuesta arriba. En sentido descendente, vio venir justamente a Baccellieri y a Arturo Troches.

—Es una súplica que le hago, doctor —encarecía el sureño—. Acépteme esa pequeña suma mensual por alojarme.

Baccellieri sacudió la cabeza.

—Sólo si no le hace falta, Arturo —repuso.

En ese instante se cruzaron con Dominguito. Este hizo a Troches un guiño de inteligencia.

La vasija con dibujos de dos aves fénix provenía de los hornos de Cizhou, en tiempos de la dinastía Yuan. En cambio, el redondo jarrón de porcelana blanca, con un albo dragón rodeado de olas o de arborescencias azules, era herencia de la Ming, a la cual pertenecieron dieciséis emperadores y que fue borrada por los manchúes. ¿Cuántas dinastías se habrían

necesitado para dotar este complicado salón, que nadie hubiese imaginado de una aterida y provinciana capital andina? Los biombos japoneses, las porcelanas francesas, la tetera rusa de plata con hornillo, los cuadros mediocres pero metidos en marcos florentinos, las consolas estilo Luis XVI que sostenían relojes alemanes, candelabros ingleses o pequeños bustos de poetas latinos, el diván ahora pecaminoso, todo allí rezumaba foraneidad, un gusto exótico y caro, un ansia acaso de deslumbrar, una rampante incontinenencia.

Los cinco enmascarados se apersonaron de improviso, sin que fuese posible barruntar cómo entraron. Troches, al frente de ellos, se quitó el desusado sombrero con pluma e hizo una pronunciada y cómica reverencia.

—¿Nos encontramos —preguntó, irónico— en presencia de doña Agustina Yáñez de Torrealba o, según palabras del Libertador, de “la pizpireta y más que pizpireta, bellísima Agustina”?

La esposa de Saturnino Torrealba los miró con rostro impávido. Era una mujer habituada, desde los tiempos de las campañas de Independencia y desde los albores de la república, a sobresaltos y conspiraciones. De un solo golpe de vista se hizo cargo de la situación y prefirió precaver ante estos malandrines su prestigio o su halo de dama inasible e inaveriguable.

—Sé quiénes son ustedes —se limitó a declarar, mientras reunía en torno a sus faldas a sus dos hijas gemelas, ambas con el asombro aflorado a los ojos, a esos mismos grises y lacónicos ojos que eran los de Saturnino y que Saturnino había llegado a temer—. Mi marido no está, como obviamente lo saben. Roben, hagan lo que quieran, pero absténganse de

ultrajarme.

Troches tuvo que contener, tras la máscara nariguda, una salvaje risotada.

—Le aseguro —dijo, zumbón— que no tocaremos ni la orla de su crinolina.

No eran más de las seis de la mañana y los habitantes de la casa apenas se aprestaban a tomar el desayuno. La mujer se movilizó hasta lograr acomodarse en un sofá de rollo, rodeada por las niñas. Tratando de hacerlo sin pestañear, notificó:

—Les prometo que de esta habitación no saldré, mientras ejecutan su vileza.

—No hay cuidado —prometió Arturo. Luego, dirigiéndose a Ladino: —Tú, doctor, encárgate de mantener a raya a la servidumbre. Tú, Marín... —se avergonzó de haber delatado un nombre, pero el antifaz ocultó su rubor—, tú cuídala, no sea que incurra en alguna lamentable imprudencia. Nosotros haremos, mientras tanto, la requisitoria.

Tres de ellos se entregaron, pues, a revolver la casa. En cosa de minutos, todo era un caos indiscernible. Cajones, ropas y un variado género de objetos se veían esparcidos por el suelo.

Agustina, con forzado aplomo, bebía un café en la sala. Las gemelas enmudecían.

Troches exhibía en alto una bolsa de monedas de oro. Se encontraba, con Bocanegra y con Froilán Díaz, en la alcoba principal, llena de abejas y de volutas de caoba.

—Muy confiado don Saturnino —opinaba—. Predicar por años la necesidad de la incorporación de la banca extranjera al país y guardar en casa tan hermosas sumas.

Bocanegra sostenía en una mano un crucifijo de plata. En la otra, un ancho saco, donde iba depositando el botín.

—Una fortuna valdrá este Redentor —dijo con sorna.

Lo insaculó. En ese instante, Troches pareció recapitular e iluminarse con alguna idea repentina. Marchó hasta la cabecera de la cama matrimonial, cuyas holandas y cobertores seguían intocados. Levantó una de las almohadas. Reposada, casi se dijera que inofensiva, halló allí la pistola de cachas de nácar, regalo de Cliff Hone, con que Saturnino practicaba el tiro y que, alguna vez, había sido elocuentemente admirada por Filiberto de Onzaga.

—Ya lo sabía —se felicitó—. A don Saturnino le place dormir con una pistola acariciando su mejilla. Miren qué primor.

La expuso a la admiración de los otros, pero se la ajustó en el cinto. Aquél tenía que ser un trofeo personal. Joya semejante no podría desperdiciarse en guerras de montoneras.

Se disponían a marcharse cuando un estropicio se dejó oír al fondo de la casa. Agustina saltó del sofá de rollo, pero Marín la sosegó con un ademán terminante. Sin pensarlo dos veces, Troches abandonó la alcoba y corrió hacia la parte trasera. El aire frío del patio trepanó sus fosas nasales. El ruido y los gritos procedían del ramal donde se suponía que Abelardo Ladino mantenía inmóviles a las criadas. Arturo comprendió lo que ocurría y se reprochó su torpeza. El incidente en casa de Alfonsina Ureña de Holmes debió curarlo para siempre de encomendar al doctor misiones que implicasen perderlo de vista. Invaticinable y torcido, Ladino jamás hizo caso de reprimendas, así procedieran del general Montalvo.

Pese a la cólera que lo embargaba, la escena casi lo hizo reír. En la habitación común, el doctor había atado a las dos sirvientas viejas. A la joven, una mulatita de unos quince años, la tenía sujeta a la cama con sus brazos y piernas de atleta, mientras la penetraba su virilidad desaforada. Las prietas nalgas de Ladino se veían desnudas al aire y tentado se sintió Troches de descargar sobre ellas el arma de Saturnino Torrealba. En cambio, retiró al hombrachón asiéndolo por el cuello de la camisa. Para entonces, el doctor había eyaculado ya en el interior de Milena, que profería alaridos de espanto y, viéndose desembarazada de los brazos fornidos del depredador, levantó uno de los suyos y con nerviosos dedos le arrebató el antifaz.

Sólo ella logró ver el rostro del asaltante, antes que éste volviera a calzarse la máscara, pero fue una visión nítida y definitiva.

Troches sacó al doctor a empujones y emprendieron la fuga.

Losada batía palmas como al són de algún ritmo andaluz y cantaba:

—*La violaron,*
la violaron,
violaron a la negritaaaaa...

Uno de sus contertulios indagó, picado por la curiosidad:

—¿De qué hablas, chapetón?

—Vamos, papamoscas —replicó el comerciante—.

¿Pues no sabes que a la chavala que Torrealba compró al general la violaron los ladrones?

La noticia había circulado, por culpa de la lengua fácil de una de las antiguas criadas.

—Puros infundios —repuso el otro—. De todos es sabido que los asaltantes se conducen como caballeros.

—No esta vez, gilí, no esta vez. Ay, olé, olé,

la violaron,

la violaron,

violaron a la negritaaaaa...

—En fin —dijo el contertulio—, pronto la policía los...

—¡Eso si fuera en España! —cortó el farolero, olvidando que España había precisado la ayuda de impunes forajidos para expulsar a las tropas napoleónicas—. Que en un paisucho de éstos, los ladrones mandan parada.

Algunos de los presentes protestaron. Al fin y al cabo, Losada era un refugiado.

—Gilipollas, sois aún de éstos a quienes “duele la patria” ¡Por aquí se va a Sevilla! Que os duela el bolsillo, chavales.

Y siguió palmoteando y bailando:

—*Se las traen,*

se las traen,

las traen los perdulaaarioooooooooos...

Torrealba volvió como un rayo a la ciudad, no bien un

recadero lo puso al corriente de todo. Lo primero que dispuso, después de consolar con sinceros arrumacos a Agustina, fue que todos en la casa se abstuvieran de suministrar mayores informaciones a la policía. Su decisión causó asombro, pero a la postre él era abogado y sabría de fijo lo que decía.

A nadie se le hubiera ocurrido que trataba tan sólo de protegerse. El rumor de que Milena había sido violada se había propagado por doquier, mas no pasaba de ser eso: un rumor. En cambio, una denuncia escrupulosa obligaría al consiguiente examen forense, que habría de dejar en claro que la joven mulata no era doncella en el momento de ser forzada. Temeroso del despecho de Agustina, a quien seguía amando por encima de los fugaces y triviales impulsos de la lujuria, Saturnino se limitó a informar el monto de lo robado. Ni una palabra dijo sobre la violación, pese a ser requerido en tal orientación por las autoridades.

De ese modo, Milena no rindió nunca testimonio, ella que fue la única en ver el rostro de uno de los asaltantes. Para ello se alegó su minoría de edad. Deseosa de hacerlo, en algún momento de pasajera intimidad, mientras le servía el té, dijo a Torrealba:

—No entiendo, don Saturnino, por qué no me deja hablar. Yo le vi la cara a ese bandido. Es un hombre de facciones horribles, de ojos muy raros, con una chivera sucia y una cicatriz en la mejilla. Podría reconocerlo si lo veo.

—Cállate —le ordenó él—. Hazme caso. No te conviene que sepan que fuiste violada.

Por lo demás, a los ojos de Agustina, la mulata no era virgen ahora y ello se achacaría con paradisiaca simplicidad a

los asaltantes. Visto que las gemelas no habían abierto la boca, Torrealba podía sentirse a cubierto. Ahora sabía, por lo demás, que si algo había sentido por la mulatita, fue cierto convulso deseo mezclado de un oscuro y tenue amor. Un sentimiento, en fin, al que la agresión violatoria había borrado toda magia. A partir de ese día, no acudió más a las citas de las dos de la madrugada. Curiosamente, sin que él lo supiera nunca, Milena no volvió tampoco.

Arturo Troches remaba, en un bote, por uno de esos pequeños lagos altiplánicos que hacen rizos de luz aun bajo los celajes de la tarde mohina. En el otro extremo de la embarcación, cadenciosamente zarandeada por el oleaje, Graciela ostentaba un bello vestido de tafetán y un sombrero floreado y alto. Los envolvía el paisaje plácido y gris de la meseta, con sus cipreses incorruptibles y olorosos bordeando avenidas campestres, sus encenillos de ruda corteza, sus cerezos fogosos y sus sauces babilónicos que vertían sobre las aguas el amplio y claudicante follaje.

Aquella tarde, era como si el cielo de la altiplanicie, aterido, hubiese querido arrebujarse en un poncho de neblina, pero un día de campo no era algo que les fuese dado elegir libremente. Con leve ceño, ella musitó:

—No parece darte cuenta de cuán peligrosa es ahora la situación.

Atendiendo al rumbo del bote, él repuso con indiferencia: —Confía en mí, amor.

Graciela elevó el tono de su voz, segura de que él no calibraba la envergadura de sus preocupaciones.

—No es lo mismo —dijo— asaltar a los Holmes Ureña

que a Saturnino Torrealba. El buscará venganza, te lo aseguro.

Ahora, Arturo había reparado en su extrema angustia.

—No le daremos tiempo —explicó—. Habrá sólo un último asalto. Huiremos tú y yo al hondo sur, donde el paisaje es bastante más estimulante que éste.

Ella vio cómo el bote viraba en ese momento hacia los débiles juncos y hacia las erectas gramíneas de la ribera.

—Dios así lo quiera —suspiró.

Arturo ató la embarcación y la ayudó a descender. Se tendieron, uno junto al otro, sobre la hierba húmeda, cerca a la crin de animal manso de un sauce. El empezó a besuquearla, mientras sus dedos jugaban en la abertura de la blusa. Graciela titubeó y se sintió incómoda antes de revelar:

—Arturo... Somos tres los que iremos.

—¿Qué quieres decir? —se preocupó él.

La joven miraba al cielo gris en el instante de declarar lo que ya él podía imaginarse.

—Espero un hijo... tuyo.

Troches se apartó y se extendió de espaldas sobre la hierba. Arrancó un matojo herbáceo y lo mordisqueó.

—¿Estás segura? —inquirió con aire extraviado.

Ella se incorporó a medias, antes de confesar:

—Tengo miedo.

El volvió a estrecharla, esta vez con mucha fuerza.

—Nada temas —dijo—. Te amo... Muy pronto,

estaremos lejos.

—No puedo evitarlo. Tengo miedo —insistió Graciela.

El cielo se había agrisado aún más. Gruesos goterones se desprendieron de su tersura encapotada, aterciopelando el paisaje.

Apoyado en un bastón ordinario, siempre con su tosca indumentaria, Segundo Losada regresaba a su almacén en la hora en que decaía la luz. Era domingo, no había abierto en todo el día, había pasado la tarde viendo riñas de gallos en un suburbio del sur. Le flotaba en los labios una sonrisa medio estúpida.

Lina anciana muy humilde, arrebujada en un bayetón, se cruzó con él a pocos pasos de la tienda.

—La semana entrante paso a verlo, don Segundo —dijo.

—Hazlo sin falta, ea —respondió el comerciante—, que mucho han crecido ya tus intereses.

Con una mueca de fastidio prosiguió su camino. No, no era la acreencia lo que incubaba ese fastidio. Al fin y al cabo, si la vieja perseveraba en la deuda, él sabría cómo despojarla. Era su vida, su propia vida. Solterón a su edad, habitando como un mendigo —pese a sus buenos caudales— una de las más sórdidas buhardas del almacén, su vida carecía de razón, aunque él mismo no se percatara de ello. Lo ahogaba el hastío. Veintitantos años atrás había desertado de una guarnición española en el Surgidero de Batabanó y se había refugiado en esta república medio arruinada, que aún abría las puertas a los prófugos de España. Si la libertad, como lo había creído, se encontraba en América, no era ciertamente en el Surgidero de Batabanó. Más bien la había hallado en este frío altiplano, lleno todo el año de neblinas otoñales, pero también de gentes a quienes todavía imponía el acento ibérico. Gentes a quienes dulcemente se había habituado a desposeer, porque la ley así se lo permitía.

Había llegado a la puerta de la tienda. Extrajo del bolsillo un manojo de llaves. Iba a meter una en la cerradura, cuando dio un respingo.

—¿Qué es esto? ¡Me cago en diez! —exclamó.

Empujó suavemente y la puerta se abrió sola, con un tenue chirrido. Losada entró con precipitación. Lo mordía la angustia. Apenas dominó los nervios para rastrillar una cerilla y prender una vela de sebo, a cuya trémula luz pudo observar el desorden que reinaba en el local: cajones volcados, arcones revueltos, mercancías tiradas aquí y allá.

Desde un lugar incógnito, oyó maullar al gato.

La respiración del usurero se tornó violenta. Abrió la

puerta de un armario y, con un maullido horrible, afuera las temibles uñas, sintió saltar sobre su pecho al animal, que sin duda había sido, de intento, encerrado en el mueble. Lo rechazó con pavor. El gato rodó y huyó, presa de pánico. Losada abrió entonces cierto cajón del mostrador y comprobó que estaba vacío.

—¡Que me toquen la solfa! —gritó.

A la luz de la vela, abrió otros y otros cajones. Una serpiente de hielo trepó su espina dorsal.

Salió desalado a la calle, embrujada por el crepúsculo. Gritó con todos los pulmones, mesándose el pelo.

—¡Socorro! ¡Socorro! ¡Ha ocurrido una catástrofe!

Un grupo de transeúntes, como un ovillo de sombras, fue congregándose poco a poco en su torno.

—¡Me han robado! —aullaba el chapetón—. ¡Me han descascarillado como a una patata! ¡Se han llevado el trabajo de mi vida!

Había ya un considerable número de personas frente al almacén, que más pensaban en divertirse a costa del usurero que en prestarle algún auxilio.

—¿Pero es que no me entienden? ¡Me han desvalijado! ¡El trabajo de una vida honrada! ¡En uno de los arcones había mil onzas de oro! ¡Como veinte mil duros!

A algún curioso se le ocurrió preguntar:

—¿Pero quién lo robó, señor Losada?

Con gesto de obviedad en el rostro demudado, el español contestó:

—¡Que te solfen la cochina cuera! ¡Si serás bruto! Pues
¿quién habría de ser? ¡Los ladrones, hombre, los ladrones!

XI

—Prometiste que sería el último.

Se lo recordó con ansiosa contrariedad. A esa hora, el portón de San Agustín se encontraba ya cerrado y trancado. En el pórtico de la iglesia, se guarecían del aguacero torrencial, cuyas hebras eran como agujas glaciales. Con sincera angustia, Troches repuso:

—Confiaba en ello. Pero el gobierno está armado hasta los dientes. Una nueva guerrilla exigiría lo menos...

—Cosa de nunca acabar —interrumpió Graciela, sobre cuyo rostro, del sombrero, caía un discreto velo negro.

Oliva tiritaba a su lado y, al oír el silbo asiduo del viento, que arrojaba sobre ellos ráfagas de agua, no ocultaba su nerviosismo.

—Desde luego que no —trató de argumentar Arturo—, pero...

—¿Tiene realmente sentido armar esa guerrilla? —tornó ella a interrumpir—. ¿Tanto que coloque nuestro amor en entredicho?

El hombre agachó la mirada.

—Si yo no amara a mi pueblo —indagó—, ¿qué tendría derecho a amar?

—¿Nunca te has parado a considerar —articuló ella vagamente— la posibilidad de que estés equivocado?

De entre la cortina de la lluvia, como un fantasma de neblina, emergió entonces una figura. Parecía ágil y decidida.

Graciela se sobresaltó. Pronto vieron acercarse, empapado, con el sombrero chorreante, a Dominguito Acuña. Troches le gritó, con una especie de repulsión:

—¿Qué quieres? ¡Véte!

Pero el herrero no se apartó ni una pulgada. Con su faz angulosa, de pie bajo el agua y entre la noche, exigió:

—Quiero mi parte. Hace más de veinticuatro horas, ustedes entraron, gracias a mis conocimientos de cerrajero, a la tienda del español.

Ante el mutismo del otro, reiteró:

—Quiero mi parte.

—Eres impaciente, ¿verdad? —lo acriminó Troches.

Graciela intentaba ocultar su rostro. Sentía vergüenza de er vista ahí, en tal compañía, a hora tan avanzada. De pronto recordó, con un suspiro, que la sola cara de Oliva equivalía a hallarse en ese mismo sitio en paños menores o algo por el estilo. El herrero replicó:

—Mi familia tiene hambre, señor.

—Está bien —asintió Arturo. Hundió la mano en un bolillo. Sacó la bolsa. La vació en la otra mano. Tendió a Dominguito la totalidad del contenido.

—Toma —dijo—. Es todo lo que llevo encima.

El muchacho recibió el dinero, pero permaneció en su sitio.

—Ahora, vete —ordenó el otro, irritado.

Acuña habló mirando de hito en hito las onzas de oro:

—¿Me cree tonto? —increpó.

—¿Qué más quieres? —se exasperó el montavista. Aquel joven bribón no dejaba de inspirarle cierta simpatía, pero quería reservar estos instantes para Graciela y no para pleitos de poca monta.

—Todos saben —arguyó Dominguito— que en uno solo de los arcones de Losada había más de mil onzas de oro. Usted me ha dado diez onzas.

En medio de la noche y de la lluvia que lo emparamaban, Troches sintió una ola de calor inundarle la cabeza.

—Escucha, muchacho —dijo—. Tu codicia no encaja en nuestros planes. Asaltamos para recaudar fondos políticos. Acéptalo y vete.

Con una mueca de risa, el herrero se desconcertó:

—¿Fondos políticos? ¿Me cree tonto?

Troches lo miró con ira.

—Piensa lo que quieras. No tendrás un centavo más.

—¿Qué me dice de ir con la policía? —amenazó Acuña entonces, muy nervioso—. Puedo ir con la policía.

—No repitas eso —advirtió Arturo.

Pero Dominguito Acuña parecía desesperado. Era evidente que había forjado ambiciosos proyectos con su parte del botín.

—Me engañaron —se empecinó—. Voy a denunciarlos.

En un acceso de cólera, Troches sacó del cinto el arma de cachas de nácar robada en casa de Saturnino Torrealba. Tomó a Acuña por el cuello y colocó el cañón de la pistola en la punta de su nariz.

—Óyeme bien, bebé—conminó—. No se te ocurra repetir eso. Una sola palabra sobre esto y habrás cavado tu tumba. Ahora, vete.

Acuña retrocedió, espantado. Aún demoró bajo la lluvia unos cuantos pasos más allá, pero debió recapacitar y se marchó. Troches volvió a ajustar el arma en el cinto.

Graciela había seguido el desarrollo de la escena con cierta atónita tristeza.

—Te lo dije —murmuró—. Pronto será muy tarde.

Arturo se aseguró de que la figura de Dominguito se hubiese disuelto en medio del encaje de la lluvia, antes de hablar.

—Habrá sólo un último asalto a casa de Laureano Arcila —dijo—. Después, huiremos.

Los ojos de Graciela centellearon bajo el velo oscuro.

—La elección no es ahora entre la política y yo —declaró—. Será entre la política y tu hijo. A mi marido no podría engañarlo. Sabría que el bebé no es suyo.

Arturo se paseó errático, unos segundos, por el pórtico. Luego la encaró y articuló, con aire de súplica:

—Sólo un par de días...

Graciela postuló inflexible:

—Ahora, Arturo. O jamás.

La luz de un farol callejero, filtrada a través de los cristales y tenues cortinas de la ventana, de espaldas a la cual se encontraba instalado frente al escritorio, magnificaba en la pared del fondo la silueta de Filiberto de Onzaga, asimilándola a una especie de gorila fantástico que acechase a su propio dueño. El despacho, sumido por lo demás en la penumbra, se había tornado inexistente desde el momento en que su habitante dejó, unos momentos atrás, de pensarlo como contorno, por aquello de Berkeley —a quien Onzaga, desde luego, nunca oyó mencionar— según lo cual el mundo material externo sólo existe en cuanto es percibido por el *yo espiritual*.

Y el *yo espiritual* de Onzaga estaba, hacía rato, lejos de allí. Estaba en los albores del siglo, en su infancia feliz de criollo, cuando retozaba entre los secaderos o entre los cañizos donde los indios, míseramente remunerados por su padre, extendían las hojas de tabaco. Cuando lo llevaron a estudiar a Pamplona, esa hermosa ciudadela toda de blanco, en cuyas iglesias y claustros abandonó para siempre la idea de Dios, pero en donde se juró perseverar, en cambio, en ésa que juzgaba útil fantasmagoría, para arredrar con ella a aquéllos a quienes necesitase explotar. Pronto su mente derivó hacia aquel remoto treinta de octubre en que, en la plazoleta de San Francisco, vio fusilar al botánico Heriberto José de Mieles, sin que se le diese un ardite de aquel iluso independentista que, según decían, se había entregado años atrás a nimiedades tales como medir las alturas hirviendo agua o trazar el mapa del virreinato del Perú.

No; a él lo absorbían materias mucho más prácticas y sólo admiraba al que era capaz de hacer dinero. Aceptó la

Independencia como un hecho, pero igual hubiera aceptado la persistencia del poder español. En ambos regímenes, tenía asegurada su prosperidad. Desde luego, rehusó entrar en la famosa conspiración contra el Libertador, cuando así se lo propuso su joven amigo Saturnino Torrealba. Al Libertador lo recordaba por última vez en su desfile desde la plaza y alameda de San Victorino hasta el palacio presidencial, el quince de enero de 1830, escoltado por todos los regimientos de milicias de caballería de la meseta. Repicaban las campanas, asordaban las salvas, las gentes atestaban torres, ventanas y balcones. Pero esa caravana triunfal era un entierro y él lo sabía y de ello se alegraba. Jamás le simpatizó ese guerrero impetuoso, con humos de intelectual, que siempre parecía oponerse a las soluciones pragmáticas.

A las simpatías por Laureano Arcila adhirió simplemente porque, a despecho de su origen atlántico, parecía un hombre sensato, lo suficientemente conservador, y además porque, al ser elegido vicepresidente en 1843, había adquirido un poder que a él podía resultarle beneficioso. Lo había movido, pues, la conveniencia, igual que a Graciela al someterse a ser desposada por un viejo como él. ¿Por qué se encaprichó con Graciela? No; no porque necesitase compañía: prostitutas caras podía pagarse las que quisiera. Fue por Arcila, que logró persuadirlo de que un político soltero puede dar lugar a rumores. La juventud y la belleza de su mujer, en cambio, le granjeaban ahora mayores atenciones que aquéllas que su soltería había llegado a inspirar. Claro, claro, era conveniente estar casado con ella... Y, sin embargo...

Sin embargo, otro género de rumores se suscitaba ahora. De ello era consciente. La redondilla del borracho y

otras habladurías no podían ser gratuitas. Graciela Fernández le era infiel y, de no hallarse sometida a una rígida vigilancia, de no rondarla siempre la muy leal Oliva, acaso no dudaría en... La palabra *duda* horadó su mente, lo sacó de la reflexión y lo precipitó en la cavilación. ¿Por qué aquel estrambótico silencio en la casa? ¿Por qué esta sensación de hallarse solo y burlado? Ah sí, Graciela le había asegurado que padecía jaqueca, que se recogería temprano. Pero, ¿qué podría encubrirse tras ello? ¿Acaso un nuevo ardid? Se levantó del escritorio y, a tientas en la penumbra, se dirigió hacia la planta alta.

En el corredor de arriba, encontró una palmatoria con una vela, que encendió con una cerilla. La alzó y se llegó hasta la alcoba de su mujer. Tiempo hacía que dormían separados, y él jamás había tratado de espiar su sueño. Pero hoy... Hoy la calidad del silencio era distinta. Ingresó, pues, en la habitación en tinieblas. La vela hizo espectral el conjunto, aguzando su imperiosa soledad. No obstante, el contorno del cuerpo de Graciela se insinuaba a las claras bajo las frazadas. Sí, sí; estaba allí. ¿O bien...? La duda volvió a martillarle. Retiró las frazadas de un tirón. El despecho se reflejó en su rostro al comprobar que la forma en el lecho no era la de su mujer, sino un simulacro construido con almohadas.

El aguacero seguía azotando y brillantando el empedrado, por cuyas cunetas se arrastraba el agua sombría. Graciela, Oliva y Arturo se detuvieron, emparamados, a unos diez pasos del portón de Onzaga. Ignoraban que éste, mientras se ajustaba la levita, observaba la escena desde una ventana. La diferencia de temperaturas afuera y adentro había empañado los cristales y, vistas a través de ese vaho, las luces exteriores cobraban un halo inmenso, radioso, lúgubrememente amarillo, que

tornaba fantasmagórica la ciudad.

Troches insistía:

—Trata de comprender. Veré cómo ponerlo todo en orden.

Recatada por el velo, nerviosa por la proximidad del hogar conyugal, Graciela se limitó a mirarlo con ímpetu. La vehemencia con que lo emplazó en el pórtico de San Agustín no pasaba de ser —y lo sabía— un énfasis desesperado. Si él determinaba no llevarla, no sacarla del entorno en que, sin remisión, se hundiría en la ruina, ¿qué le quedaba sino permanecer a merced de la cólera o de la improbable piedad de su marido? No tenía armas, sólo argumentos con qué persuadir a Arturo. Y Arturo, sin ignorarlo, propendía a plegarse, dando con ello una prueba de amor. Trató de imaginar adonde iría con él, cómo sería ese hondo sur, y logró sólo recordar una acuarela en casa de su madre, que copiaba los jardines de la villa Negroni.

Hizo señas a Oliva de que se encaminaran sin demora hacia la puerta excusada utilizada para esta fuga nocturna. Arturo las vio internarse por ella, con una punzada de angustia. Defendiéndose del agua implacable con sombrero y solapas, siguió adelante por la calzada.

Onzaga salió por el portón principal y vio el bulto de Troches, del evidente amante de su mujer alejarse una media cuadra más allá. Una corazonada lo impulsó a seguirlo bajo la lluvia.

Lo vio entrar en uno de esos rancios ventorrillos con racimos de velas colgantes del techo, fantasmal en su iluminación pestañeante, en donde se expendían víveres y

licores. Tras el mostrador, a la luz de una lámpara de aceite, el propietario, un hombre lento de frondosos bigotes, servía vasos de chicha a una clientela turbia, en el ambiente cargado de humo de tabaco. Troches se acercó.

—Un canelazo, por favor —ordenó.

Desde las sombras de la calle, Onzaga observó cómo el sureño bebía la mistela con aire preocupado. Y, en efecto, se preguntaba si podía confiar en que sus compinches, por sí solos, hiciesen llegar el botín al general Montalvo. Irónicamente, del que más recelaba era de Ladino. Pensaba a la sazón que Graciela era una prioridad. El senador lo vio depositar el vaso en el mostrador, con ademán resuelto. Lo oyó preguntar:

—¿Cuánto debo?

—Dos reales —informó el propietario.

Troches hundió la mano en el bolsillo para sacar la bolsa. Sólo entonces recordó que la había vaciado, haría una media hora, en el pórtico de San Agustín, en manos del impertinente Dominguito Acuña. En otras palabras, que estaba sin blanca.

—Demonios, lo había olvidado —masculló para sí y, luego, al propietario: —Olvidé que no traía dinero, pero vivo cerca.

—Sin pagar, no puede salir —advirtió el hombre tras el mostrador.

—Vivo cerca —reiteró Arturo.

El tendero lo miró a los ojos, sin alterarse.

—¿Cómo sé que va a volver? —demandó.

Troches hizo un gesto de fastidio. Finalmente, extrajo del cinto la pistola de cachas de nácar. Lo hizo distraídamente, embargado por la preocupación.

—Esto servirá —dijo—. Tómelo en garantía mientras traigo el dinero.

El propietario asintió con los ojos. Onzaga seguía espionando los movimientos del amante de su mujer desde la calzada. Ahora, su mirada quería abandonar las cuencas. Acababa de reconocer la pistola que tanto había elogiado a Saturnino Torrealba. Se replegó para no ser advertido por Arturo al salir. Una vez lo hubo visto perderse por entre el dédalo de calles, ingresó en el establecimiento. Se plantó frente al mostrador. El tendero descubrió con asombro su presencia. No eran lugar ni horas para tan preclaro caballero.

—¡Senador Onzaga! —exclamó, obsecuente—. ¿En qué puedo servirlo?

El otro lo miró con autoridad.

—El hombre que acaba de salir le dio una pistola en prenda —estableció, sin más circunloquios.

El señor del exuberante bigote dijo que sí.

—Déjeme verla —exigió Onzaga.

Siempre bajo la lluvia, Arturo había dado tres golpes en el cristal empañado de la ventana de la habitación de Oliva, que daba a la calle.

Dentro, en el cuarto dotado tan sólo con un camastro, una cómoda y un crucifijo de madera, la joven negra saltó en

camisón de entre las sábanas. Sin abrir, preguntó:

—¿Quién es?

—Yo, Arturo Troches —oyó susurrar a una voz afuera—. Escúchame bien. Di a tu señora que al alba vendré por ustedes. Nos iremos.

Pese a haber reconocido bien la voz, Oliva estaba temblando.

Serían las cinco de la madrugada cuando, vestido como para viajar, con sombrero alón y botas de montar, Arturo salió de la habitación que, desde su llegada a la ciudad, ocupaba en alquiler en casa de Ovidio Ramón Baccellieri. En bata hogareña, el abogado, madrugador como le había complacido serlo toda la vida, leía en un sillón, frente al busto de Aristóteles. El libro que sostenía en las manos ostentaba un modesto título, a despecho de su severo latín: *Adagiorum chiliades*.

Al levantar la vista, advirtió que su inquilino traía consigo un atado y una valija.

—¿Se marcha usted? —preguntó, arrugando el ceño.

—Debo hacerlo, doctor —confirmó Troches.

El abogado lo interrogó con los ojos, cual si tuviese incumbencia en la decisión, al tiempo que empezaba a liar uno de sus cansados cigarrillos.

—Usted, doctor, sabe mejor que nadie cómo andan las cosas por el sur —se disculpó el otro—. Para mí no veo otro destino que unirme de nuevo a las huestes montalvistas.

Deseaba, ante todo, que Baccellieri no relacionara su

viaje con la inminente desaparición de Graciela Fernández de Onzaga. Que nadie en la ciudad lo relacionara, hasta tanto hubiesen colocado una circunspecta distancia entre ellos y el altiplano. De otro modo, los perros de presa caerían sobre ambos en cuestión de días.

Al pensarlo así, desvió los ojos hacia la lechuza disecada sobre el reloj de péndulo, y sintió como si lo observase torvamente. El abogado se limitó a contemplarlo con cierta gravedad y a musitar:

—*Dulce bellum inexpertis.*

Los latines de Troches eran, por supuesto, limitados. Amablemente, pidió al querido doctor ser más claro.

—Acabo de leerlo aquí, en Erasmo de Rotterdam —condescendió a explicar el abogado, mientras encendía el tabaco—.

Traduce algo así como que sólo para quienes no la han experimentado puede ser buena la guerra.

El sureño rio con cierta franqueza. Siempre lo había entendido así: Baccellieri era un pacifista incurable.

—Parece olvidar, doctor —dijo, sin borrar la sonrisa de sus labios—, que yo sí que he experimentado la... *jmatribus detestata*, dicen también en latín? No, no amo el olor de la sangre; pero me he visto condenado a vivir rodeado de él.

—Lo sé, lo sé —convino el otro, lanzando a lo alto una bocanada—. Nadie en este mundo ha vivido como quiso. Yo, fíjese usted, hubiese deseado fundar una familia, ser amado. ¿Adivina por qué no he conseguido hacerlo?

Un tanto incómodo, Arturo denegó con la cabeza.

—Soberbia, amigo —confesó el doctor—. Jamás me le declararé a una mujer, por horror al ultraje de una negativa.

Troches no atinaba qué decir. Debía ir cuanto antes por Graciela, a quien había prometido partir hacia el alba, y ahora este viejo profesor (este fracasado, pensó en un relámpago y se arrepintió), tan habitualmente hermético, resolvía tomarlo por confidente.

—Pero no me haga caso —suplicó entonces Baccellieri, adivinando acaso los pensamientos de esp individuo que (cosa rarísima) había respetado las costumbres de la casa—. Lo de *dulce bellum inexpertis* no lo decía por usted. Sólo que me parece que Montalvo haría mejor en practicar la política. De seguro, podría llegar a ser el próximo presidente.

—Son asuntos acerca de los cuales habrá que discutir—habló por fin Troches—. Por ahora, doctor, quisiera compensarlo por desocupar tan inopinadamente mi alojamiento.

—No es necesario, créame... —aseguró Baccellieri.

—Insisto —dijo Arturo. Y llegaron a una avenencia.

Había escampado. Por una escalerilla que daba a un pequeño patio de caballos, en el cual se hallaba a su turno la puerta excusada, Graciela bajaba sigilosamente con una valija, hostigadas sus fosas nasales por el olor agrio del estiércol remojado. Oliva la seguía demudada de miedo.

—Cuidado. No hagamos ruido —la previno la señora.

Se refugiaron en un recodo abundante en arbustos, cerca de la puerta.

—No debe tardar.

Los cerros acusaban ya un ribete entre rosa y amarillo, señal de que el sol despuntaría muy pronto. Y, en efecto, jinete en un caballo moro y con otros dos del cabestraje, Arturo Troches acababa de desmontar frente al ventorrillo donde había dejado la pistola de cachas de nácar. Ató las bestias a un poste y avanzó hasta el mostrador.

A más del propietario, había ahora en el establecimiento dos hombres enruanados, con el rostro casi oculto por los sombreros. Aparentaban beber y conversar. Dirigiéndose al tendero, en tono casi displicente, Troches comunicó:

—Vuelvo por la prenda.

El propietario lo miró con dureza, sin responderle. Uno de los hombres se acercó, extrajo del cinto la pistola de Saturnino Torrealba y preguntó:

—¿Esta prenda, sumercé?

Troches entendió la celada. Como una exhalación, salió por la puerta, con los policías pisándole los talones. Montó velozmente el caballo moro y salió al galope, abandonando a los otros dos. Estos fueron cabalgados a su vez por la pareja de policías secretos, que emprendieron la persecución.

Los cascos resonaban en el empedrado. En su escondite, Oliva dijo:

—Oigo un caballo.

Sobresaltada, Graciela urgió:

—Abre la puerta, pronto.

Lo hicieron, se asomaron y así pudieron observar, perplejas, cómo por la calle venía a todo galope Arturo Troches, perseguido por otros dos jinetes.

Ya le daban alcance. Uno de los perseguidores, cuando se encontraban exactamente frente a la puerta excusada, saltó de su cabalgadura sobre Arturo y lo hizo rodar por el empedrado. Mientras luchaban cuerpo a cuerpo, el otro descendió y se sumó a su compañero. Troches propinó puñetazos a diestro y siniestro, pero el número salió airoso. Pistola de cachas de nácar en mano, el segundo policía lo obligó a ponerse de pie y a deponer la resistencia.

Logró ver en ese instante el visaje de Graciela y le dirigió una mirada deprecativa. Ella, espantada, cerró la puerta. Se recostó luego sobre su revés. En su rostro había entupecimiento y pánico.

XII

—¿Así que está segura de que Arturo cayó prisionero por culpa de Dominguito Acuña?

Abelardo Ladino había hecho la pregunta con voz agria y rencorosa. Estaban en la casa de la calle del Viejo Molino, cerca al río que corría impetuoso. Aprovechando la holgada ausencia de Onzaga, que aquella mañana había partido, más alegre que nunca, hacia sus haciendas tabacaleras, Graciela se había arriesgado a conversar con él y con los demás secuaces de Troches.

Ahora, a más de los jergones, de la leña, había en la derruida edificación varias cajas ocultas bajo lienzo crudo. El doctor Ladino se advertía apesadumbrado pero, al tiempo, más inquietante que nunca.

—En mi presencia amenazó con denunciarlo —aseguró ella, recordando los incidentes del pórtico de San Agustín.

—¿Has oído, Francisco? —preguntó Ladino a Bocanegra.

El antiguo zapatero se limpió los mocos de las narices con las mangas de la camisa.

—Habrá que arreglarlo, doctor —opinó.

Graciela se sintió invadida, de pronto, por un torvo presentimiento. La envolvió un repentino silencio que todo lo afectaba, desde la tierra pululante hasta las estrellas. Ahora estaba arrepentida de haber acudido junto a estos rufianes, tan diferentes del galante, delicado y prisionero Arturo.

—Sin violencias, ¿verdad? —indagó, oprimida por la

angustia.

Ladino soltó una carcajada.

—Sólo la necesaria, señora —barbotó—. Cuando a uno lo atacan, se defiende.

Edelmira y Erna estaban con Baccellieri en la sala, de pie. El abogado tenía en las manos una bolsa con dinero; lo derramó sobre la mesa de centro y lo contó. El reloj sobre el cual reposaba la lechuga señalaba las seis y diez minutos de la tarde.

—Tuve que pagar algunas deudas —dijo—. Pero algo podré darles, que alivie la situación.

—Dios lo bendiga, doctor—agradeció Edelmira—. ¿Habrá esperanzas de que indulten a nuestros maridos?

Baccellieri las observó con abnegada piedad.

—En la situación política que vivimos —conceptuó— nada puedo prometer.

Hubiera preferido poder infundirles algún aliento, pero hacerlo habría sido algo embustero y hasta nefario.

—Lo siento —añadió.

Repartió algún dinero entre las mujeres, que lo guardaron en el seno. Por la puerta habitual, asomó en ese instante el rostro de Tomasa Baccellieri.

—Ya disté buena cuenta del dinero de Troches, ¿verdad? —inquirió, venenosa.

El abogado forzó una triste sonrisa.

—Todo aquél que no cree en el reparto de la riqueza

—dijo— es un ladrón. Pero algo tengo aún, tía.

—Tú repartes la pobreza —replicó ella con su tono acre—. ¿Será mucho pedir que la compartas conmigo y que me traigas láudano de la botica de Andrade?

—Cuando me desocupe —le prometió él.

—Que sea antes de las ocho —ordenó la anciana, con voz imperativa—. De otra forma, los dolores del reuma arreciarán.

Y cerró con brusquedad la puerta.

En su taller, Dominguito Acuña trabajaba en los mismos calces para coche que se había prometido terminar mucho antes. Vestía el mismo ajustado mandil. El resplandor de la fragua era agónico a esa hora, en que también el sol agonizaba en el poniente. Dolores lo observaba como traspasada por una mala sospecha, censando como maniática sus lentos suspiros de fuego.

—¿Te propondrás terminar hoy esos malditos calces? —preguntó.

—Esta misma noche. Lo prometo —dijo Dominguito.

—Entonces, daré primero la comida a los niños —enunció ella vagamente.

Se retiró por el fondo. Afantasmado el rostro por la fragua, Acuña siguió por un rato enfrascado en su trabajo. En algún momento, una especie de exaltación en la sangre lo puso sobre aviso. Levantó la vista y vio a tres hombres en el umbral de la calle. Eran Bocanegra, Díaz y Marín. Lo miraban con dureza. El primero exhibía una suerte de sonrisa sardónica.

—¿Qué quieren? —indagó el herrero.

—Hablar contigo, Dominguito —dijo Bocanegra con sorna.

El muchacho sintió el miedo como un lastre en el estómago. Sabiendo que de nada le serviría, arguyó:

—Estoy ocupado.

Díaz y Marín avanzaban hacia él. El primero dijo:

—Es mejor que obedezcas, Dominguito.

Desde el comienzo, Acuña, por esa intuición mágica que suele alertarnos sobre el peligro, había comprendido que no podría oponerse. Así, pues, dejó el trabajo y marchó con ellos.

La noche casi había caído. El crepúsculo, que era la hora hechizada del altiplano, desdibujaba y hacía irreales casas, calles y personas. Se dirigieron hacia una chichería de mala muerte, ubicada en la misma calle donde se alzaba la casa que habitaba Ovidio Ramón Baccellieri.

—¿Qué quieren conmigo? —se atrevió a preguntar Dominguito Acuña, en cuya conciencia bullían las palabras estúpidas que, en el pórtico de San Agustín, había dirigido al prepotente Arturo Troches.

Iba en medio de Díaz y de Marín. Bocanegra habló con irónica saña.

—¿Tienes miedo, Dominguito? —casi aseveró.

—Digan de una vez lo que quieren —imploró el joven, a quien empezaban a trepidarle las piernas.

—En cambio —prosiguió Bocanegra—, no temiste ir a la ~~Presa de una intuición sombría, Dominguito~~
~~gritó:~~
—¿Yo?!

policía con chismes sobre Arturo Troches.

—Tú, Dominguito —refrendó Bocanegra.

—Puedo jurarles que...

—No jures, Dominguito. Lo sabemos todo.

Entraron en la chichería. No había, fuera de ellos, clientela; sólo la adormilada propietaria, tan fea que daba coraje verla, detrás del breve y sórdido mostrador lleno de garrafas. La luz de una vela temblaba al fondo.

—A su mandar, señores —dijo la mujer.

—Cuatro vasos de chicha, doña Simona—ordenó Bocanegra.

Acuña sintió desesperar. Pensó en Dolores, que debía imaginarlo atareado en los calces. Suplicó:

—Sólo tres. No puedo beber. Debo terminar ese trabajo.

—Beberás, Dominguito —aconsejó Bocanegra—. Cuatro vasos.

La propietaria vertió la chicha de una de las garrafas.

Mientras el horizonte escamoteaba los últimos celajes del crepúsculo, Agustina Yáñez, encendidos ya los candelabros de su alcoba, seguía repasando el querido volumen. Durante varios días había tratado en vano de reencontrar aquel poema, que conoció de niña. Ahora lo tenía frente a sus ojos y creía hallar en él el dón que su padre dio siempre en otorgar a la

poesía: el de consolar.

Más allá de la puerta, una trémula penumbra colmaba la casa. Hacía apenas unos minutos, Milena había acudido a traerle una infusión de tilo, cuyo aroma, que evocaba el del anís, la sumía como en una ensoñación.

En Milena pensaba justamente cuando buscó, llena de cierta avidez, la vieja oda que Horacio dedicaba a Jancia: *Ne sit ancillae...* Su padre la leyó alguna vez, ante toda la familia, para excusar la inclinación que algún general de la república manifestaba en aquellos tiempos por cierta moza de cántaro. No se había ella atareado en los laberintos del latín, pero tenía ante sí la versión (admisible, para su padre) realizada por uno de esos poetas criollos duchos en cantar batallas, en celebrar amores y en traducir a los clásicos.

Encarecía Horacio a su amigo Jancia Fonense su deber de no sentir vergüenza por el amor que le inspiraba una sierva de la gleba. También Briseida, la del seno de alba nieve, había prendido el corazón del indomable Aquiles; y la cautiva Tecmesa asimismo doblegó a Ajax con su hermosura, tal como al hijo de Atreo una doncella prisionera en tiempos en que las huestes bárbaras sucumbían ante las falanges tesalienses. Y suponía Horacio que tal vez esa sierva deslumbrante, de dorados cabellos, fuese sin que se supiera hija de nobles padres, que pudiesen ennoblecer a Jancia al hacerlo su yerno. Y que tal vez esa sierva llorase en secreto la dureza irrefragable de los dioses, que la redujeron a esclava. En fin, el poeta latino dirigió a su amigo un estético y piadoso discurso.

Pensaba entonces en su propio comportamiento con Saturnino. Su orgullo le había impedido, por años, hacerle ver que jamás estuvo enamorada del Libertador y que los

requiebros que éste le dirigía, aunque destinados a romper sus defensas-, caían en oídos sordos. ¿Por qué aquella obstinación en callar a sabiendas de que Saturnino sufría en lo íntimo quemazones sin cuento? Su naturaleza así se lo pedía, sin que ella pudiera hacer nada.

Quizás, en Londres, se equivocó, cuando su amor oloroso a sinceridad malició que él se hubiese encaprichado con cierta aristócrata. En esa ocasión, se condujo sin duda al modo resabiado de una adolescente, de una mujer inmadura que pone en peligro el honor de su orgullo so pretexto de salvar el honor de su matrimonio. No, en cambio, en tiempos recientes, cuando *supo* que Saturnino galanteaba o se había enredado con esta adolescente mulata. El día en que la trajo a casa, lo comprendió todo con clarividencia centelleante. Después, vinieron esas citas clandestinas en la madrugada, durante las cuales ella tenaz, o mejor, heroicamente fingió dormir. Y no sólo su orgullo había actuado en esta ocasión. También su ternura, pues sabía a su marido ávido del amor del cual ella no había sabido convencerlo. Y también su impulso maternal: Milena lo había despertado y no deseaba destrozar a esa cándida y maldita mulatita ni estropear el desolado amor que parecía sentir por Saturnino.

—Cuando una mujer ama al hombre al que amamos —se dijo— está pronta a convertirse en nuestro doble o en nuestra caricatura.

Por lo demás, ¿no era preferible este callado adulterio hogareño a una pasión que lo desbocara fuera de casa, que se lo arrebatara para siempre? Aquí estaba, a no dudarlo, el argumento de fondo. Saturnino no habría llegado a amar jamás a Milena, en quien sólo podía hallar un ligero pasatiempo. La

encrucijada de Jancia Fonense no podía reavivarse en él, cuyo carácter altanero conocía de sobra. Tarde o temprano, hubiera regresado a ella. Ahora, Milena había sido irrespetada por un facineroso y Saturnino le prohibía, por consideraciones que a Agustina no se le escapaban, realizar la forzosa deposición. A la sazón, la repudiaba como a un manjar de segunda. Cerró el libro con tristeza. Inevitablemente pensó que el amor, destellante en lo que ofrece, es sombrío en lo que guarda. Y pensó en Saturnino con amor resentido.

Ahora, bebían la chicha en la acera, silueteados por la débil luz que salía de la chichería. La calle estaba sumida en tranquila soledad.

Bocanegra seguía disparando sus dardos verbales.

—Promételo, Dominguito —decía—. Promete que vas a conservar tu buena salud retirando esa denuncia. Lo harás, ¿verdad?

—No puedo retirar una denuncia que jamás hice —se defendía el pobre herrero, cada vez más atontado por la chicha que lo obligaban a beber.

Bocanegra lo encaró con el encono bulléndole en los ojos.

—No abuses de mi paciencia, hijito de puta —recomendó.

Desesperado, Acuña adoptó cierto aire dulce para articular:

—Lo juro.

Marín trajo más chicha del interior. Obligaron al muchacho a beber el espumoso y turbio brebaje. Y en ese instante, de las sombras de la calle, surgió como un murciélago de una cueva Abelardo Ladino. Venía semiembozado en un bayetón, con un sombrero de fieltro sobre la cabeza y una varita en la mano. Si Baccellieri alguna vez hubiese vestido de esa forma, por el perfil que le otorgaba la chivera, en aquella semioscuridad, hubiese resultado perfectamente confundible con él.

—Buenas noches —saludó, de la manera más natural.

—Buenas, doctor —respondieron a trío Bocanegra, Díaz y Marín.

Acuña se hallaba muy mareado por aquel brumoso licor de maíz. Sus ojos se esforzaron por identificar al recién llegado, pero éste parecía disolverse en oleadas de oscuridad. No con seguía discernir más que ese perfil, que irremediablemente asociaba con el hombre que tantas veces vio en compañía de Arturo Troches. Confundido, se dirigió a él:

—¿Doctor? —preguntó—. ¿Es usted el doctor Baccellieri? Se lo imploro, doctor Baccellieri. Quíteme de encima a estos hombres. A nadie he denunciado.

Ladino lo miró con desprecio.

—Acabemos con esto lo más pronto —dijo.

—Doctor —insistía Acuña—, le juro que yo no fui.

Si las sombras no hubieran sido tan espesas, y si Acuña hubiera mirado en diagonal, unos veinte pasos, hacia la acera del frente, habría visto en ese mismo instante al auténtico doctor Baccellieri, con su consabida capa española de cuello de piel de perro y su chistera de felpa gris, cerrar el portón de su casa y alejarse en dirección contraria a ellos, hacia la botica de Andrade. Pero Ladino blandía ahora la varita frente a su rostro y amenazaba:

—Si no te retractas ante la policía, pequeña sabandija, te vas a arrepentir de haber nacido.

Con un postrer gemido de conciencia, Dominguito gritó:

—Pero... ¡yo no hice ninguna denuncia!

Bocanegra intervino entonces.

—Tendremos que emplear métodos más convincentes, doctor —opinó, dirigiéndose a Ladino.

La palabra *doctor* martillaba el oído de Acuña. *Doctor, doctor...*

—¡Doctor Baccellieri! —aulló—. ¡Invoco su piedad! Dígales que yo no denuncié a nadie.

Ladino sacó del cinto su cuchillo de monte. Lo acercó al herrero.

—Te voy a rebanar, maldito —bramó.

En una especie de epilepsia de pánico, Acuña logró desasirse de Marín y de Díaz, que lo sujetaban, y emprendió atolondradamente la huida. El grupo lo persiguió. Lo alcanzaron precisamente frente al portón de la casa de Ovidio Ramón Baccellieri. Ladino se veía ahora trémulo de ira.

—Vas a ver, ratica —bisbiseó.

Bocanegra trató de impedir que usara el cuchillo.

—Cuidado, doctor —previno—. Así no haremos a Arturo ningún servicio.

Pero Ladino fermentaba de cólera.

—De mi no va a burlarse con carreritas...

No parecía posible detenerlo.

—Te voy a rebanar.

Como tantas veces en sus incontables lances tabernarios en el sur, esgrimió con destreza el cuchillo. Lo hundió una y

otra vez en el cuerpo de Acuña. Este aullaba de dolor.

—¡Socorro, que me asesinan!

La conciencia se le escapaba, se le escabullía como por una hendidura.

—¡Me asesinan el doctor Baccellieri y los demás ladrones!

Exactamente frente al portón de Baccellieri, su cuerpo cayó al suelo, desmadejado. Los asesinos huyeron en diferentes direcciones. En una casa vecina, fueron descorridos los cerrojos de una ventana. Asomó una mujer cuarentona que, al ver a un hombre sangrando, abajo, en el empedrado, prorrumpió en alaridos.

Ovidio Ramón Baccellieri avanzaba por una de esas calles coloniales, con iluminación de cazoleta y mechón. Su paso no era lento ni apresurado. Entró en una tienda de víveres. Había una devastada mujer tras el mostrador, que despachaba a unos pocos clientes a la luz de una vela.

—Vecina, por favor, un real de tabaco —pidió el abogado.

Ocupada con otros pedidos, la tendera no le puso atención. Baccellieri era consciente de su repelencia corporal y estaba habituado a que esto le aconteciera. Pensando en la artritis y en la ansiedad de la tía Tomasa, consultó nerviosamente su reloj de bolsillo.

Por nada del mundo hubiera podido imaginar lo que acontecía frente a su casa. Acuña se había incorporado a medias en el empedrado, pero sus heridas manaban sangre a borbotones. Había varias mujeres y unos pocos hombres

rodeándolo. Dolores, que había sido avisada, llegó como un huracán. Arrebujada en un bayetón, venía perpleja y desorbitada. Al verlo así, su desesperación creció.

—¿Dios mío! ¿Qué le han hecho a mi marido?
¡Domingo! ¡Dime algo! ¡Domingo!

A unas pocas cuerdas de allí, la tendera seguía despachando a otros clientes. Baccellieri miraba su reloj y se impacientaba.

No olvidaba que la tía Tomasa debía tomar el láudano a las ocho.

—Vecina, le pedí un real de tabaco —insistió.

Mas, viendo que se hacía tarde, decidió marcharse. Al abandonar la tienda, tropezó con tres caballeros que venían en sentido contrario. Con su habitual abyección, quitándose el sombrero, saludó a uno de ellos.

—Adiós, doctor Mallarino —dijo.

El aludido lo miró sin responder. Comentó a los otros, en voz muy alta:

—¿Y este igualado de dónde concluyó que podía saludarme?

Perturbado, Baccellieri prosiguió su camino. En aquel momento, Acuña era alzado de las axilas y de las piernas por dos hombres, para ser llevado a su casa de habitación. Su mujer inquiría, fuera de sí:

—¿Quién te hizo esto, Domingo? ¿Quién?

Agónico, el herrero conseguía balbucear:

—Los ladrones del Viejo Molino.

Entre los circunstantes se repetía, en una especie de creciente marejada, la frase: —El Viejo Molino.

Una mujer urgió a De .es:

—Hay que buscar ayuda médica. Corra a la botica de Bautista Andrade.

Su mente sin concierto, Dolores obedeció.

En la botica, se hallaban los contertulios de siempre, entre ellos el cáustico y poco simpático “Cara de Coime”. Andrade, desentendido de las conversaciones, leía el periódico. Baccellieri entró y, sin saludar a nadie (acababa de ser desairado por un saludo), preguntó al boticario:

—¿Qué horas son, Andrade?

El hombre alzó la vista del impreso y miró el reloj de pared, que señalaba casi las ocho. Así se lo indicó al recién llegado, sugiriéndole que lo comprobara por sí mismo. Pero Baccellieri insistía en consultar su reloj de bolsillo. Estaba un poco aturrullado. Tenía en su mente a medias a la tía Tomasa y a medias al altanero Mallarino.

—¿No está adelantado su reloj? —machacó.

—No me parece —contestó Andrade, un tanto fastidiado—. Esta misma tarde lo puse con la hora de la Catedral.

—No puede ser —se empecinó Baccellieri.

El droguero había vuelto a enfrascarse en el periódico.

Entonces, el abogado se arriesgó a apelar a “Cara de

Coime”.

—Y usted, Olegario, ¿qué horas tiene?

—*Don* Olegario, aunque suene más largo —corrigió el otro, sólo por humillarlo—. Pues yo diría que las ocho, en efecto.

—¿Cómo puede ser? —se desconcertó Baccellieri. Y luego, como para sí, en un susurro: —Me va a matar la tía Tomasa.

En ese instante, empezaron a sonar las campanadas de las ocho en la Catedral. Sonaban todavía cuando el abogado se dirigió a Andrade, nervioso:

—En fin, Andrade, necesito... —comenzó a decir, pero entonces como una ráfaga, transfigurada de angustia, irrumpió en la botica Dolores gritando:

—Socórranme, por favor, socórranme. ¡Mi esposo ha sido herido!

Los contertulios la observaron más bien con indiferencia. Andrade apenas levantó la vista del periódico. Fue Baccellieri quien inquirió:

—¿Qué ha pasado?

—¡Dominguito ha sido gravemente herido! ¡Frente a la casa de usted, doctor!

—Pero, ¿quién hizo semejante cosa? —se alarmó el abogado.

—El asegura que los ladrones del Viejo Molino. ¡Socórranlo, por favor, o Dominguito morirá!

También fue Baccellieri quien acució:

—¿Lo ha oído, Andrade? Creo que debemos ir.

El apotecario no parecía dispuesto. Titubeó:

—No sé... A esta hora... Es peligroso por esas calles mal alumbradas. ¿Dónde se encuentra el herido en este momento?

—En nuestra vivienda —respondió Dolores—. Sobre el taller.

—No podemos negarnos, Andrade—observó Baccellieri.

El boticario titubeó todavía, mas finalmente dejó el periódico, se quitó el delantal, tomó la levita...

En un dormitorio misérrimo, con sólo dos jergones, un aguamanil y una estampa de la Virgen María, en un rincón, iluminada por una velita votiva, los dos hombres entraron con Dominguito herido y lo depositaron en el camastro. Los niños lloraban en el otro, sin comprender qué ocurría. Abriéndose paso por entre mujeres que curioseaban en la puerta, llegó Petronio Preciado, jefe de policía.

El herido veía la escena como a través de jirones de niebla. Se debatía en la agonía. Seguía desangrándose. Sus ojos naufragaban. El jefe de policía se le aproximó.

—Dígame quiénes fueron, Acuña —conminó—. No querrá que esto quede impune.

Con un hilo de voz, el herido balbuceó:

—Me atacaron... el doctor Baccellieri y... los bandidos del Viejo Molino.

Preciado tomaba nota en una libreta.

—El doctor Baccellieri —repitió—. ¿Y quiénes más en concreto?

Casi expirando, Dominguito Acuña enumeró:

—Francisco Bocanegra... Froilán Díaz... Gregorio

Marín... La banda de la calle del Viejo Molino... Los comandaba Ovidio Ramón... Baccellieri.

—Pero, ¿por qué le hicieron esta vileza? —interrogó Preciado.

Con un último resuello, Dominguito declaró:

—Creían... que yo... había denunciado... a Arturo Troches.

Se quedó con la mirada en éxtasis. Había muerto.

Baccellieri, Andrade y Dolores marchaban hacia la vivienda de esta última, con la esperanza de asistir a Acuña.

—Démonos prisa, Andrade —se preocupaba el abogado.

Apretaron el paso. El boticario llevaba consigo vendas, gasa y desinfectantes. De pronto, los interceptó una patrulla de policía. El capitán avanzó hacia Baccellieri. Andrade y la mujer miraban sin entender.

—Dése preso, doctor Baccellieri —amonestó el oficial.

El antiguo apóstol de los artesanos no pareció sorprendido. La verdad es que creía que se trataba otra vez del sumario famoso por ataques verbales a José Valerio Gómez. Por eso se limitó a comentar:

—En bonito momento, José Valerio.

Dijo a Dolores y al droguero:

—Sigan ustedes. Apresúrense.

Y al capitán:

—Vamos, pues.

La patrulla lo escoltó.

Mientras Díaz y Marín bebían a pico de una misma botella de aguardiente, Bocanegra se ocupaba, ante una caja desclavada y junto a las otras cubiertas con lienzo crudo, en pulir y abrillantar el pectoral de San Agustín. Afuera, el río discurría casi sin rumor y pululaba de silencios la noche andina.

Se oyeron, de pronto, golpes discretos en la puerta de calle.

—Abran —ordenó Bocanegra—. Debe ser el doctor Ladino.

Díaz se apresuró a hacerlo. Aún dijo:

—Ojalá. Tengo un hambre voraz.

Abrió la hoja y se encontró ante el jefe de policía, Preciado, y otros tres agentes que les apuntaban con pistolas.

—Dense presos, en nombre de la ley —conminó el funcionario.

Díaz alzó las manos y fue imitado por Marín, que para hacerlo dejó caer la botella. Bocanegra, en cambio, introdujo rápidamente en la caja el pectoral y se precipitó hacia el fondo. Preciado hizo fuego y la bala abrió un chasponazo en la baranda de la escalera, muy cerca del fugitivo. Este desistió y levantó los brazos.

—Les aconsejo no intentar nada más —dijo el jefe de policía—. Están detenidos por el asesinato de Domingo Acuña y por varios robos.

Fueron arreados a empellones fuera de la casa y se les ataron las manos a la espalda. Preciado inició el inventario de los bienes rescatados, que yacían en las cajas. A unos treinta metros de distancia, Abelardo Ladino, que con una bolsa de alimentos se dirigía al cubil, se detuvo al contemplar la escena. Se dio vuelta y, sin prisa, secretamente, primero entre la escasa gente que observaba y luego por una vereda solitaria junto al río, fue perdiéndose bajo la mirada inanimada de la luna.

XIII

Graciela acababa de enterarse de la detención de Baccellieri. Conocedora de las intimidades de Arturo Troches, su asombro no podía ser mayor.

—¿Detuvieron al doctor Baccellieri? ¿Por qué al doctor Baccellieri?

Una veintena de hombres y de mujeres, vestidos con cierto esmero, pero los primeros en mangas de camisa, con las levitas dispersas aquí y allá sobre el césped, celebraban una de esas fiestas campestres en las cuales se comía y se bailaba. Lo hacían sobre un llano profusamente florido, en una hacienda sabanera.

Había una pequeña orquesta de cuerdas, que tocaba un pasillo lento, a cuyo són unas tres parejas se desplazaban con aire soñador. Otras personas merendaban en el prado. Onzaga, que inopinadamente estaba de vuelta en la ciudad, opinó con toda intención:

—Ese mequetrefe era el comandante de la banda. Su segundo... un tal Arturo Troches.

Observó de hito en hito a su mujer, por ver su reacción ante la mención de ese nombre. Graciela se limitó a decir:

—Baccellieri jamás ha sido otra cosa que un estudioso. Esto se me antoja una infamia.

Con sorna, Onzaga indagó:

—¿Cómo puedes estar tan segura, querida?

—Baccellieri... fue mi profesor.

Con ellos estaban, como era costumbre, Saturnino Torrealba y la impávida Agustina, así como Cliff Hone y Pernell Williamson. El primero advirtió cierta tensión en la pareja e intervino para apaciguarla.

—Eso fue en otros tiempos—conceptuó—. Después, Baccellieri se convirtió en un agitador artesanal. No te fíes, Graciela. En mi opinión, eran delincuentes con fines políticos. Me parece que allegaban recursos para esas guerrillas del sur.

También él acababa de informarse sobre la detención del estafalario abogado. Por unos minutos, había rumiado las peculiaridades de estos últimos acontecimientos. Había recordado la descripción que Milena le hizo de su forzador, y concluido que no podía haber sido otro que Baccellieri, sí, ese granuja proteccionista que, en algún momento, estuvo a punto de estropear toda su reforma librecambista. Baccellieri poseía la chivera, la mirada siniestra, el continente horrible... Un detalle faltaba: el de la cicatriz, pero bien podía un reflejo solar haber engañado a la mulatita. Después de todo, lo contempló sólo por segundos... Y estaba tan aterrada. Existía, en cambio, un hecho dilucido: sus compinches lo llamaban *doctor*. En lo hondo de Torrealba se agitaba la ira. Ah no, no dejaría escapar a esta sabandija, por mucho que se interpusieran las leyes. A la postre, algo debía él a Milena. El *había amado* a Milena.

—Un escarmiento deberían hacer en ellos —comentó Williamson, en su trabajoso español.

—Especialmente en Baccellieri y en ese tal Troches: una sabandija montalvista —insistió Onzaga, y volvió a mirar de reojo a su mujer. Pero Graciela había blindado su alrededor; ni siquiera se permitió pestañear.

—No obstante—agregó Torrealba, de intento—, me temo que los tribunales se inclinen a la suavidad.

Pernell Williamson meditó un segundo. Luego opinó:

—Un camino habría... Si aquí existiera esa institución que en Inglaterra poseemos desde tiempos de Juan *sin Tierra*.

Ante la expectación general, aclaró:

—Me refiero al jurado de conciencia.

—explíquese usted, Pernell —averiguó, intrigado, Filiberto de Onzaga—. ¿Qué ventaja...?

—Muy simple —se apresuró Williamson—. El jurado podría escogerse entre personas dispuestas a propiciar el escarmiento.

Siempre sonriente, Hone acotó:

—Y daría la impresión de un veredicto emanado del pueblo mismo. ¿Lo ve, Onzaga?

El terrateniente cabeceaba. Pero Torrealba evaluaba lo escuchado. Fruncía la frente. Dijo de sopetón:

—Me parece una buena... ¡una estupenda idea!

Chasqueó los dedos. Hone hizo un círculo con los dedos índice y pulgar de la mano derecha.

—Otro orificio en la moneda —rió.

Graciela se mordía los labios.

Pero a nadie podía sorprender tanto la captura de Baccellieri como a Alejandro Puebla.

Se había enterado de ella en la botica de Andrade,

adonde había ido a comprar unas flores de manzanilla para hacer infusiones. Allí, los contertulios se hacían lenguas sobre los sucesos del día previo. Sobre todo, “Cara de Coime” se esforzaba en persuadir a todo mundo de que *siempre, siempre* había sabido que tras el abogado se ocultaba un alma perversa.

Luego, en el atrio de la Catedral, había visto cómo buen número de ciudadanos se solazaban con la noticia. En general, casi todos ignoraban quiénes serían Troches, Bocanegra, Díaz y Marín, pero el nombre de Baccellieri alcanzaba ápices de celebridad.

Entró en una especie de anonadamiento, que le costó una noche en vela. Sabía que Ovidio Ramón era incapaz de fechorías semejantes. Los indicios, sin embargo, parecían señalar hacia él. ¿Por qué razón?

Al día siguiente, supo que Saturnino Torrealba y Filiberto de Onzaga, hombres de partidos opuestos pero ligados por el librecambismo, acababan de entrar en comunicación con Avanza, con Quesada y, en general, con los nuevos mangoneadores de la Democrática, para de común acuerdo urdir la perdición del antiguo abogado de los artesanos. ¿Qué ocurría?

Lo que más lo alarmó fue enterarse, por amigos indudables, de que se estaba poniendo en proceso cierta confabulación para imponer una nueva ley de jurados que habría de aplicarse retroactivamente a los reos. A esos extremos no era posible llegar, pensó. ¡Nadie podía ser juzgado mediante ley posterior a la comisión del crimen!

A toda prisa visitó las redacciones de los periódicos, en donde campeaba un clima de exaltación histérica. Sondeó a los periodistas, sólo para comprobar que tanto liberales como

conservadores ardían en deseos de ver sangre correr. Los titulares de las ediciones que se preparaban eran terríficos y provocadores. Nadie se detenía a examinar los antecedentes de Baccellieri, sino que se le asimilaba al resto de los criminales como si todos fueran lobos de una camada.

Intentó visitar a Baccellieri en la prisión, más le informaron que rendía indagatoria y que se obstinaba en creer que había sido apresado por improperios contra el presidente.

Cuando quiso pedir la opinión a parlamentarios, supo que casi todos ellos marchaban hacia la Catedral, para asistir a las exequias del herrero asesinado.

Decidió, pues, encerrarse en casa, a la espera de nuevas noticias. Algo había que hacer, pero no sabía qué. Lo arrasaba tan sólo la impresión de que algo grande proyectaban esta vez los cocodrilos y las panteras.

Preciado, el jefe de policía, dirigía la vigilancia. Había que evitar que el asunto, muy ordenado hasta ahora, degenerase en disturbios. El arzobispo Niebles culminaba ya, desde el púlpito, la oración fúnebre, que derramó sobre el auditorio el más volcánico florilegio de lugares comunes que se conoció en mucho tiempo. Frente al altar mayor, donde ahora descansaban los acólitos, un lujoso ataúd, sobre un túmulo adornado con magnificencia, guardaba los despojos de quien fue en vida un miserable herrero.

La Catedral, donde se conservaban los restos del pretenso y sanguinario fundador de la urbe, se encontraba colmada. Estaban allí el presidente José Valerio Gómez, sus ministros y todo el aparato de los relevantes. En segunda fila, Pastor Quesada, Julio César Avanza, Cristo Herrera Vélez,

Laureano Arcila, Filiberto de Onzaga, Saturnino Torrealba y otros prohombres procuraban resumir en sus gestos la indignación ciudadana. Ni siquiera el Libertador había disfrutado de sepelio tan pomposo como éste que las “fuerzas vivas” de la capital, según frase de Niebles, costeaban al rapaz y marrullero Dominguito.

Un tanto inquieto, Preciado paseaba la vista por los currutacos que secundaban a Quesada en la Democrática: constituían sin duda, se decía, un peligro en potencia. Se tranquilizaba, en cambio, al reparar acá o allá en el juez Héctor Menjura, en el jurista Evaristo Cardona, personas de fiar a las cuales él, con los exiguos instrumentos de que disponía, tendría en plazo muy corto que aportar pruebas terminantes contra los presuntos asesinos del muchacho cuyo cadáver era hoy el eje de atención de la capital.

Ese aparato de fe en juicio no sería nada fácil. La tarde anterior, en aquella celda con sólo un jergón de paja, el inevitable crucifijo y una claraboya hacia el aborregado cielo, había hecho que uno de sus hombres arrojase un baldado de agua sobre el rostro de Froilán Díaz, ese rostro con evidencia ya de maltratos. Por enésima vez, había preguntado:

—Había una cuarta persona cuando mataron a Acuña. Era Baccellieri, ¿verdad?

Díaz había intentado enjugarse la cara con una mano. Desesperado, desorbitando los ojos, había respondido:

—Por centésima vez. ¿Es que no entiende? No era Baccellieri. Baccellieri nada tiene que ver.

En una celda idéntica, había intentado ser persuasivo con Marín, en cuyo semblante se advertían asimismo huellas de

torturas. Con voz apaciguadora, pese a su doble escolta de malencarados, le había impuesto:

—Hazlo por tu propio bien. Dime que el cuarto hombre era Baccellieri.

Marín había replicado, con firmeza:

—¡Claro que no! ¿Es que están locos? ¿Qué si le digo que era un tal José María García o un tal Casimiro Pérez o un tal Abelardo Ladino?

Y entonces había tenido que cruzarle el rostro con una bofetada. Igual con Francisco Bocanegra. Preciado poseía buenos padrinos políticos, gracias a los cuales se afianzaba en su cargo. Uno de ellos le había dicho:

—Es imperativo y, para usted, sencillo obtener las pruebas contra Baccellieri. La declaración de un agonizante tiene fuerza ante la justicia. Pero debemos reforzarla con la de un compinche y, muchísimo mejor, con la de un testigo imparcial.

—¿Y si sale a relucir otro nombre?

—Escuche, Preciado. Poseemos la *certeza moral* de que el cuarto hombre era Baccellieri. Apliquémonos a reforzarla y, en ningún caso, a debilitarla. Todo nombre que aparezca diferente del suyo debe, por principio, eliminarse.

—Sí, don Saturnino.

Pero no, no era tan fácil aportar esas pruebas. El Ilustrísimo Niebles coronaba su pieza oratoria:

—Así, la sociedad capitalina ha querido sufragar imponentes exequias para este mártir de las causas más nobles

y justas que fue el herrero Dominguito Acuña, asesinado por quienes desean hundir al país en la anarquía. Nosotros agregamos: ¡descanse en paz, pero prometemos no descansar jamás en la lucha contra quienes con crímenes como éste manchan la túnica de la patria!

Durante el lavabo o ablución de las manos dijo, con voz retumbante:

—*Da, Domine, virtutem manibus meis ad abstergendam omnem maculam inmundam; ut sirte pollutione mentis et corporis valeam tibi serviré.*

Concluida la celebración, el coro saturó el ámbito con la acongojante solemnidad del Benedictus. El mismísimo presidente Gómez, caminando como una especie de maestro de baile, se adelantó para configurar, con sus ministros, el sexteto que conduciría el ataúd al coche funerario. El féretro, por un instante, pareció derivar entre la multitud de artesanos, obreros y labriegos que, como un mar picado, llenaba la nave principal, y entre las notas edificantes del himno evangélico.

El recorrido por la Calle Real se erigió, para el pobre muchacho que hacía poco atracaba en las calles, en una apoteosis de lágrimas y de pañuelos blancos. El pueblo estaba conmovido, sentía a la nacionalidad herida en las entrañas, experimentaba las entradas y salidas del puñal en la carne del joven como rasgaduras en la bandera, resquebrajaduras en el escudo, desafinaciones en el himno. Dominguito, émulo de Tacha Arambarri, yacía por salvar la patria y, por él, resonaban los clarines de Junín, de Ayacucho, de Boyacá, de Carabobo. Una anciana sufrió un infarto de emoción a las puertas del camposanto, exornadas con una alegoría de la Parca y con una macabra leyenda en latín. Dominguito, Dominguito Acuña, tu

corazón se había detenido, más por ti latían todos los corazones de esta inmaculada y generosa patria.

El camposanto desbordaba, cuando el último golpe de tierra cerró la tumba. Mientras los sepultureros se retiraban con sus palas, Julio César Avanza, peripuesto con su chaleco de satén luctuoso, se encaramó sobre la base de una columna y gritó:

—¡Mueran los asesinos de artesanos!

Desde la muchedumbre, Quesada lo secundó:

—¡Muerte a la banda del Viejo Molino!

Las consignas fueron coreadas por el gentío. Al borde de la tumba en donde yacía el héroe, Dolores, de luto implacable y con el rostro empantanado de lágrimas, aulló:

—¡Muerte a Ovidio Ramón Baccellieri!

Bajo la pétrea alegoría de la fachada, imponiéndose por encima de la multitud, cuyo rumor era como el rugido de un dragón rencoroso, Saturnino Torrealba tomó la palabra y declaró:

—¡Señores! Pido ser escuchado unos segundos.

Poco a poco, fue haciéndose el silencio.

—Quiero pedir a todos los ciudadanos honrados de la ciudad —prosiguió el antiguo conspirador y ministro librecambista— su asistencia al salón de grados de la Universidad esta tarde, para acordar indicaciones que haremos al Congreso,

a fin de remediar definitivamente la alarma que los crímenes recientes han hecho cundir.

Onzaga, entre la aquiescencia rebramante, se aproximó a Pastor Quesada.

—Con ese mitin —le susurró al oído— sacaremos avante la ley de jurados. Baccellieri está perdido.

Y, en efecto, la elocuencia de Saturnino Torrealba triunfó esa tarde en el salón de grados.

XIV

En el enorme y frío vestíbulo, de paredes de piedra desnuda, haces de luz que penetraban por claraboyas se entrecruzaban en la atmósfera inerte. Al fondo, una ancha escalera conducía a las celdas.

Graciela, cubierta la cara por un velo negro, avanzó hasta el lugar en donde la esperaba un funcionario anciano, servil, de rostro sórdido. Sus voces se oyeron ahuecadas por la acústica peculiar del edificio.

—¿Lo arregló, señor Vanegas? —preguntó ella.

El hombre se frotó las manos antes de responder.

—Como un favor muy especial...

—Es imperativo que nadie se entere —recordó la esposa del senador Onzaga, atisbando hacia todos los rincones.

Vanegas le hizo seña de que se despreocupara. Indagó:

—¿Trajo el dinerito?

Graciela le alargó una bolsa.

—Bien. Ya lo sabe—indicó él—. Sólo diez minutos. Haga el favor de seguirme.

Tomaron la escalera. En la planta alta, un carcelero enrua nado, de ojos muy oblicuos, les franqueó una herrumbrosa barrera enrejada de hierro. Anduvieron por un largo pasillo, bordeado por celdas yuxtapuestas, antes de llegar a la que buscaban. Abierta y cerrada ésta, Graciela tuvo frente a si a un Troches en mangas de camisa, con barba descuidada y mirada ojerosa y abatida.

—Apenas puedo creer que estés aquí—dijo él lentamente.

—Fue necesario un soborno muy severo —relato ella, conmovida ante la estampa disminuida del ayer airoso amante—. ¡Necesitaba tanto verte!

Él la estrechó con trémulo vigor. Le besó más que todo los cerrados ojos.

—También yo —dijo—. Pero, ¿te das cuenta del peligro que corres?

—Qué importa ya —suspiró la mujer—. Mi marido sale y vuelve a la ciudad, sin són ni tón, de un día para otro, como si tratara de desconcertarme. Viene haciéndolo así desde el día en que te encarcelaron. Ni siquiera creo que tenga tiempo de llegar a sus haciendas, salvo quizás los fundos del altiplano. Pero me he expuesto a conciencia. Y no sólo por verte. Me preocupa la infamia que se comete con el doctor Baccellieri. El fue como mi segundo padre, Arturo. ¿Cómo es que ustedes no lo han exonerado?

Troches la miró con franqueza a los ojos.

—Sabes que no te mentiría, amor mío —dijo—. Todos nosotros hemos exonerado a Baccellieri. Pero nadie parece interesado en esa evidencia. Marín hasta dejó escapar el nombre de Ladino. A mí no me cabe duda de que se trata de una conspiración política contra tu profesor.

Graciela exhaló otro largo suspiro.

—A quién se lo dices. Mi marido y Saturnino Torrealba la dirigen. De nada valdría, entonces, que ustedes insistieran en denunciar a Ladino. ¡Pero tiene que haber algo que pueda

hacerse!

A diferencia de las otras, la celda que Troches ocupaba poseía una claraboya muy grande, enrejada, que esa tarde dejaba entrar raudales de luz pulverulenta. Hacia ella anduvo ahora el prisionero, para lanzar la mirada hacia el fragmento de cielo azul, única imagen que le restaba ya de libertad.

—Una cosa prométeme —encareció—. Y es que tú no harás absolutamente nada.

Graciela marchó hacia él, que se volvió y la estrechó de nuevo. Sus bocas se juntaron en un largo beso.

—Dios mío, me siento tan confusa —deploró ella entonces.

Arturo apartó la vista en el momento de confesarle:

—Me temo que no podremos eludir una sentencia de muerte, Graciela. Pero júrame que no cometerás ningún disparate.

Que al menos nuestro hijo me sobreviva... Para mí sería el más grande consuelo.

Y, con exaltada tristeza:

—Por mi muerte júrame también que algún día sabrá que es mi hijo.

Graciela abismó los ojos en una súbita nada. Una lágrima empezó a brotar de cada uno de ellos.

—Nuestro hijo... —hipó—. Onzaga no aceptará jamás a nuestro hijo.

El acarició la seda de su pelo. Con rencorosa convicción, declaró:

—Conozco a los hombres de su tipo. Entre el deshonor y nuestro hijo, elegiré a nuestro hijo. De eso puedes estar segura.

Las lágrimas espejeaban ya en las mejillas de Graciela.

—También —coronó— de que voy a empezar a vivir una larga muerte, Arturo.

—Es un hecho, tía. Contra mí hay sólo evidencias circunstanciales. Ninguna prueba.

En mangas de camisa, Baccellieri se encontraba tras las rejas en el cuarto de visitas. Del otro lado, de pie como él, Tomasa y Micaela mostraban los rostros ultrajados por el insomnio y por el sufrimiento. No obstante, se habían aderezado lo mejor que pudieron con sus indigentes roperos. Micaela mantenía gacha la cabeza.

—Asumiendo yo mismo mi defensa —continuó el

abogado—, con mi inocencia me bastará para salir libre. No pueden fundar una sentencia condenatoria en la simple declaración de un moribundo a quien, al parecer, habían obligado a beber chicha.

La tía Tomasa poco sabía de leyes, claro estaba. Sus futuriciones brotaban de intuiciones y de pálpitos que la ciencia de Baccellieri no hubiese ni con mucho refrendado. Sin embargo, era menos cándida que él. Rezaba al día decenas de rosarios precisamente porque su visión del universo y de los hombres había sido pesimista desde su honda niñez. Sus pronósticos resultaban siempre sombríos, porque la vida le había enseñado que casi todo era más susceptible de ensombrecerse que de aclararse. Más que pronósticos, intentaba manifestar salvadoras advertencias. En su pensamiento no había magia, sino desesperación silenciosa que procura aferrarse al madero metafísico. Pero era una mujer práctica y, sobre todo, resignada. Ello no quería decir que ignorase que hay un límite en el cual la paciencia deja de ser virtud. Por eso dijo, tratando de ocultar el temblor que sacudía todo su cuerpo:

—Tengo miedo, Ovidio Ramón. Si te dejan en prisión, ¿qué será de nosotras?

A través de la reja, haciéndose tal vez el que no había oído la admonición de la tía, Baccellieri colocó los dedos en el mentón de Micaela y la obligó a alzar la cabeza. La joven estaba bañada en lágrimas.

—Vamos, primor. Alta esa frente—aconsejó el abogado. Con desolación, Micaela lo miró a los ojos. Balbuceó: —Creo que... siempre me conduje con usted a la zurda, tío Ovidio. Perdóneme. Yo lo quiero. ¡Es usted tan

bueno!

Baccellieri la horadó por un instante con sus ojos, que podían conducirse como espolones o como taladros en determinadas circunstancias. Sí, sí; aquellas canciones de alondra, eran para avisarle que se dirigía al baño, para infligirle su desnuda belleza como un ludibrio. ¿Y qué? Era la única mujer a la que había visto desnuda, y eso se lo agradecía *in solido*, como cómplice que había sido de la maniobra.

—No, primor. No te culpes —dijo—. Reza para que salgamos de este aprieto.

Con sus manos, la acarició y le enjugó las lágrimas.

—Sequemos esas lágrimas. Así está mejor.

Había pedido que le trajeran *Las pruebas judiciales* y la *Introducción a los principios de la moral y la legislación*, de Bentham. Cuando las vio marcharse, palpó y acarició esos libros, no por la sabiduría que pudiesen haberle transmitido, sino por el placer estético que sabía encontrar en el estudio de las leyes. Como Bentham, hubiera querido poder declararse *ciudadano del universo*. Como él, hubiera querido proponer reformas penitenciarias, esbozar un nuevo sistema de lógica. Todo no había sido más que sueños, pero los sueños ayudan a vivir.

Para regresar a casa, Tomasa y Micaela se encaminaron, en ascenso, por una calle empinada, de aleros bajos. Progresivamente, un grupo de obreros comenzó a observarlas desde la esquina hacia la cual se dirigían. Uno de ellos gritó:

—Aquí vienen. Las parientas del asesino.

Otro:

—¡Brujas!

Las mujeres intentaron apretar el paso, pero una piedra golpeó la pared cerca de ellas. La anciana aulló con voz rota:

—¡Cobardes! ¡Atacar a mujeres!

El Congreso de la República aprobó esa misma tarde la ley de jurados, propuesta por el antiguo ministro de hacienda Saturnino Torrealba. Al abandonar éste el edificio parlamentario, Alejandro Puebla le salió al paso y le dijo:

—Una vez lo llamé vendepatria. Ahora le imploro que, al menos, evite que esta nueva ley sea aplicada a Ovidio Ramón Baccellieri.

Saturnino lo miró con altanería.

—¿Cómo se atreve? —replicó—. Escuche, Puebla. No es sólo a Baccellieri, sino a la pandilla del Viejo Molino a la que la nueva ley va a aplicarse.

—Pero es ilegal... —encareció el sastre.

—No lo es —sentenció el otro—. La Constitución de 1843 requiere tan sólo que la pena por aplicar esté señalada por ley anterior al hecho motivo del juicio. No prescribe lo mismo en lo que atañe a los trámites que en él deban seguirse, así que las leyes procedimentales sí pueden expedirse con posterioridad al hecho punible. ¿Satisfecho?

—Eso no es más que un ardid —casi gritó Puebla.

—Usted no entiende. Se trata de implantar un método eficaz para que la ley tenga pronta y efectiva acción. La justicia no puede seguir siendo burlada con las dilaciones y embrollos a que da lugar el actual sistema de enjuiciamiento. Ahora,

apártese.

Con premura subió a su lando, donde lo aguardaban Onzaga y un hombre ceñudo y obsecuente que se presentó como el abogado Evaristo Cardona. Puebla alcanzó a gritar aún desde la calzada:

—¡Miente usted! ¡Lo que quiere es que el jurado quede compuesto por esos felones de la nueva Democrática!

El carruaje se puso en marcha, deslizándose por la Calle Real. En su interior se celebró una interesante conversación.

—Está arreglado, doctor Cardona—informó Torrealba—. Usted actuará como fiscal en el proceso. Baccellieri no puede escapar con vida. El juez Menjura se encuentra en autos. Pero necesitamos su discreción.

Cardona extendió una sonrisa dengosa. Dijo:

—El senador Onzaga me ha dicho que...

—Sí, sí —lo interrumpió Saturnino—. Tendrá usted su remuneración. No hablemos de eso ahora. Me interesa asegurarme de que será usted discreto.

—Evaristo es una tumba —aclaró Onzaga.

El aludido volvió a sonreír. Torrealba lo hizo también, pero para su capote. Sin duda, el crimen perpetrado por Baccellieri en su linda putita iba a recibir un escarmiento.

En la plazuela de San Carlos, enmarcada casi toda por la agencia de mudanzas de Isidro Morales, junto a la pila con su angelote en lo alto, se celebró la cita. La noche era neblinosa y solitaria. Embozado en un bayetón, Abelardo Ladino avanzó lentamente hasta hallarse a un palmo de los surtidores. El

sonido del agua corriente, lejos de refrescar su imaginación, la colocaba sobre alerta.

Pasados unos minutos, en sentido contrario se escuchó el ruido de un coche, que se detuvo a una distancia comedida. Era el lando de los Onzaga, del cual descendieron, cubiertos con velos los rostros, Graciela y Oliva. Anduvieron el tramo necesario para reunirse con Ladino junto a la pila. Graciela se dirigió al embozado.

—¿Es usted, doctor? —preguntó.

—El mismo, señora.

La mujer se le aproximó aún más. Hablaron en susurros, apartando los embozos.

—Trabajo me costó hacerle llegar mi recado —empezó ella, por decir algo.

—La mujer de Froilán me llevó su razón —ratificó él—. ¿Qué es lo que Arturo quiere de mí?

Graciela liberó un poco de cortedad. Estaba nerviosa.

—Soy... yo la que espera algo de usted —aclaró.

Receloso, el viejo compinche de Troches advirtió:

—En la medida de *lo posible*, señora.

Ella ignoraba cómo encarar el tema. Fue una compulsión la que la empujó a declarar:

—Abelardo... ¡Fue a usted a quien Acuña confundió con el doctor Baccellieri!

El hombre retrocedió un poco, pero la sangre fría lo defendió.

—Es Dios quien confunde las cabezas, señora —repuso.

Graciela habló en tono implorante.

—Sólo su confesión podría ahora salvarlo de la prisión y quizá de la muerte.

Ladino inclinó la cabeza, se llevó una mano cerrada a la boca y tosió sobre ella. Finalmente, dijo:

—Perdóneme, señora. Fui como un padre para Arturo. Por él, haría cualquier cosa. Con Baccellieri, no estoy obligado.

—Es una súplica, Abelardo —aventuró ella—. No se puede dejar morir a un inocente.

Tajante, él preguntó:

—¿Me pide poner mi cabeza en la picota?

—Quizá con usted tengan piedad —argumentó ella—. Contra Baccellieri hay una conjura.

—Con nadie tendrán piedad —dijo él.

La esposa de Onzaga, la amante de Arturo, la alumna de Baccellieri sintió que todo iba a ser en vano, pero habló con vibrante ansiedad:

—¡Abelardo! ¡Baccellieri entregó la vida a la causa de los artesanos, de los labriegos, de los obreros! ¡Hay un deber para con él!

—Lo sé —convino el hombre—. Pero sé también que el miedo a la muerte es superior a todo deber. Perdóneme, señora. No puedo.

Su rostro permaneció duro, pero en sus ojos había también una dura súplica.

Se arrimó un lando y descendió de él el juez Héctor Men- jura, colgante de su brazo el paraguas de lustrina, solemne en su indumentaria de paño negro, de las llamadas punta de diamante, que se hubiera dicho más apropiada para asistir a un funeral. Un conserje le ayudó.

—Siga usted, señor juez.

Inquietos grupos de curiosos rondaban ya la puerta principal del edificio del Congreso, en cuya reciente mole decimonónica se había de celebrar, dado el enorme número de asistentes, el proceso de Ovidio Ramón Baccellieri y de los miembros de la banda del Viejo Molino. Entre los nerviosos corrillos, correteaba un chiquillo que vendía periódicos y pregonaba:

—*¡El Imparcial*, con las últimas noticias! ¡Se abre jurado en el caso de Baccellieri y de sus compinches!

Formaban uno de los grupos Bautista Andrade, “Cara de Coime” y otros contertulios de la botica, que habían sido llamados a deponer como testigos. Andrade compró el periódico, examinó de una ojeada la primera plana y comentó:

—¿Qué opinan? ¿No es una especie de maniobra?

“Cara de Coime” respondió con malicia y cinismo:

—Al contrario. Tómalo como un homenaje a la soberanía popular, fuente de todos los poderes y, por tanto, del judicial.

Otro de los presentes, con aire jurídico, aventuró:

—No veo objeción a la aprobación de la ley de jurados, pero sí a que sea aplicada a la banda del Viejo Molino. Recuerden que nadie puede ser juzgado sino de acuerdo con leyes preexistentes al acto que se le imputa.

Otro lando se acercó al edificio. De él descendió el fiscal Evaristo Cardona, armado de un ceño pontifical. El conserje le ayudó igualmente.

—Buenos días, señor fiscal.

Entró en el edificio, entre las miradas reverentes de los circunstantes.

—Esas son paparruchas jurídicas —conceptuó “Cara de Coime”—. Violar un principio es como beber agua si la opinión pública clama porque se viole.

—Estoy de acuerdo —intervino otro de los contertulios de la botica—. En este caso, es el clamor popular el que pide que se aplique retroactivamente la ley.

—¡Pero es violatorio de la Constitución! —protestó Andrade, erudito como todo boticario.

—¡Paparruchas jurídicas! —machacó “Cara de Coime”.

Alguien sugirió que era hora de entrar y los invitó a hacerlo con un amplio ademán de brazo. Ingresaron, pues, en el edificio, en cuyos pasillos pululaba toda laya de rúbulas, charlatanes, indoctos, políticos, oportunistas, pedigüños, jurisperitos, conserjes, sirvientes y, sobre todo, los representantes de ese mal necesario que se llama el periodismo. La sala en que iba a celebrarse el proceso era vasta; piénsese que constituía, en realidad, el salón de sesiones de la Cámara de Diputados.

En el lugar reservado a la presidencia se encontraban el juez Menjura y sus secretarios. Había a su izquierda una bancada reservada para el jurado y, a su derecha, otra para los acusados. El resto de las curules era ocupado por el público, tan numeroso que Andrade y sus amigos debieron permanecer de pie, por haber aguardado al último momento. Entre ese público, aquí y allá, se encontraban Graciela y Oliva; Tomasa Baccellieri y Micaela; María Salomé, la concubina de Bocanegra; Julio César Avanza y Pastor Quesada. Asimismo, los testigos que irían siendo llamados. Pero, en su gran mayoría, lo formaban obreros y artesanos, que antes apoyaban a Baccellieri y ahora, por el giro de los acontecimientos y las artimañas de la Democrática, se habían convertido en sus peores enemigos.

Menjura golpeó con un mazo la mesa e impuso silencio. Anunció:

—Se abre la causa penal del Estado contra Ovidio Ramón Baccellieri, Arturo Troches, Francisco Bocanegra, Gregorio Marín y Froilán Díaz. Se ordena a los acusados hacerse presentes en la sala.

Los acusados hicieron su entrada entre el bisbiseo de los comentarios. Baccellieri y Troches traían en alto la cabeza, en actitud que el público interpretó no como de orgullo, sino como de franco y cínico desafío. Bocanegra, Marín y Díaz venían más bien abatidos. Mientras los primeros vestían como caballeros, a despecho de la raída indumentaria de Baccellieri, los otros traían ropas menesterosas, que denunciaban su origen social. El viejo abogado de la Sociedad de Artesanos cargaba consigo dos o tres volúmenes de obras jurídicas, visto que había asumido su propia defensa. Ocuparon, entre la marea alta

de los comentarios, el lugar que se les señaló. De entre el público, surgió de pronto la figura maciza de Cristo Herrera Vélez, que gritó:

—¡Que venga ahora el presidente Gómez a seguir abrazándose en público con su gran amigo Baccellieri!

El juez golpeó con el mazo.

—¡Silencio! —ordenó, mientras demoraba la rechifla de la Democrática—. Se ruega a los señores miembros del jurado ingresar a la sala.

No bien los cinco miembros hubieron obedecido, un fermento de comentarios se alzó entre los concurrentes. Graciela los observó, perpleja. Eran ni más ni menos que los currutacos que acolitaban a Pastor Quesada en la nueva política impresa a la Sociedad; o, lo que era lo mismo, una punta de enemigos acerbos de Baccellieri. Desde su lugar, Andrade dijo al oído de “Cara de Coime”:

—Me dirás si no es estrado que el jurado haya sido escogido precisamente entre el ala gólgota de la Democrática.

El otro se encogió de hombros. El jurado ocupaba su lugar.

XV

Para Graciela de Onzaga, cuyo corsé difícilmente podría seguir disimulando ya por mucho tiempo su preñez, el proceso adquirió desde el comienzo una atmósfera nebulosa. La acometían vahídos y conatos de vómito, a ratos impulsos de levantarse y descascarar la argamasa de las paredes para comérsela. Vagamente la inquietaba ese Baccellieri que, confiado por modo palmario en su inocencia, se mostraba indiferente ante las severas deposiciones de testigos y, en forma deliberada, ofreciendo a la avidez del público su lechuzo perfil, se limitaba a tomar notas y hojear libros. Pero no se sentía con absoluta conciencia de lo que acontecía en su torno. Todo parecía poseer una especiosa calidad de sueño. Los seres humanos se le antojaban ya demonios, ya repentinos ángeles. El mundo era un gran trozo de cal o de pellada devorado por el caos.

Se preguntaba qué podía sentir Arturo en su fuero interno. ¿Puede la fe en un ideal inspirar tal aplomo ante los pasos arteros de la muerte? Y a Arturo, que estaba en prisión cuando se cometió el asesinato de Acuña, ¿por qué lo metían en un mismo redil con los presuntos asesinos? Su cabeza giraba en un vórtice que se esforzaba en disimular. Tenía que seguir aparentando ser la muy digna esposa del senador Onzaga. Por ese vórtice pasaron girando los testimonios de Rafaela Escandón, la vecina que oyó los gritos de Acuña al ser apuñalado y que dijo estar segura de que eran las ocho en punto cuando abrió la ventana. De Simona Atehortúa, la propietaria de la chichería, para quien faltaban por lo menos tres cuartos para las ocho cuando asesinaron al herrero. De Dolores, la

viuda, que pidió expresamente que le volviesen a traer la Biblia para jurar que eran las ocho menos cuarto cuando fueron a avisarle que Dominguito había sido herido.

De repente, comprendió que hacía días ya que se había acostumbrado a la idea del ajusticiamiento inevitable de Arturo, y que era la situación de Baccellieri, a quien sabía inocente, lo único que seguía resultándole intolerable. La situación de Baccellieri, que de niña le había enseñado que la justicia equivalía a la verdad en acción. Y, de todas formas, ¿no era Baccellieri *el único* juzgado allí? ¿No perseguían su condena y *sólo su condena* todos aquellos testimonios encaminados a fijar la hora del delito? El del doctor Mallarino, según el cual eran pasadas las ocho cuando el abogado pretendió saludarlo en la calle. El de algún contertulio de Andrade, según el cual eran mucho más de las ocho cuando el abogado llegó a la botica, pero él insistía en que ni siquiera eran las ocho...

Hubo, desde luego, atestaciones perfectamente honestas. La del propio Andrade, que opinó:

—Cuando Baccellieri llegó a la botica, faltaban segundos para las ocho. Sin duda, él se preocupaba mucho en demostrarnos que era más temprano.

La de otro de sus contertulios, que describió su atavío diciendo que vestía una capa española de cuello de piel y una chistera.

Y las hubo del todo canallescás, como la de “Cara de Coime” que, fingiendo una duda prudente, afirmó:

—Me parece que llegó vistiendo un bayetón y un sombrero de fieltro...

El torbellino en la mente de Graciela rotó con mayor intensidad cuando habló el fiscal Evaristo Cardona. A Oliva, por cierto, le causó risa el desaliño intencional de aquel hombre, uno de esos que creen que ser un brillante intelectual radica principalmente en descuidar el charol de los zapatos. Su intervención fue tan morosa como el proceso en general. De ella, Graciela sólo consiguió escuchar fragmentos, tal era el desorden que tiránicamente se imponía en sus ideas y la transportaba a tiempos y a espacios y a órbitas distantes.

Lo oyó decir:

—Contra Baccellieri tenemos la máxima prueba. La propia víctima, Domingo Acuña, declaró en su agonía que uno de sus asesinos era él. Lo oyeron desde las primeras personas que llegaron en su auxilio, hasta las últimas que le asistieron, entre ellas el jefe de policía, señor Petronio Preciado.

Notó que, mientras Cardona hablaba, Baccellieri fingía hallarse absorbido por la lectura de *Las pruebas judiciales*, de Bentham. ¿No era aquélla una táctica en grado sumo inocente, dada la palmaria conjura que se tejía en su contra? Y aun así, dicha actitud se encontraba muy lejos de granjearle simpatías entre el público. Se la interpretaba como una escandalosa exhibición de cinismo. Graciela, por comentarios que escuchó a su alrededor, lo comprobó con angustia. Oyó al fiscal decir:

—Medite, pues, el jurado en esa singular declaración. Examine lo afirmado por el moribundo con todo el rigor de la crítica. Pregunte después a su conciencia, a la conciencia de todos los hombres...

Sin poder evitarlo, voló hacia los tiempos en que Baccellieri era su profesor. Por entonces, el peculiar abogado

lograba, gracias a ingresos más sólidos, vestir con mayor elegancia. Hubiese deseado, tal vez, ser un dandy. Acaso para borrar esa impresión que su fisonomía daba de pájaro de mal agüero, y que muchos preferían zanjar imaginándolo un ser insignificante. Acaso para vencer la timidez de donde brotaba toda esa complicación, esa aparente afectación... Por esos tiempos, hablaba con apasionamiento de René Descartes y sostenía que, con tal de que nuestra alma tuviera con qué satisfacerse interiormente, todos los azares exteriores no tendrían fuerza suficiente para hacerle daño. Sostenía que el bien que hubiésemos hecho nos proporcionaría una satisfacción interior, que llegaría a ser la más dulce de todas las pasiones. ¡Ingenuo docto, Baccellieri! Jamás se rebajó a considerar lo mudable que puede resultar, como regla, esa conciencia que el fiscal invocaba como una especie de oráculo divino.

Cardona proseguía su alegato. Los jurados cuchicheaban, dubitativamente, entre sí. Baccellieri aún parecía sumido ni Bentham. Arturo Troches bostezaba de modo ostensible. De pronto, sus ojos se cruzaron con los de ella, que apartó la mirada. Entonces le dirigió un guiño a Oliva, que sonrió con su nítida dentadura.

—Se le preguntó a Baccellieri —avanzaba el fiscal— dónde había estado a la hora del asesinato y respondió que, desde las siete y media, en la botica de Bautista Andrade. Confiaba en ser indiferente en las boticas la hora en que llega un individuo, intento que se malogró con las terminantes declaraciones de los presentes.

Cardona hizo entonces un recuento de los hechos inmediatamente posteriores, omitiendo, por supuesto, la circunstancia de haber sido Baccellieri quien persuadió a Bautista Andrade de acudir donde el herido, acción que

seguramente no hubiese emprendido —reflexionó Graciela— de saber que el herido podía señalarlo como su asesino. La idea la exasperó, sobre todo porque, al dirigir hacia Baccellieri los ojos en ese momento, creyó ver que el acusado dormitaba en una forma apacible y pernicioso, cual si aquello que acontecía en el entorno nada tuviese que ver con él. No obstante, algo le indicó muy pronto que el abogado sólo simulaba dormir. El fiscal dijo:

—En el camino una patrulla lo sorprendió, le ordenó que se entregara y él, sin preguntar por qué lo prendían, se entregó y apenas si articuló un: “Vamos, pues”.

Entonces Baccellieri abrió los ojos y gritó:

—Objeción, señor juez. Pensé que se me detenía por el sumario que se me abrió por injurias al presidente Gómez.

—Ha lugar la objeción —dictaminó Menjura.

Graciela suspiró con un poco de alivio, al imaginar que su antiguo maestro era aún capaz de ciertas reacciones. Mas, muy en el fondo, ¿su interpelación no iba dirigida más bien a notificar, jactanciosamente, a la concurrencia de que obraba contra él un sumario por acciones políticas? ¿No encajaba, en cierto modo, dentro de su natural apocado, que lo hacía quitarse el sombrero ante un Mallarino, sólo porque su autoestima crecería si Mallarino llegase a responder con efusión su saludo? Baccellieri le dolió, le dolió en toda el alma, en ese instante. Pobre espíritu mútilo, pensó, capaz de remontarse a las más vertiginosas alturas del intelecto, pero no de establecer con los humanos un trato acorde con su voz afectada, como la del que quiere simular u ocultar alguna cosa... Y se convencerá de que hay naturalezas que tienden incesantemente a revelarse como son, y que cuando se trata de disfrazarlas con una urbanidad postiza, la máscara queda

transparente y deja ver en el fondo la realidad escueta.

Lo único que faltó fue que invocara la casa en que habitaba, con su escalera que iba del ático al sótano, tan apto para refugiar conspiradores ilusorios. Salió, en cambio, a brillar, como remate de la perorata, la lechuza colocada sobre el reloj de péndulo, sólo que, en un esfuerzo involuntario de su fantasía, el fiscal la permutó en un murciélago disecado.

—Lechuza, señor juez —intentó rectificar el reo, consciente de que un ave rapaz será siempre mucho menos alarmante que un murciélago. Mas su voz fue sofocada por el modo enfático con que Cardona articuló su: —He dicho, señores.

Micaela lloraba. Tomasa Baccellieri estaba sobrecogida de temblores. Graciela apenas podía recatar las lágrimas.

Había acudido a confesarse con el prior Facundo Arambarri, en la iglesia de San Agustín. Necesitaba volcar el contenido confuso de su conciencia, saber si debía apersonarse, en auxilio de Baccellieri, como declarante.

La audiencia había sido suspendida hasta el día siguiente. En la ciudad, todos daban a Baccellieri y a la banda del Viejo Molino por perdidos. Ella misma se había resignado a la condena de Arturo, cuyo fruto llevaba en las entrañas. Pero Baccellieri, ¡Dios mío, Baccellieri! Aquello no podía consentirlo la misericordia divina... Todo lo exteriorizó a Arambarri, de rodillas ante la ventanilla lateral, a través de un tabique. Mas resultaba claro que el prior, hundido cavilosamente en el confesonario, sabía de quién se trataba.

El templo, a esa hora, se veía solitario. Con voz hecha trizas, Graciela concluyó:

—Ahora que se lo he dicho todo, padre Facundo, más que su absolución pido su consejo. Como cristiana, ¿no es mi deber hacer brillar a cualquier precio la inocencia de Ovidio Ramón Baccellieri?

En el interior del afelpado confesonario, el prior habló con la sien apoyada en la mano derecha. Su voz sonó ahuecada, un poco fantasmal.

—Yo encuentro aquí, mujer —dijo—, lo que la casuística llama una colisión de deberes: dos deberes igualmente apremiantes y que, por reclamar cumplimiento simultáneo, se excluyen. El uno lo tienes hacia tu viejo profesor; el otro, hacia el hijo que vive en tu vientre.

De repente, abandonó el confesonario. Le indicó:

—Ven conmigo.

Sorprendida, Graciela se incorporó y lo siguió. Marcharon hacia el altar mayor.

—Estamos ante la Sagrada Presencia —siguió hablando el prior—, estamos ante Dios. La colisión de deberes existe sólo en el defectuoso conocimiento del Hombre, no en la mente santa y sabia del Creador. El posee siempre la verdad, y Él puede transmitírnosla.

—Sí, padre —asintió ella, contrita.

—Quiero dejarte, pues, a solas con El —sentenció Arambarri—. Dirigiéndole tus oraciones, El iluminará tu mente.

—Sí, padre.

Este agregó aún:

—No te negaré mi absolución cuando hayas decidido lo que debes hacer. Pero antes de dejarte a solas con el Señor, quisiera hacerte notar algo.

Graciela lo miró estupefacta. En el rostro del prior se pintaba ahora toda la experiencia y toda la astucia de un viejo sacerdote. Al fondo de sus pupilas brillaba la llama amarilla de los exvotos.

—Piensa ante todo en lo que valdría realmente, en la práctica, tu testimonio. Piensa en la forma como estropearías no tanto tu vida como la del hijo que esperas, al confesarte cómplice de crímenes tan siniestros y repudiados. Y piensa también que todo lo harías en vano, porque Ovidio Ramón Baccellieri se encuentra condenado ya en la conciencia de todos los ciudadanos. Piensa que de nada valdría tu sacrificio. Piénsalo y, ahora, conversa con el Señor y que él ilumine tu oscuro entendimiento.

Sin esperar su reacción, le dio la espalda y regresó por donde había venido. Graciela quedó confundida. Lo vio marcharse, elevó los ojos hacia el altar mayor y un infinito vacío empezó a llenar su alma.

XVI

En la sala del tribunal reinaba un acechante silencio. El juez Menjura anunció:

—Tiene la palabra el acusado Ovidio Ramón Baccellieri, que por propia voluntad actúa igualmente en su defensa.

Baccellieri se irguió patéticamente, con la frente en alto, y se situó frente al jurado. Sus ojos iluminaban como los de una lechuza. Ahora, parecía muy seguro de sí. A alguien arrellanado en el asiento vecino, Herrera Vélez susurró:

—Ahora viene lo bueno.

El acusado inició la intervención con su afectación habitual, pero también con cierta inusual serenidad:

—En este mismo recinto sagrado —dijo— los apoderados del pueblo aprobaron hace muy poco la ley de jurados. Ellos la creyeron conveniente para la buena marcha de nuestra justicia. Yo, a quien esa ley se aplica con retroactividad ilegal, sólo pido por ahora que ojalá sirva únicamente para cavar el sepulcro de verdaderos criminales.

Graciela pensaba ahora en la colisión de deberes, en el deber en abstracto. ¿Por qué imponía Dios una obligación, sin dar margen a cumplirla? ¿No se habría preguntado eso el prior Arambarri? ¿No se lo habría preguntado San Pablo, al prescribir que cada cual llevase su carga? Si ella alzase la voz hoy por este hombre que hablaba en su propia defensa, y que años atrás le había enseñado que era digno de alabanza hacer, no lo que es lícito, sino lo que es nuestro deber; si alzase la voz por él, a la vuelta de unos meses, repudiada por su marido,

tendría que servir como fámula en alguna casa de antiguos amigos o, acaso, que vender su cuerpo en un prostíbulo...

¿Podría sobrellevar esa paulina carga? ¿O era más bien una carga impuesta por cierto monstruo llamado *sociedad*, en el que San Pablo poco se detuvo a pensar?

Advirtió cuchicheos y nerviosismo en el público y volvió a prestar oídos a las palabras de Baccellieri.

—Creo ser hombre de ciertos precedentes —apuntaba éste—. De intachable conducta. La sensatez tendrá que absolverme. Acuña me acusó por su asesinato. Pero lo hizo en momentos en que el alcohol oscurecía su mente. Su acusación sólo daba, pues, un mero indicio; como prueba en contra mía, habrá que convenir en que es estrictamente circunstancial. Tampoco aclaró qué motivo podía tener yo para asesinarlo.

Por las mejillas de Graciela rodaban lágrimas ahora. ¿La sensatez? ¿Pero era Baccellieri tan candoroso que ni siquiera se había oído la conjura? ¿Y tan inerme que pensaba que la mera inocencia sirve para salvar?

—Se ha dicho que porque tuve amistad con los miembros de la banda, porque me mostré en público con ellos y porque los defendí en la Sociedad de Artesanos —proseguía el abogado, todavía sereno—, necesariamente soy su cómplice. Cualquiera con un mínimo de buen sentido comprenderá que se trata de una conclusión pasional.

Una cosa parecía evidente, se dijo la esposa de Onzaga. Y era que Baccellieri había decidido interponer un terminante lindero entre él y sus antiguos amigos. En ese instante, una punzada en el flanco izquierdo la hizo cambiar de posición en el asiento. El abogado aludía a Arturo, y lo hacía en términos que ella no compartía, pero que conseguía explicarse. Decía:

—Arturo Troches vivió y comió por un tiempo en mi casa. Eso no lo he negado. Más aún, sólo le acepté dinero meses después, cuando él me lo propuso. Pero yo no tenía por qué saber que se trataba de un individuo requerido por la justicia en el sur. Eso lo vine a conocer hace muy poco...

Troches juzgó prudente alzar la voz para aclarar:

—Se me buscaba por acciones políticas, que conste.

El juez Menjura hizo uso del mazo.

—El acusado Troches —dictaminó— no es apto para calificar aquí sus propias faltas. Se le ordena guardar silencio y se solicita al jurado hacer caso omiso de esta interpelación.

Menjura, pensó Graciela, acababa de mostrar los colmillos, los colmillos de la ley. ¿Qué creía Arturo poder lograr con aseveraciones como aquélla? Las leyes de su patria jamás habían condescendido a contemplar la naturaleza política de un presunto delito. El corazón se le estrujó al recordar los ratos que Troches y ella habían pasado juntos. Pertenecían ahora a un pasado torrencioso que había poseído calidad de ensueño y, de repente, la poseía de pesadilla. Sintió deseos de vomitar y debió abandonar la sala en busca de un excusado. Cuando regresó, no aliviada del todo, se sorprendió al ver a Baccellieri transfigurado. Había perdido toda la serenidad con que inició su intervención. Era como si, poco a poco, hubiese crecido en él la certidumbre de la inutilidad de todo lo que decía.

—Póngase en mi lugar, señor fiscal —casi suplicaba—. Supongamos que tengo razones para matar a un hombre. ¿Sería lógico que eligiera para hacerlo el mismísimo portón de mi

casa? ¿Cometería semejante tontería un abogado como yo? ¿Incurriría en un disparate impropio hasta del más tonto de los hombres?

—Acaso quería que pensáramos eso —vociferó desde el público, desaforado, Cristo Herrera Vélez. Menjura debió imponer orden.

Aquí, prácticamente, concluía la defensa. Baccellieri había expuesto todos sus argumentos. Trató de escudriñar vehementemente en el semblante de los miembros del jurado y sólo halló, en la totalidad de ellos, un desprecio calcinante hacia sus razones, exteriorizado en una risa crispada. Comprendió que sus palabras habían caído en el vacío y su cara empezó a constelarse de sudor.

—Señores jurados—adujo con angustia—: pido comparar mis razones con las del señor fiscal. Si después de oídas, a pesar de la transparencia con que he tratado de presentarme, soy condenado, entonces tendré que creer que sobre mí pesa definitivamente una fatalidad.

Una inmensa y humillativa carcajada estalló entonces entre el público. Baccellieri paseó la vista, aterrado, por el juez, por el jurado, por todos los presentes. Comprendió que no había nada qué hacer, que sus palabras no habían obtenido efecto alguno. Estaba perdido. Una mueca torció su rostro, una mueca afectada, desagradable, por desdicha. Gritó:

—¿Están sordos todos ustedes? ¡Soy inocente y he vivido con pureza! ¡Si soy herido de muerte, lo seré por hombres que no saben lo que hacen!

“Cara de Coime” susurró al oído de Andrade:

—Está comparándose con Cristo el muy bribón.

Un sudor pesado corría ahora por el rostro del reo. Graciela no pudo contener un sollozo. El pobre doctor extendió los brazos y volvió a gritar:

—¡Sobre la conciencia de ustedes caerá mi muerte! Moriré inocente, sin remordimiento.

Inclinó la cabeza y tornó a alzarla.

—¡Ustedes se convierten, sin darse cuenta, en instrumento de una venganza oficial! Si muero, mi muerte comportará no otra cosa que un asesinato oficial. ¿No lo comprenden?

Se hizo un silencio perfecto, aplanador. Baccellieri golpeó de pronto con un puñetazo el estrado del juez. Como inmerso en una especie de agonía, ululó:

—¡Pero es mejor no pedir misericordia a borregos sin conciencia! ¡Es mejor emplazarlos al tribunal de Dios! ¡Que chupen mi sangre los vampiros si así lo desean!

Graciela emitió un alarido. Se produjo una nueva explosión de risas.

La mano de un criado vertía vino rojo en una bella copa de *baccarat*. La copa fue puesta en manos de Saturnino Torrealba, quien a su turno la pasó a Agustina, a la reivindicada Agustina, y esperó a que el criado sirviera la siguiente. Se hallaban en el salón de recepciones del palacio presidencial. Ardían los candelabros en las consolas. Retratos de próceres y un enorme *buffet* solemnizaban la ocasión.

El presidente José Valerio Gómez, vestido de gala,

recibía henchido de vanidad las felicitaciones de Filiberto de Onzaga, del juez Menjura, del fiscal Cardona, amén de las de una rumorosa concurrencia de políticos y de hombres acaudalados. Se trataba de una recepción para celebrar la aprobación final de la totalidad de las reformas propuestas al Congreso por el poder ejecutivo.

Saturnino alzó la copa:

—Por la equidad de la reforma.

—Por ustedes, que la hicieron posible —correspondió Gómez.

Bebieron. El general hizo entonces un ademán para reunirlos a todos en intimidad. El círculo se estrechó. Gómez dijo:

—Hay algo que deben saber. Tan pronto el jurado declaró culpables a Baccellieri y a *su* banda, han empezado a lloverme peticiones de clemencia. ¿Cuándo se pronunciará la sentencia?

—Mañana en la mañana, general —reportó Menjura.

—Claro, es algo que sólo puedo dejar a la conciencia de ustedes —postuló el presidente—, pero... ¿no sería posible una simple condena a prisión perpetua?

Los demás se miraron entre sí. Era obvio que no deseaban contrariar al primer magistrado, pero también que anhelaban la condena a muerte para los procesados. Onzaga golpeó discretamente a Saturnino Torrealba con el codo. Este comprendió la insinuación y tomó la vocería.

—Si bien se mira, Excelencia —arguyó—, una sentencia de ese carácter envalentonaría a quienes desean hacer

de las suyas. No, general. Pienso que se impone, en este lamentable caso, la condena a muerte.

Todos lo miraron con gesto de aprobación. Gómez titubeó.

—Un poco de misericordia... nunca está de más —insistió. Acaso, más que los pedidos de clemencia, era su propia conciencia la que hablaba.

Onzaga se apresuró a interponer:

—Pero la compasión los mantendría vivos y, desde luego, con áreas de influencia—dijo—. No, general. La misericordia labraría, en estas circunstancias, futuras desgracias. Tampoco faltaría quien dijera que usted intervino en favor de ellos para pagar viejos servicios.

Aquí, Gómez se sobresaltó y frunció el ceño. Había captado la amenaza.

—Entonces, ni una palabra más, senador. Olvídelo. Que el juez actúe según su recta conciencia.

Se acercó en ese instante, con pompa casi papal, el arzobispo Niebles que, apático respecto a la reciente expulsión de los jesuitas, acababa de entrar en el salón. Sin ver que un criado se había interpuesto para servirle vino, Gómez se movilizó nerviosamente para saludar a este prelado que, sin que nadie entonces pudiera ni soñarlo, un año más tarde tendría que abandonar el país precisamente por diferencias con el poder civil.

—¡Querido señor arzobispo...!

Pero sus manos tropezaron con la botella y el vino rojo cayó sobre ellas, como si las ensangrentara. Fueron, por un

instante, un par de manos sangrientas. Con presteza un criado aproximó un servicio de lavado. Gómez lavó sus manos lentamente y las secó. Diecinueve siglos atrás, Poncio Pilato había hecho lo mismo en Jerusalén. También en esa ocasión se profirió una sentencia, tal como Menjura lo hizo a las once de la mañana del día siguiente en la sala del tribunal.

—Y por tales consideraciones —decidió—, se sentencia a Ovidio Ramón Baccellieri, a Arturo Troches, a Francisco Bocanegra, a Gregorio Marín y a Froilán Díaz a morir fusilados en la Plaza Mayor antes de dos semanas a partir de la fecha.

Baccellieri y Troches se advertían serenos ahora. Graciela, Tomasa y Micaela acusaban tan sólo un gesto estúpido. Dos guardias tuvieron que sacar en vilo a María Salomé, que gritaba como posesa. Más discretamente, Oliva derramó una única lágrima en su cubículo de criada: en secreto, amaba con furor, con impotencia a Arturo Troches.

A oscuras, en soledad, vistiendo apenas un camisón de dormir, desgañada, sin cubrirse con las mantas, Graciela de Onzaga estaba tendida, con los brazos inertes, boca arriba, sobre el lecho lagarterano en donde con deleite estrechara en días menos augúrales el cuerpo de Arturo. Acababa de rechazar con un débil puntapié al perrito, que se proponía hacerle fiestas. Lágrimas brotaban en abundancia de sus ojos, sin que ni siquiera intentase enjugarlas. Su embarazo era ya evidenciable a simple vista.

Por su fantasía cruzaban imágenes desatentadas. Veía al profesor Ovidio Ramón Baccellieri, con una palmeta en la mano, vigilando el ingreso en fila de los educandos a su casa de estudios. Lo oía predicar que el saludo está regido por

idénticas reglas básicas que la presentación: el señor saluda a la señora, el más joven al más viejo, el subordinado al superior. Ah sí, entre compañeros y personas de igual categoría, el saludo lo inicia siempre el más cortés. Pero es imperativo responder el saludo, aun si por alguna razón nos desagrada quien nos lo dirige.

—No es de buen tono —decía— humillar al de menor rango social o económico. De hecho, constituye la prueba más acabada de la existencia de un alma vil.

Era asombroso cómo podía revivir aquellas clases, cual si las estuviera presenciando. ¿De dónde sacaba Baccellieri los ejemplos pintorescos que solía traer a colación? ¿Los inventaría? Aseguraba, por ejemplo, que Miguel de Cervantes cenaba en alguna ocasión con un aristócrata, conde o algo así, y con un director de mojigangas. El aristócrata acababa de describir sus apasionantes viajes por una Italia como ambientada en atmósferas de Vittore Carpaccio, sus experiencias en los regadíos de Lombardía y Piamonte, las elaciones que le aportó la luz sutil de Parma y Venecia, su admiración por el sistema italiano de banca... Don Miguel quiso entonces adobar la conversación con una anécdota auténtica, que vivió en Messina, cuando viajaba con la Armada Cristiana hacia la que había de ser batalla naval de Lepanto. Ocurrió que, frente a la iglesia normanda de la Annunziata dei Catalini, dos encumbrados caballeros, el duque de Naxos y el duque de Orsini, se enzarzaron en una incontinente disputa con gentes de la gleba. Cervantes, que pasaba ocasionalmente por allí, debió intervenir... Mas, en este punto de la anécdota, el conde o lo que fuera preguntó al director de mojigangas si no se le antojaban egregios aquellos

repollos que les habían servido en la cena. Notificado así de que se le consideraba un comensal de segundo orden y de que sus andanzas por Messina les importaban una higa a sus acompañantes, Miguel de Cervantes optó por levantarse y abandonar la mesa.

—Lo hizo abruptamente —apuntaba Baccellieri—, pero lo asistía toda la razón, pues acababa de ser humillado por un individuo que se juzgaba a sí mismo superior a él. En el reino celestial, ¡ya quisiera ese mequetrefe que Dios lo sentara a cenar con Cervantes!

Lo dúplice y lo fantástico de esa anécdota era que, al parecer, no correspondía a Cervantes, sino al propio Baccellieri. Graciela pudo averiguarlo en alguna velada social. El aristócrata no era tal conde, sino un lechuguino aborígen. Baccellieri tomaba, pues, venganza de un modo inocente, casi artístico. No obstante, la anécdota de Messina podía ser real. Alguien, alguna vez, aseguró haberla leído en las memorias del duque de Orsini, traducidas al español por un señor Mujica en la Argentina.

Recordaba a Baccellieri en centenares de circunstancias, pero no conseguía imaginarlo marchando hacia el fusilamiento. Pese a todas sus acerbas reflexiones acerca del monstruo social, en lo hondo Graciela no había perdido la convicción cristiana de que la Providencia no puede permitir jamás la ejecución de un inocente. La Providencia era, según Tomás de Aquino, el plan divino del orden de las cosas. Nada caía fuera de ella, todo lo gobernaba. Dos demostraciones filosóficas aportaba la tradición eclesiástica: *a priori*, había que concluir de la infinita sabiduría, de la bondad y de la omnipotencia divinas que Dios había señalado a todas y cada una de sus criaturas fines

adecuados a sus naturalezas y les había dado medios para alcanzarlos *posteriori*, lo demostraba la existencia irrefragable del orden del mundo. Existía, no obstante, un grave argumento en su contra, y radicaba en la también irrefragable existencia del mal.

Acaso, se decía, la Providencia necesita, a menudo, que se le dé una mano. Ella hubiera podido dársela, pero el fruto que alentaba en sus entrañas establecía la implacable colisión de deberes. ¿No habría, sin embargo, un último recurso, fundado por desdicha en el ser menos providencial que había conocido? ¿Ese recurso no podría llamarse Filiberto de Onzaga...?

Se incorporó. Enjugó las lágrimas. La esperanza había renacido en ella y la esperanza hace que agite el náufrago sus brazos en medio de las aguas...

En el lujoso despacho, había profusión de libros bellamente empastados y jamás leídos, alineados en anaqueles junto con garbosas porcelanas y cerámicas; también un escritorio de gusto rococó, con unos cuantos papeles, un tintero con una pluma espléndida de ganso, un cenicero de murano, un diario forrado en cuero. Los sofás y sillones eran opulentos. La iluminación de labrados candelabros caía sobre un enorme cuadro al óleo, que representaba a Filiberto de Onzaga y (¡ue esa noche, desde la peculiar posición de Graciela, enmarcaba al Onzaga de carne y hueso que la sujetaba por los hombros.

Esas manos le hacían daño, pero ella seguía rogando:

—Te lo imploro, Filiberto. ¡Haz algo! ¡Te juro que puedo dar testimonio de la inocencia de Baccellieri!

Impertérrito, sujetándola fuerte, Onzaga replicó con voz

maciza:

—¿También de la inocencia de Arturo Troches?

Sin entender, desesperada, ella proclamo:

—¡Nada tiene que ver ese Troches! ¡Hablo de la inocencia de Ovidio Ramón Baccellieri!

—¿Nada tiene que ver? —sonrió Onzaga siniestramente—. ¿No es Troches el hombre que venía a esta casa a hacerte el amor disfrazado de fraile? ¿Al que visitaste en la prisión, como Vanegas me lo reportó a cambio de una linda suma?

Graciela quedó en suspensión, idiotizada. La respuesta de su marido la había golpeado de súbito en una zona distinta de su mente y de su sensibilidad. Onzaga gritaba ahora, iracundo:

—Te sorprende, ¿verdad? ¡Creías que lo ignoraba! ¡Tú y ese rufián creyeron que podían burlarse de mí!

Graciela debió realizar ahora un esfuerzo conspicuo para suplicar:

—Te hablo de mi profesor Baccellieri...

Su voz había procurado ser humilde, y violentamente contrastó con el tono áspero de Onzaga:

—Baccellieri y todas esas sabandijas morirán en la fecha indicada. Sus cabezas serán expuestas en la picota pública. El último que movería un dedo para salvarlos sería precisamente ^{yo},

Ciega de alarma, Graciela arremetió a golpes contra su pecho impávido.

—¡Te odio! ¡Te odio! —gritó.

Onzaga la rechazó de un empujón. Graciela rodó por el piso. Logró incorporarse a medias y, mientras su marido seguía hablando, se replegó medrosa hacia el sofá.

—¡Y tú me repugnas! —bramó Onzaga—. ¡Me repugnas tú y me repugna la maldita simiente que sé que llevas en las entrañas!

La mujer entró ahora en estupor.

—Esperas un hijo suyo, ¿verdad? Pues bien. En aras de mi honor, nacerá. En aras de mi honor, lo educaré como a un hijo. Pero, en aras de mi honor, lo odiaré hasta la muerte, como a ti.

Se dio vuelta y quedó de espaldas a ella, como rumiando su deshonor. De repente, giró otra vez y, fuera de sí, rompiendo el dique que se impuso por largo tiempo, aulló:

—¡ ¡ ¡ Malditaaaa...!!!

XVII

En un recodo lleno de botes de basura, la figura de una mujer andrajosa escarbaba entre las inmundicias. Extraviada ya por completo en las comarcas de la locura, María Salomé retiraba cualquier desperdicio del basurero y se lo llevaba a la boca, paladeándolo con deleite.

Avanzó vacilante, con borrosa sonrisa, hasta detenerse frente a la fachada del convento de San Agustín. Allí elevó los brazos para bailar un sonecillo casi inaudible que tarareaba.

Se abrió la portezuela del convento y salieron el prior Arambarri, con el copón de la eucaristía; un acólito portando

una cruz negra con la imagen de Jesús y, a sus pies, la Dolorosa; dos acólitos más, con faroles de hojalata agujereados que, en las extremidades de dos astas, llevaban las velas de los agonizantes; y un cuarto acólito que agitaba la campanilla del viático. Era la radiante mañana de un jueves más en el océano de los jueves. Al verlos salir, María Salomé los señaló con el dedo índice y lanzó una horripilante carcajada.

El viático progresó hacia la prisión por una callejuela colonial. Tomasa Baccellieri, sentada en el borde de su lecho, estaba abrazada con Micaela. Ambas en camisón, oyeron la campanilla.

—El viático para Ovidio Ramón —musitó la anciana—. Arrodillémonos.

Cayeron de hinojos. Había lágrimas en los ojos de ambas, cuando entrecruzaron los dedos de una y otra mano para orar ardientemente. También una sombría resignación.

El cortejo atravesó una calle lateral, sobre la cual daban los altos muros de piedra fortificada de la prisión. Luego llegó a la puerta principal, cuyos guardias se descubrieron.

Era un lóbrego salón que ocupaba la parte alta del presidio, con dos ventanas guarnecidas de rejas de hierro y una puerta en el centro. El altar consistía en una mesa y un crucifijo con dos velas. En el extremo opuesto, había un óleo en azules con la imagen de Nuestra Señora del Carmen. El techo dejaba ver la arboladura blanqueada con cal. Había centinelas.

El jefe de policía, Petronio Preciado, entró conduciendo a los cinco condenados, que habían de pasar allí las horas previas a la ejecución. Mientras penetraban en fila a la capilla, Bocanegra dijo:

—Doctor Baccellieri... He recibido un mensaje de Alejandro Puebla. ¿Lo recibió usted?

—Sí —se limitó el otro a responder.

—Dice que aún queda una esperanza, si elevamos al presidente una súplica para que nos conmute la pena.

Baccellieri no respondió. Su rostro denotaba una sorda lucha en su interior. Con aspecto siniestro, el viático subía las escaleras hacia la capilla. Al hacer entrada, los acólitos se replegaron hacia el altar, mientras el prior Arambarri se acomodaba en una banca, al fondo. Preciado anunció:

—Los reos son libres de recibir o no el sacramento de la confesión.

Todos, con excepción de Troches, marcharon hacia donde se encontraba el prior.

—¿El reo Arturo Troches rehúsa recibir el sacramento?
—preguntó Preciado.

Troches respondió con tirante rostro:

—Mi confesión es con Dios, no con falsos ministros.

Preciado se confundió, mas prefirió olvidar el asunto. El sureño se instaló frente al altar, en tanto Marín iniciaba, de rodillas en el suelo de piedra, su confesión.

Mentalmente, Arturo urdió una laboriosa y profana oración. Su Dios particular era, al fin y al cabo, una compleja deidad socialista, cuyo Juicio no había de ser el del eclipse de las estrellas ni el del trono apocalíptico, sino un juicio social y revolucionario. En ello, como en tantas otras cosas, nunca condescendió a aceptar que pudiera hallarse equivocado.

Al cabo de un rato, era Baccellieri quien se confesaba con Arambarri. Tenía la cabeza como incrustada en el pecho. El ceño del prior era inquieto y levantisco.

—... así que espiaba a mi sobrina mientras tomaba el baño —decía el abogado—. Sé que es algo indigno, depravado. Yo...

Con repentina cólera, Arambarri urgió:

—¡Por Dios, Baccellieri! ¡Déjese de confesar niñadas! Sobre su conciencia pesa algo peor: un asesinato.

Baccellieri se sobresaltó. Su rostro era implorante.

—Jamás he robado ni matado, padre—encareció—. Nada tuve que ver con la muerte de Acuña.

Arambarri se puso de pie. Por la confesión de Graciela, sabía de sobra que el condenado decía la verdad. Pero estaban primero las convenciones que se había trazado para esta jornada, en la cual —se decía— debía jugar un papel de primer orden. Sus ojos chispeaban al declarar en voz alta:

—En ese caso, no habrá absolución para usted. Me niego a absolver a quien mintió en confesión.

Desesperado, aún de rodillas, el otro aseguró:

—No he mentado, padre...

Arambarri se alejó hacia el altar. Al pasar junto a Troches, volvió los ojos y reclamó:

—Aún es tiempo para usted. Arrepiéntase y lo oiré en confesión.

El aludido no se rebajó a mirarlo.

—No necesito su perdón. Retírese, fraile —dijo.

El prior lo miró con inquina.

Facundo Arambarri celebraba ante el altar, de espaldas a los reos, el sacrificio de la misa.

Los condenados, incluido Baccellieri, se habían alineado en el primer reclinatorio para comulgar. Sólo Troches permanecía alejado de ellos.

El prior se dio vuelta y trajo hacia los comulgantes el copón con la eucaristía.

—*Lux aeterna luceat eis, Domine: Cum Sanctis tuis in aeternum: quia pius es. Réquiem aeternam dona eis, Domine: et lux perpetua luceat eis.*

Fue colocándola en labios de los reos, más al llegar el turno de Baccellieri, lo pasó por alto y se ocupó del siguiente.

Había lágrimas asomadas a los ojos del viejo profesor y abogado.

Ahora, Baccellieri, Bocanegra, Marín y Díaz eran revestidos por Preciado y por los centinelas con las túnicas que deberían vestir en el camino hacia la Plaza Mayor. Eran de lienzo blanco, manchadas de sangre, con una capucha también blanca, y simbolizaban el asesinato. A Troches, en cambio, se le colocó, como jefe de cuadrilla, una de valencina negra, con sambenito en vez de capucha.

Los rostros de los reos reflejaban cada cual una tragedia por separado. Troches apretaba los dientes, invocando un coraje sobrenatural. Bocanegra rumiaba un atroz resentimiento, pero no parecía acobardado. Marín parecía extraviado en su

propio miedo, lleno de movimientos involuntarios, en tanto Díaz había entrado en una suerte de elación de estupor. Baccellieri se hallaba, en ese momento, repleto de piedad hacia sí mismo. Cuando fueron a colocarle la túnica, hizo un gesto de repugnancia y de susto.

—No permitiré que se me humille de este modo —declaró.

Arambarri se volvió hacia él, con ojos sórdidos, y casi gritó:

—¡Sí que es presuntuoso usted, Baccellieri! Mientras el inocente y dulcísimo Jesús aceptó con humildad el manto de escarnio que le impusieron sus verdugos, un carnicero como usted se permite protestar.

Atónito y airado, Baccellieri replicó, con acento lastimero:

—¡Usted no me hablaría así de no verme en desgracia! ¡Sabe que soy inocente!

Le colocaron a la fuerza la túnica. En ese instante, entró en la capilla un oficial de policía.

—'Comandante Preciado —informó—, está ahí fuera don Alejandro Puebla. Tiene permiso del juez para hablar con los reos.

—Que pase —convino Preciado.

El oficial se retiró y regresó trayendo a Puebla. El recién llegado avanzó hacia el grupo de condenados.

—Buenos días, señores —saludó y en su rostro se advirtió, al romper, que comprendía cuán irónico y absurdo

resultaba lo que había dicho y también que se avergonzaba. Bocanegra, Díaz y Marín lo miraban absortos, como esperando de él una revelación salvadora. Puebla así lo comprendió y produjo un gesto desolado: —No, no traigo buenas noticias. Todas mis súplicas se han estrellado contra la terquedad de José Valerio Gómez. Piensa que un indulto constituiría prueba de debilidad. Sin embargo...

Extrajo un folio de sus bolsillos. Los condenados, con excepción de Baccellieri y de Troches, avanzaron hacia él.

—Opino que una imploración suscrita por ustedes mismos podría surtir un efecto de última hora. La he redactado con cierta astucia, dando a entender que renuncian a cualquier reivindicación posterior o a cualquier actuación pública desde prisión.

—¿Y espera usted que firme yo esa petición abyecta?
— protestó Troches.

Baccellieri lo miró con ojos suplicantes. Arturo así lo advirtió y añadió:

—Prefiero morir con dignidad.

—Es todo lo que puedo hacer, señores —se excusó Alejandro Puebla.

Bocanegra, Marín y Díaz se apresuraron a firmar. Entre Troches y Baccellieri se estableció un silencioso diálogo de miradas. Los ojos del primero indicaban que moriría abominado del abogado si llegaba a suscribir aquel memorial. Cuando los otros hubieron terminado de firmar, Puebla se dirigió a su viejo cofrade.

—Falta usted, Ovidio Ramón.

Apretando cada músculo de la cara, éste repuso:

—No. No lo firmaré.

El reloj de la Catedral señalaba las diez y media de la mañana.

En medio de un espacio cuadrilongo formado por hileras de soldados, había cinco banquillos y cinco postes, cada uno de estos últimos con el nombre de un reo pintado en letras toscas y negras sobre un cartel. El de Baccellieri se hallaba en el extremo oriental y el de Troches en el centro.

Más allá del cerco militar, la plaza se encontraba abarrotada de gente; gente que había entrado en una suerte de gozosa embriaguez, como si fuese a presenciar una corrida de toros o un espectáculo circense. En los flancos oriental y occidental estaban formados los batallones de artillería y de granaderos; en el extremo norte, el de húsares.

Abelardo Ladino se abría paso para lograr un sitio desde donde apreciar mejor el macabro suceso. También se abría paso el lando de Onzaga, de donde por fin descendieron el propio senador, Graciela con su embarazo ya por él refrendado, y Oliva, llorosa corazón adentro (las esclavas y luego las sirvientas solían ser llevadas a contemplar esos festines ejemplarizantes), para ocupar un lugar reservado en la primera fila. Se encontraban ya allí, amén de todos los currutacos de la Democrática y de numerosos prohombres de la patria, Saturnino Torrealba y Agustina, con Cliff Hone y Pernell William-son. A su lado, Milena observaba con azotamiento el populoso entorno, cubierto por un cielo que era un éxtasis de azul turquí; Saturnino esperaba que la vista del ajusticiamiento de su forzador la compensara de no haber

podido atestiguar en contra suya. Todos se saludaban. Graciela estaba como rígida, apenas podía contener el llanto.

Perdidas entre la multitud, avanzando entre empellones, Tomasa y Micaela se empinaban sobre las puntas de los pies, tratando de dominar el panorama festivo y fúnebre. A su lado, pidiendo permiso con altanería para adelantarse, pasaron Julio César Avanza y Pastor Quesada. Un poco más allá, rodeado de amigotes, Segundo Losada simulaba pases de toreo. En el atrio de la Catedral, las gentes apiñadas se asombraban al ver vagar por entre ellas a una loca que canturreaba una cancioncilla tonta.

Una escolta del batallón de artillería, bajo el mando de un capitán, llegó marcialmente y se colocó en doble hilera frente al portón de la cárcel. Un monaguillo hizo sonar dos veces el campanario de la Catedral.

Al oír las campanadas, Preciado anunció:

—Ha llegado la hora.

Entraron varios centinelas con sogas para atar a los reos. Estos, demacrados, sobrecogidos, con excepción de Troches lloraban lástimas y besaban el suelo de piedra. Al tratar de hacerlo, Froilán Díaz rodó, como fulminado por la apoplejía. Su cabeza estaba congestionada y la apretaba con ambas manos, cual si temiera verla reventar. Un centinela tomó agua de una pila y la frotó con suavidad sobre las sienes del réprobo. Troches hizo un gesto de desprecio.

Ahora, todas las iglesias de la ciudad tocaban a plegaria. Los reos fueron atados con los codos sujetos hacia la espalda, pero dejándoles libres las manos para que sostuvieran sendos crucifijos. Troches no deseaba aparecer en público con

ese símbolo cristiano, mas fue obligado a asirlo. Un monaguillo llegó con un esquilón de lastimero sonido y se colocó a la cabeza del cortejo fúnebre, que salió de la capilla.

La escolta de artillería produjo un redoble de tambor. Precedidos por el monaguillo, que hacía sonar el esquilón, y con el prior Arambarri a un lado fingiendo prodigarles consuelos, los reos abandonaron la prisión. Se inició la procesión hacia el patíbulo. Los artilleros la escoltaban a lado y lado.

Se encaminaron por una callejuela. Había curiosos en las aceras y en las ventanas. Un niño observaba intensamente a Arturo Troches. Este le guiñó un ojo.

La procesión llegó a la Plaza Mayor. Los regimientos acometieron un redoble patético de tambores. Había ahora ocho soldados frente a cada banquillo, con los fusiles a discreción. Un capitán leyó morosamente la sentencia que iba a ejecutarse.

Al entrar en el rectángulo, Baccellieri vio entre la muchedumbre a Edelmira de Calzadilla e intentó, a pesar de las ataduras y del crucifijo que lo embarazaban, despedirse de ella. La mujer lo rechazó con horror y brusquedad. Un artillero pidió a Arambarri y al monaguillo apartarse del lugar. Los reos se sentaron en los banquillos. Antes de hacerlo, Bocanegra depositó un beso en el suyo. Entre el gentío, María Salomé lo observaba sin reconocerlo, con una sonrisa torpe.

Baccellieri permaneció más tiempo de pie. Divisó, allá en la altura, una flotilla de nubes vedijosas que avivaron en su alma la ilusión impetuosa y triste de navegar. Gritó, con ira y desesperación:

—¡Aquí está mi sangre para los que quieran alimentarse de ella! ¡Pero juro delante de Dios y de los hombres que muero inocente!

Graciela debió realizar esfuerzos colosales para reprimir un sollozo. Onzaga la observaba de hito en hito. Saturnino Torrealba miró de reojo a Milena y le indicó con la mirada el cuadro lamentable que presentaba su presunto forzador. La mulatita lo contempló con asombro y sólo atinó a decir:

—Él... ¡él no fue!

Había silencio en la multitud, por entre la cual seguían intentando avanzar Tomasa y Micaela, estorbadas de intento por la barragana del ministro de hacienda. Baccellieri tomó asiento. Troches, en actitud fanfarrona, había cruzado las piernas en el banquillo, como quien se encuentra haciendo una visita. De repente, cambió de actitud. Había visto a Graciela, que avanzaba hacia el capitán que comandaba los pelotones. Intercambiaron una amorosa mirada de despedida. Conteniendo la emoción y la devastadora tristeza, bajo la vigilancia de Onzaga que la seguía de lejos, la mujer susurró al oído del capitán:

—Que apunten bien hacia sus cabezas. Así no sufrirán.

—Se hará así, señora —prometió el oficial.

Graciela retornó a su lugar, despidiéndose una vez más de Arturo con la mirada. Cuando por fin se libró de los ojos de éste, cayó en los de Baccellieri, que se despedían con el gesto de quien no entiende, pero se ha resignado. Ella bajó, turbada, la vista.

El capitán ordenó:

—¡Firmes!

Los soldados obedecieron. Dijo:

—Apunten fusiles.

Orden cumplida. Había en la plaza un silencio sustancial, como del otro mundo. Onzaga inspeccionaba con odio las reacciones reprimidas de su mujer que, con la vida agitándose en su vientre, vivía ya la muerte que se había predicho. Saturnino Torrealba, con la conciencia en desorden, había entrado en un estupor inmovilizante; Milena lo miraba sin entender. Tomasa y Micaela habían logrado alcanzar la primera fila de espectadores, detrás de la gente principal.

Baccellieri murmuró:

—Recibe mi alma, Dios mío...

Troches había cerrado los ojos. Una lágrima se deslizaba por una de sus mejillas.

Se escuchó un redoble fúnebre. Entonces Froilán Díaz gritó:

—¿Van a matarnos ya? ¡No puede ser! ¡Esperen! ¡No tardará en llegar Alejandro Puebla con el indulto!

Cesó el redoble. El capitán gritó:

—¡¡¡Fuegooo!!!

Sonó la descarga. Baccellieri rodó con un balazo en el cráneo, en ese su inocente y eximio cráneo que, después, había de ser exhibido como un despojo de guerra, como un trofeo de jibaros, en un museo, con su perfecta perforación. Graciela se había desmayado en brazos de Saturnino Torrealba que,

avasallado por los remordimientos —por segunda vez, pero ahora con culpa, le había correspondido el papel de verdugo—, apenas pudo sostenerla. Tomasa y Micaela rompieron el cerco de soldados y se abalanzaron, bañadas en llanto, sobre el cadáver de quien fuera su sobrino y tío.

Abelardo Ladino se volvió, con indolente parsimonia, para marcharse. Veintiún años más tarde, poco antes de morir de muerte natural en un poblacho remoto, había de confesar con remordimiento y solemnidad, recogidamente, en sus últimos y doloridos instantes, haber sido él la persona a quien Domin guito Acuña confundió con Ovidio Ramón Baccellieri en un aciago anochecer del altiplano. Mas, de momento, se limitaba a dar la espalda a los cadáveres tendidos en la plaza.

Ahora, los cerros esbozaban un ceño nuboso, como si hubieran sido livianamente contrariados, y se formaba corro en el atrio alrededor de María Salomé. La mujer bailaba al són de las palmadas de la divertida concurrencia. Sí, sí, todo había concluido y María Salomé sólo podía danzar y danzar y danzar.

Bogotá, marzo/abril, 1983;

noviembre, 1989;

abril/mayo, 1992.

En 11/12.5

puntos tipografía Stempel Garamond

fue compuesta la presente obra, en los talleres de Grupo Editorial 87.

Finalizada su impresión en el mes de octubre de 1992 en los talleres de Editorial Presencia.

Impreso sobre papel propalibros blanco de 70gm/m²

LOS OJOS DEL BASILISCO

En la presente novela, escrita entre 1983 y 1992, **Germán Espinosa** —considerado por la crítica tanto de su país como de Europa y de Hispanoamérica como uno de los autores estelares de Colombia en todos los tiempos— revive, con las modificaciones que exige el género, uno de los episodios claves de la historia de su patria. Trocando nombres, fundiendo personajes, adaptando circunstancias, Espinosa simplifica la compleja anécdota y le otorga un latido angustioso de *suspense*. Como él se cuidó de expresarlo en cierto conocido ensayo, “toda realidad histórica, al caer entre las coordenadas del tratamiento estético, deviene fabulación”. Además, “el tiempo pasado contiene nuestras semillas, nuestras raíces, el esplendor de nuestros troncos, lo más vital que poseemos para vivirnos en el presente. En él está lo que realmente somos, brotado de lo que fuimos. En él está nuestra cara, en él nació la materia de los ojos con que miramos en el espejo nuestra cara”.

Los ojos del basilisco nos presenta, en rápido retablo, lo esencial de la Hispanoamérica del siglo 19. El título alude, por supuesto, a ese animal fabuloso —el basilisco— al cual se atribuía la propiedad de matar con la vista y que Espinosa convierte en metáfora de ese monstruo implacable que es la sociedad de los hombres.

Cubierta:

George Grosz

Oh, mundo chillón, dichoso gabinete de anormalidades.
35 x 26 cm.

Hoja XIV de “Ecce Homo” 1923